



EL MOVIMIENTO DEL 77



PRESENTACIÓN

Giuseppe Maio

HABLAR DEL MOVIMIENTO DEL '77, aprovechando la distancia temporal y tratando de sortear el aislamiento obrado por la crítica institucional, conlleva el riesgo de la saturación interpretativa, pues la saturación, la fragmentación, la diseminación, constituyen sus rasgos más evidentes. Afortunadamente, su fisonomía como «movimiento de movimientos», como punto de aceleración (del antagonismo de sujetos emergentes, y de otros en vía de desaparición) y a la vez, de ralentización (en tanto resistencia e implosión), favorece la oralidad (la lectura a partir de la presencia). La extensa bibliografía, casi del todo reconducible a las experiencias personales dentro del movimiento, toma forma de testimonio, de antología de la extensa documentación de base, de análisis de elementos conceptuales; siempre en forma de clave para la comprensión de las sucesivas derivaciones. Por otro lado, la especificidad italiana del movimiento del '77 puede llevarnos a una interpretación localista y, en consecuencia, a una visión reduccionista de los acontecimientos, o por lo contrario, a la búsqueda, a veces forzada, de rasgos comunes en el escenario internacional (patrones de las sucesivas identidades de la autoorganización de los movimientos contemporáneos). Operaciones legítimas, aunque de lo que se trata es, a mi parecer, de aprovechar su fragmentación lingüística y de acción (en el sentido antagonista radical) con el propósito de afirmar las sinergias de nuestro estar hoy en los conflictos.

© se permite la copia

Esta sociedad lo celebra todo, así que con treinta años cumplidos, en Italia ya ha empezado la letanía del luto sin duelo al que se condenan los eventos pasados, hasta los más

«excéntricos». Los periódicos han empezado a ofrecer la estética publicitaria de esos movimientos en un cóctel de nostalgia y banalidad. Se ponen de relieve, además, las contradicciones más morbosas, la violencia, la lucha armada, las derivas de la droga y de la represión. Se puede imaginar que la memoria tomará las formas del carnaval en el que los medios están volcados con el propósito de ofrecer, una vez más, la forma pacificada de:

Su poder imaginario porque si hay algún ámbito en el que Occidente sigue siendo inigualable y está llamado a conservar una importante y duradera ventaja es precisamente —más allá del terreno financiero y armamentístico—, es esa huida hacia delante en la mascarada democrática, en esa empresa nihilista de aniquilación de los valores y de simulación total. [...]

La historia, al repetirse, se convierte en farsa. Pero la farsa, al repetirse a su vez, acaba siendo historia. Es decir, a fuerza de repeticiones e incrementos, los simulacros terminan por convertirse en nuestro destino material.¹

Esto nos aboca a una sensación de vértigo y a una cierta desorientación, por supuesto, nos impone un esfuerzo de concentración, más allá de la identificación y de la «recombinación»/reconducción de las derivaciones teóricas que en los años sucesivos al '77 todavía se siguen librando dentro del movimiento.

Establecer una relación a-dialéctica con nuestro pasado reciente, sin sobrevalorar, en la medida de lo posible, la búsqueda de continuidades y raíces, supone un esfuerzo afectivo y cognitivo que asume el vacío sin dispersarse, que convive con el pánico de la volatilidad de la comunicación, y se propone como conciencia apasionada del irrevocable fin de una época y como visión de nuevos terrenos de presencia.

La conciencia de la imposibilidad de un método historicista (ya no hay totalidades que se puedan alcanzar partiendo de otras totalidades) en lugar de alimentar la desorientación y la frustración, debe afirmarnos en la esfera conceptual de la autonomía.

¹ Jean Baudrillard, *El juego del antagonismo mundial o la agonía del poder*.

Contrariamente a la ilusión dialéctica, nada puede ser aniquilado y superado en el proceso histórico. Toda forma económica, cultural y tecnológica se estratifica instalándose de forma indeleble en el tejido cognitivo y antropológico de la colectividad. El capitalismo es en este sentido insuperable, irreversible, no biodegradable. Sin embargo, reconocer la imposibilidad de superar el capitalismo no significa para nada aceptarlo como límite a la imaginación social y a la creación política. No significa para nada estar sometidos a sus políticas económicas y a las ideologías que lo absolutizan.²

Guattari dice:

Cuando por la noche un niño canturrea para sí, lo hace porque intenta evitar el pánico de la desesperación, del caos, porque intenta reencontrar un sentido en el universo, intenta construir una secuencia reconocible, una secuencia que es su sentido, su territorio.³

A lo largo de la historia los hombres han estado elaborando continuamente unos estribillos, esto es, unas formas, unos modos, unos rituales, artísticos, científicos, económicos, políticos, normativos, a través de los cuales se pueda poner orden en el universo. La identidad se convierte en un punto de referencia. El estribillo es una modalidad de territorialización práctica, una marca rítmica obsesiva de la relación entre sujeto y universo, un intento de reducir el caos a un orden ritual, simbólico, epistémico, político.

Con estos textos y con los actos con los que conmemoramos/reflexionamos sobre el movimiento del '77,⁴ el estribillo lo constituyen la cronología, las interpretaciones y las proyecciones que los recorridos del movimiento, «un extraño movimiento de extraños estudiantes», han trazado hasta nuestros días. Se trata de la exposición, la documentación, el análisis de una historia especial, rechazada por la

² Franco Berardi, *Il sapiente, il mercante, il guerriero*, Roma, Derive Aprodidi, 2004.

³ Félix Guattari, *Caosmosis*, Buenos Aires, Manantial, 2000.

⁴ El seminario «30 años no son nada. El movimiento del '77», celebrado los días 23 y 24 de marzo por iniciativa del autor, Maria Grazia Macchia y Traficantes de Sueños, y con la participación de Sergio Bianchi y Franco Barardi (Bifo).

memoria oficial por su inutilidad, su fragmentación, y si queremos por una determinada dosis de incoherencia e irrecuperabilidad...

El estribillo no es, en cualquier caso, un buen método de conocimiento porque produce automatismos, adición, se envuelve sobre si mismo. Victimismo, auto-gratificación, nostalgia, amenazan su eficacia y la capacidad de auto-organización.

El verdadero método cultural, según Guattari y Deleuze es el rizoma, la conexión, lo irreducible al uno y a lo múltiple.

No se constituye de unidades sino de dimensiones o más bien direcciones en movimiento, sin principio ni fin, es siempre un medio, por lo que crece y se desborda.

El movimiento del '77, cuya peculiaridad italiana ofrece lecturas múltiples representa ante todo una diseminación de direcciones en movimiento. En este sentido, es la convergencia simultánea de tensiones a menudo irreconciliables, es su propia convivencia, bajo el signo de la resistencia, de la búsqueda de una salida revolucionaria y es su genética, para nada accidental, de rápida combustión.

El alcance simbólico de esta explosión / consumación, más allá de los análisis que parten esencialmente del movimiento y del antagonismo,⁵ nos da la posibilidad de buscar las proyecciones de sus líneas en el presente, que salvando las debidas distancias están entre las intenciones, extraordinariamente ambiciosas, de los promotores de este encuentro. No memoria sino actualización, no celebración sino conocimiento y conciencia de los procesos, como fundamentos para la puesta en marcha de los nuevos proyectos.

Por supuesto hay que evitar la fácil, aunque seductora, mitización. Hay en cambio que exaltar sus elementos constituyentes, no solamente los políticos o de movimiento, en

⁵ El post-obrerismo, la crisis de la representación política institucional, el papel del sindicato, el feminismo, las componentes llamadas «creativas», la autonomía, la conciliación de la vivencia emocional con la militancia, la producción y diseminación cultural, etc...

sentido propiamente marxista, sino también aquellos comunitarios, de identidad: el orgullo, un imaginario revolucionario, la energía, la voluntad, el esfuerzo colectivo, la amistad.

Y de proyectarlos en el presente, poniéndolos en relación, sin forzarlos, con las dimensiones militantes y de agregación de las prácticas sociales, la desobediencia civil, las ocupaciones, los centros sociales, la solidaridad, la inmigración, el movimiento por la paz, el movimientos contra la globalización, el mediactivismo, el software libre, el empoderamiento y la contextualización social de los medios de comunicación sistémicos, radios y televisiones libres, revistas, editoriales. En definitiva, más o menos con todas las limitaciones y las dificultades, estamos en movimiento.

Hoy más que nunca los intereses mercantiles se combinan con los estéticos, históricos y comunicativos. Entre los miles de ejemplos, cabe señalar la apropiación por parte de la ideología dominante de la palabra «solidaridad», o la última campaña publicitaria del primer banco del sistema financiero español, que ha utilizado como lema la palabra «Revolución», pintada en rojo, como un graffiti...

Las consecuencias están a la vista, mejor, dentro de nosotros, la anulación de la distancia entre sujeto y objeto, sujeto e imagen, sujeto y sí mismo:

La generalización de la parálisis de pánico, la ansiedad, la destrucción de la esfera pública, de los servicios sociales, de la percepción de pertenencia a una esfera colectiva [...] para poder alimentar la demanda de seguridad [...] La sociedad occidental tiende a convertirse en un cuartel en el que la emergencia prevalece sistemáticamente sobre la política.⁶

Las palabras se hipertextualizan, la saturación de la información como recurso fundamental de «valoración» del capital, las despoja de contenido. Las imágenes proliferan exponencialmente ilustrando la violencia del mundo y la violencia sobre sí mismas: su utilización salvaje como elemento de documentación, como testimonio, como mensaje

⁶ Franco Berardi, *Il sapiente...*, cit.

(incluidos los mensajes de miseria y de violencia), su sobreexposición con fines morales, pedagógicos, políticos, publicitarios.

No sorprende que en este clima se haya perdido una cierta capacidad de enfoque, convirtiéndose en un problema, en un esfuerzo ciclópeo.

Desde el punto de vista de la palabra hoy, más que ayer, se trata de librar una lucha cultural, para no sucumbir a la asimilación y fagocitación de toda la experiencia antagonista. En este sentido, el movimiento del '77 se sitúa exactamente en el punto de intersección entre la cultura dominante del aparato político y productivo (más propiamente de los años sesenta y principios de los setenta: cultura clasista, elitismo intelectual, vanguardismo subordinado, control y represión) y la profunda transformación tecnológica y social, de la hegemonía de la mente global, de la virtualización de la vida (globalización del acceso, flexibilización externalización salvaje, precariedad crónica, prevención intersticial). La capacidad del sistema para integrar las contradicciones sociales y culturales pone en evidencia lo que Baudrillard llama «hegemonía» del poder.

Hegemonía como sometimiento de las mentes a un modelo único, a una sola dimensión conceptual, de manera que cualquier otra perspectiva, cualquier apuesta simbólica distinta es inconcebible. La hegemonía no se produce solamente a nivel verbal-discursivo sino también en el ámbito de las normas sociales determinantes de la vida cotidiana de la gente, es decir como gramática cultural. Las formas culturales constituyen elementos esenciales de la reproducción de las relaciones sociales imperantes y son importantísimas para su conservación.

Lejos de asumir esta situación se hace aún más urgente la necesidad responsable de un «trabajo cultural» de segunda generación, que se ponga a trazar líneas en profundidad, que vuelva a apropiarse de una tenaz capacidad de enfoque en el ofuscamiento generalizado, inducido por la información viral, por la banalización de la comunicación. Por decirlo con palabras de Virno, por el «comunismo del capital».

El esfuerzo de enfoque, de inmersión en los acontecimientos del '77 italiano, no ofusca el contexto, no se trata de un ejercicio intelectual sino de reconstrucción de líneas de fuga alrededor de núcleos duros de enunciación, cuyo objetivo es establecer *feedbacks* distintos, que puedan irradiar el presente con la luz de la crítica radical.

Este enfoque supone dosis de ralentización y de concentración, que significan de por sí una expansión (tal vez algo inusual en estos tiempos), una recuperación de la conciencia lúcida más allá del localismo, la simple resistencia cultural, el victimismo, la resignación.

De las innumerables referencias que los acontecimientos del '77 italiano nos ofrecen, una me parece particularmente actual y digna de reflexión, la del trabajo. De su rechazo y del estratégico éxodo social del trabajo intelectual.

En su segunda tesis sobre la multitud y el capitalismo postfordista, Paolo Virno enuncia que «el postfordismo es la realización empírica del Fragmento sobre las máquinas de Marx».⁷

El «rechazo del trabajo», para los componentes políticos y libertarios del movimiento del '77, fue un concepto adquirido instintivamente, fuertemente alusivo de la necesidad de una ruptura radical, improbable objetivamente pero no subjetivamente: la conciencia de ser una minoría en los hechos, en aquel contexto social, no impidió la intuición de ser, pese a todo, una mayoría en el plano de la proyección potencial; de ser representación del posible futuro, sujetos de la crisis y variables de un desarrollo alternativo que ponía al centro, no tanto liberarse del trabajo, sino la liberación del trabajo.

A modo de breve resumen, el saber abstracto —científico y no solo— se ha convertido hoy en la principal fuerza productiva, relegando el trabajo parcializado y repetitivo a una posición residual. Escribe Marx:

⁷ Paolo Virno, *Gramática de la multitud*, Marid, Traficantes de Sueños, 2004.

El robo del tiempo de trabajo ajeno sobre el cual se apoya la actual riqueza se presenta como una base miserable respecto a esta nueva base (el sistema de maquinas automatizadas) que se ha desarrollado mientras tanto, siendo creada por la misma gran industria.⁸

El capitalismo financiero-corporativo global *rechaza la producción de plusvalía y plantea su crecimiento presente y futuro a costa de reducir el valor de la vida.*⁹ Se pone a trabajar la vida, garantizándose la hegemonía.

¿Entonces es que toda la conflictividad, expresada en contra del trabajo repetitivo y del sistema de producción en los años setenta, por parte de las vanguardias obreras y estudiantiles, pudo ser congenita a la transición que el sistema emprendió para superar la producción mecánica, flexibilizar el trabajo, virtualizar la misma vida, apoyándose en el desarrollo de las tecnologías de la información?

¿Se volvió a producir el «destino» de las vanguardias intelectuales de la primera mitad del siglo XX, de las «grandes narraciones de la modernidad», que a pesar de su indiscutible intención subversiva, fueron de hecho fácilmente integradas en un sistema cultural en el que todo se hacía mercancía e información, en aras de la estetización y artistización absolutas?

¿Las huelgas salvajes, los sabotajes, así como la teorización «deseante» de un tiempo de vida liberado de la esclavitud del trabajo, la reivindicación de una matriz personal de la esfera política, la crisis de la militancia voluntarista y alienante (provocada especialmente por los movimientos feministas), una vez criminalizados y reprimidos brutalmente sus rasgos violentos, aceleraron efectivamente la transición del sistema productivo al sistema de la información global, al trabajo abstracto (*general intellect*), con sus corolarios de cinismo y oportunismo?

⁸ K. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, 3 vols., México, Siglo XXI, 1997.

⁹ Franco Berardi, «¿Qué significa hoy autonomía?», incluido en este volumen.

Preguntas / espejismos, cuyas respuestas no aportan la necesaria reorientación, pues por lo que atañe al movimiento del '77, está claro que la evolución del sistema estaba ya inscrita en los procesos. Además el movimiento, antes que resistir a ultranza a la reestructuración productiva, forzó los límites y sus trayectorias en el intento de obtener consecuencias impropias y favorables para sí mismos.

Antes que encerrarse en un fortín asediado, abocados a una derrota apasionada, se empujó el adversario a atacar fortines vacíos, abandonados previamente. Por ejemplo, la aceptación de la movilidad se unió a la búsqueda de una renta garantizada como una idea de producción más cercana a la exigencia de autorrealización.¹⁰

Fue inevitable que estos comportamientos se hiciesen entonces indescifrables para la clase obrera y sus representanzas institucionales. El Partido Comunista Italiano (PCI), el más importante de Europa, recriminó desde el primer momento al movimiento del '77, este carácter «negativo», invocando la unidad de la clase obrera y popular (cuya base estaba vertebrada por sólidas raíces de origen católica), en defensa dogmática de su proyecto de partido-Estado y de toma del poder institucional, es más, de Compromiso Histórico con los partidos de la burguesía (DC). La fractura, que se iba perfilando ya después del '68, dio lugar al nacimiento de ese universo de microorganización políticas asimilables con el nombre de «izquierda extraparlamentaria». Fue profunda, y en ocasiones violenta, dejando al movimiento aislado entre la deriva insurreccional, la durísima represión y los refugios/reflujos, y al movimiento obrero (ya en vías de globalización), en ausencia de representación política por la simple anulación de su razón de ser productiva.

Entre éstas quizás vertientes simplistas, se infiltró en el «qué-hacer» una espesa red de experiencias de democracia directa y consejista (los círculos del proletariado juvenil, los centros sociales, los consejos de fábrica, los comités de barrio, los comités de autoreducción, las estructuras de los inquilinos), movimientos que Donatella Della Porta identifica bien como:

¹⁰ Paolo Virno, «Virtuosismo y revolución» en *Virtuosismo y revolución. La acción política en la era del desencanto*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003.

«Familia de movimientos sociales», un conjunto de movimientos que prescindiendo de sus objetivos específicos tiene valores de base similares, además de una sobreposición organizativa y alianzas puntuales y espontáneas para las campañas de protesta.¹¹

Experiencias de autoorganización y reterritorialización, de reivindicación y reapropiación del territorio, en el momento en que las coordenadas espaciales estaban mudando debido a la adecuación de las estructuras metropolitanas a las nuevas necesidades productivas. En este esquema se inscribe también el antifascismo militante, las rondas proletarias, la percepción del territorio como espacio comunitario cuya defensa es parte fundamental, a todos los niveles, de la democracia directa.

Entre las formas de resistencia más frecuentes en esos años, cabe recordar las luchas para la autoreducción de los recibos del teléfono, las expropiaciones proletarias, los mercadillos rojos, las fiestas de barrio, la solidaridad y la ayuda humanitaria a los pueblos oprimidos por el imperialismo, los ataques y el cierre de las sedes de la derecha, la lucha contra los traficantes de droga, los piquetes delante de las fábricas, la difusión de la prensa de extrema izquierda casa por casa, la reivindicación y la práctica de no pagar los servicios públicos y la cultura.

Estas formas se conectan, claramente en la actualidad, con las marchas contra el paro de los precarios, los movimientos por una renta garantizada, por el derecho al transporte, las ocupaciones, los centros sociales de segunda generación para la producción autónoma de saberes, la autoformación y la multidiversidad, los movimientos para la integración de la inmigración, por la paz y el medio ambiente...

El carácter meteórico del movimiento del '77 fue también el resultado de la aceleración y convergencia de los modelos culturales y lingüísticos que fundamentaban su éxodo voluntario de la estructura del trabajo en transformación. La implosión se produjo por la fricción entre las formas clásicas de la política (que llegaron hasta la exasperación doctrinal

¹¹ Donatella Della Porta, *Movimenti collettivi e sistema politico in Italia 1960-1995*.

leninista), y el rescate/exaltación de todos los «idiomas menores» (facilitado por las nuevas tecnologías, la fotocopiadora, la offset, la radio, el videocasete). De índole subversiva, el movimiento contracultural que nació en 1977 evocó la fusión entre arte y vida cotidiana, un rechazo sistemático, de alguna manera anticapitalista, de toda prioridad del tiempo de trabajo sobre «el tiempo de vida» y la voluntad de redistribuir la riqueza y de disfrutar del tiempo de vida liberado del trabajo, principalmente en actividades culturales.

La inmensa producción de materiales (fanzines, revistas periódicos, folletos, colages, anti-tebeos, etc.), en formatos nuevos, la mayoría de las veces de vida corta, en ocasiones «históricos» (*A/Traverso*, *Zut*, *Wow*), y la agobiante sensación de derrota, dificultan hoy, casi como si se tratase de una estrategia consciente, el contacto con estas expresiones, que descansan en las «colecciones privadas» de compañeros directamente involucrados con el movimiento.

Cabe destacar que la diseminación lingüística y artística, al tiempo que la deseada liberación del cuerpo y del deseo, alcanzó tal densidad que en un cortísimo espacio de tiempo se fraguaron nuevas identidades tribales (los indios metropolitanos, los mao-dadaístas, los parodistas, los perros sueltos...) que tomaron parte creativa a veces decisiva en los debates, asambleas y manifestaciones del movimiento.

Alimentándose tanto del post-estructuralismo francés tanto como del negacionismo post-situacionista, de las culturas libertarias y hippies como del nihilismo (el punk es contemporáneo, meteórico, afásico, agresivo, transgresivamente suicida), el movimiento del '77 experimentó e impulsó la fractura del lenguaje en la jerga, el balbuceo, la volatilización de la palabra, llevando a cabo una agresión profundamente irónica sobre las formas clásicas de comunicación. En este sentido, se trataba de una experimentación esencialmente formal, investigación creativa de nuevas formas de expresión, bajo las evidentes herencias del futurismo, el surrealismo, el letrismo (el cut-up, la escritura automática, el puzzle, los crucigramas, el collage, el *ready-made* y todas las técnicas de *detournement*), en el intento de devolver la palabra a la vida. Objetos e imágenes comunes

(obras de arte, lemas, publicidad, carteles, falsas cabeceras de periódicos, falsas noticias) fueron desviados de su destino y colocados en contextos diferentes, donde el significado originario se perdía en la construcción de un nuevo conjunto significativo (a veces sin significado)

El lenguaje utilizado, voluntariamente pobre y seco, siempre político había nacido dentro de grupos cerrados, comunidades en tránsito por las universidades, hibridación del léxico de jergas procedentes de los distintos orígenes de los miembros de la nueva comunidad, pero manteniendo el respeto formal de la lengua natural. Las imágenes, extraídas del tebeo, estilizadas, personales, dibujaban y exaltaban microeventos, siempre con un escenario político como fondo.

En definitiva, una energía vital y desesperada, irónica y subversiva dio voz a la diseminación de la experiencia personal, en oposición feroz, por un lado, a la esclavización cultural del sistema, por el otro a los arcaísmos leninistas de las ortodoxias del propio movimiento.

El haber esbozado, aunque sea someramente, la candente temática del rechazo del trabajo, recombiniéndolo con el «trabajo» de la contracultura y la contrainformación del movimiento del '77, no ha sido casual.

Puede decirse que en la sociedad italiana de ese periodo (y en general en el mundo occidental) se estaba gestando la figura del trabajador cognitivo, de la intelectualidad de masas, hasta convertirse hoy en el componente fundamental de la acumulación capitalista.

El movimiento italiano lo intuyó en toda su virulencia, resistió con las formas de la organización antagonista, entre ilusión y suicidio, violencia y represión, regresión y percepción del fin. Así como una parte consistente comprendió que la inminente virtualización de la vida debía ser combatida también con sus mismas armas, a través del conocimiento y la práctica de nuevas formas de comunicación autónoma, aprovechando el desarrollo tecnológico.

Otra parte, igual de importante, fue capaz de fundamentar teóricamente, partiendo del obrerismo, los principios de la autoorganización de los movimientos.

Estas y más son las principales aportaciones del movimiento del '77 a las luchas futuras, en donde se fragua y toma densidad un principio de organización global partiendo de la exigencia de inversión social del trabajo cognitivo, que se sigue desarrollando.

El trabajo contracultural difuso del '77 alimentó y se alimentó de la acción política. Pero a la pregunta ¿qué acción política es posible hoy?, ha sido contestada en muchas ocasiones por los propios movimientos que han estado, y están, construyendo la autoorganización en contra de la hegemonía del sistema, del cinismo, del oportunismo, del miedo.

Hoy no se trata de construir la subjetividad de una vanguardia que funcione como intelectualidad colectiva, sino de construir dispositivos (políticos, de comunicación, lingüísticos) que permitan la acción política en la concatenación entre saber y prácticas sociales.

Si la visión del futuro está marcada por la desesperación, éste es el indicio indudable del retroceso radical que experimenta el poder, de su drástica pérdida de control sobre las dinámicas sociales. La sensación es que este tiempo, como todos los periodos de transición, anticipa una nueva estación de cambios, que se están acumulando energías, agudizando contradicciones que deberán explotar con renovada virulencia.

El conocimiento, la investigación, la comparación son herramientas necesarias. Las contribuciones que integran este «dossier», o más bien una pequeña y parcial antología, sirven para garantizar un acercamiento al debate, por fragmentario que sea. Un debate que, por la cuenta que nos trae, requiere una participación lo más intensa posible.

Naturalmente, como en toda constelación, hay luces grandes y pequeñas, agujeros negros y masas gaseosas, meteoritos y cometas.

EL AÑO EN EL QUE EL FUTURO SE ACABÓ¹

Franco Berardi (Bifo)

Premisa: las dos memorias del setentaysiete

Cuando se habla de 1977 vienen a la mente una serie de asociaciones de ideas, imágenes, recuerdos, conceptos y palabras, a menudo incoherentes entre sí.

El '77 es el año en el que estalló y se desplegó un movimiento de estudiantes y de jóvenes proletarios que se expresó de forma muy intensa en las ciudades de Bolonia y Roma. En algunos ambientes, setenta y siete evoca violencia, tropelías, años de plomo, miedo en las calles y en las escuelas. En otros ambientes significa, en cambio, creatividad, feliz expresión de necesidades sociales y culturales, autoorganización de masas, comunicación innovadora. ¿Cómo pueden convivir estas dos visiones, a menudo en la mente de las mismas personas? 1977 es un punto de contacto o, más bien, de cesura, el punto en el que se encuentran (o tal vez se separan, pero es lo mismo) dos épocas diferentes. Por ello se trata del momento de emergencia y de formación de dos visiones incompatibles, de dos percepciones disonantes de la realidad. En ese año alcanza su madurez la historia de un siglo, el siglo del capitalismo industrial y las luchas obreras, el siglo de la responsabilidad política y las grandes

¹ Capítulo de Franco Berardi (Bifo) y Verónica Bridi (eds.), *1977 l'anno in cui il futuro incominciò*, Roma, Fandango 2002.

organizaciones de masas. Se empieza a entrever la época postindustrial, la revolución microelectrónica, el principio de la red, la proliferación de los agentes de comunicación horizontal, y, por tanto, la disolución de la política organizada, la crisis de los Estados nación y de los partidos de masas.

No debemos olvidar que 1977 fue —además del año de los movimientos de contestación creativa en las universidades y barrios italianos— muchas otras cosas, no todas alineadas en la misma dirección ni bajo el mismo signo. Fue el año del nacimiento del punk, el año del jubileo de la Reina de Inglaterra contestado por los Sex Pistols, que pusieron patas arriba la capital británica durante días y días con música y barricadas lanzando el grito que marca como una maldición los siguientes dos decenios: *No Future*. Pero es también el año en el que en los garajes de Silicon Valley chicos, como Steve Wozniak y Steve Jobs, hippies libertarios y psicodélicos logran crear el interfaz *user friendly*² que hará posible en pocos años el acceso cada vez más amplio y popular a la informática y después a la telemática de red. Es el año en el que Simon Nora y Alain Minc escriben un informe al Presidente de la República Francesa, Valery Giscard d'Estaing, titulado *L'informatisation de la société*,³ en el cual se esbozan las transformaciones sociales, políticas, urbanísticas previsibles en la época siguiente como consecuencia de la introducción en el trabajo y en la comunicación de las tecnologías digitales y de la telemática (es decir, la informática a distancia; es decir, la conexión en red de los ordenadores; es decir, Internet).

1977 es también el año en el que son procesados los rebeldes de la Banda de los Cuatro, Chiang Ching, Wang Hung-Wen, Yao Wen-Yuan y Chiang Chung-Chao. Los cuatro ultramaoístas de Shanghai fueron llevados encadenados a Beijing y condenados a penas de cárcel larguísimas, porque representaban, a ojos del grupo dirigente

² Interfaz amistoso con el usuario, el interfaz de usuario de los ordenadores basado en metáforas gráficas (carpetas, ventanas, escritorio) y en el uso del ratón [N. del E.].

³ Simon Nora y Alain Minc, *La informatización de la sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica 1982

denguista,⁴ la utopía de una sociedad igualitaria en la que las reglas económicas serían anuladas en favor de una primacía absoluta de la ideología. La utopía comunista empieza su larga crisis precisamente allí donde había sido llevada hasta sus consecuencias más extremas y sangrientas, allí donde la Revolución Cultural Proletaria había desencadenado las tendencias más radicales e intransigentes. Pero es también el año en el que en Praga y Varsovia se extienden las primeras acciones de disidencia obrera y los disidentes checos firman la Carta 77. Es el año en el que Yuri Andropov (director entonces del KGB) escribe una carta al cadáver ambulante de Leonid Breznev (secretario general del PCUS y máxima autoridad de la Unión Soviética) en la que le dice que si la URSS no es capaz de recuperar con rapidez el retraso en el campo de las tecnologías de la información el socialismo se hundirá. El '77 no se puede comprender sólo ojeando el álbum italiano en el que hallemos las fotos de jóvenes de pelo largo con la cara cubierta por un pasamontañas o una bufanda. No se puede entender limitándonos a escuchar eslóganes truculentos, en parte ideológicos, en parte extrañamente surrealistas.

En ese año se pasa la página del siglo XX tal como en 1870–71, en las calles ensangrentadas de París, la Comuna pasó la página del siglo XIX y mostró con qué luces y sombras se anunciaba en el horizonte el siglo XX. Debemos intentar tener en cuenta esta complejidad cuando hablemos del acontecimiento italiano que fue el movimiento autónomo y creativo, porque sólo a partir de esta complejidad podremos entender qué sucede más allá de la crónica callejera, de las manifestaciones, de los enfrentamientos, de los cócteles molotov, más allá del debate sobre la violencia; más allá de la represión violenta con la que el Estado y la izquierda arremetieron contra el movimiento hasta criminalizarlo y empujarlo en brazos del terrorismo brigadista.

⁴ Por Deng Xiaoping, dirigente comunista chino. Vinculado desde los años cincuenta al ala moderada o conservadora del PCCh, fue destituido durante la Revolución Cultural Proletaria en 1967–69. Regresó al poder de la mano de Zhou Enlai en 1973. Tras la muerte de Zhou y Mao en 1976, se enfrentó con la llamada banda de los cuatro a la que desalojó del poder. Entre 1977 y 1987, Deng fue el inspirador de la reforma de la sociedad china hacia una economía capitalista bajo la dirección del partido comunista [N. del E.].

El paso a la sociedad postindustrial

En primer lugar debemos fijarnos en el cambio productivo que afecta a las sociedades occidentales a partir de los años setenta y que se va haciendo cada vez más profundo, rápido y estremecedor en los dos decenios siguientes. Se trata de una transformación determinada por la difusión de las tecnologías microelectrónicas (y después por la digitalización), pero también por la creciente desafección de los obreros industriales al trabajo de fábrica. «Desafección» es una palabra clave para comprender la situación social y la cultura en torno a la que se forma el movimiento del '77. Desafección al trabajo es la fórmula con la que se definía (por parte del *establishment* periodístico, patronal y también sindical) la tendencia de los obreros, sobre todo de los obreros jóvenes, a ponerse enfermos, a coger la baja, a trabajar poco y mal.

Los empresarios señalaban que la desafección era la causa principal de la caída de los índices de productividad. Y de hecho las cosas eran así.

*È ORA. È ORA. LAVORA SOLO UN'ORA.*⁵

*LAVORO ZERO. REDDITO INTERO/TUTTA LA PRODUZIONE ALL'AUTOMAZIONE.*⁶

Éstos eran los eslóganes que lanzaban a mediados de los setenta los jóvenes obreros autónomos en las fábricas más «extremistas» como Carrozzerie de la Fiat de Mirafiori, el Petrolchimico de Porto Marghera o la Siemens de Milán. Se trataba de eslóganes toscos, elementales. Pero tras ellos se ocultaba un cambio cultural y también una reflexión política nada superficial. El significado de aquellos eslóganes, de aquella desafección, era de hecho el fin de la ética del trabajo y el correspondiente fin de la necesidad social del trabajo industrial. Eran los años en los que la tecnología empezaba a

⁵ «Ya es hora, ya es hora, trabaja sólo una hora»

⁶ «Trabajo cero, sueldo entero/toda la producción a la automatización»

hacer posible una progresiva sustitución del trabajo obrero. Y eran los años en los que el rechazo del trabajo se abría camino en la cultura juvenil y en la teorización de grupos como *Potere Operaio* y *Lotta Continua*, que tenían cierto eco en las fábricas del norte, en especial en 1969-70.

El movimiento de estudiantes y jóvenes proletarios que se difundió en 1977 de las universidades a los círculos del proletariado juvenil y a los barrios, retomaba los eslóganes y la hipótesis del rechazo del trabajo y los convertía en un elemento de separación profunda, traumática frente a la tradición cultural y política de la izquierda.

La ética del trabajo, sobre la que se había fundado la experiencia del movimiento obrero tradicional, empezaba a desmoronarse. En primer lugar, en la conciencia de los jóvenes obreros deseosos de libertad, de ocio y de cultura. A continuación, en las posibilidades tecnológicas mismas del sistema productivo. La reducción del tiempo de trabajo necesario gracias a la introducción de tecnologías automáticas y el proceso de rechazo del trabajo son convergentes y en cierto modo interdependientes. A partir de los años sesenta los obreros de fábrica habían empezado a mostrar una creciente insubordinación sindical, política y de comportamiento. Se difundía el rechazo del trabajo alienado porque la clase obrera de fábrica había empezado a conocer formas de vida más ricas, gracias a la escolarización, a la movilidad, a la difusión popular de la cultura crítica. Después del '68, la insubordinación obrera se encontró con el movimiento de los estudiantes y del trabajo intelectual; los dos fenómenos se habían fundido, en algunos casos de forma casi consciente.

Rechazo del trabajo industrial, reivindicación de espacios cada vez más amplios de libertad y, por lo tanto, absentismo, insubordinación, sabotaje, lucha política organizada contra los patrones y contra los ritmos de trabajo. Todo esto marcó la historia social de los primeros años sesenta hasta estallar en forma de auténticas insurrecciones pacíficas contra el trabajo industrial, como sucedió en la primavera de 1973, cuando los obreros del automóvil se rebelaron en toda Europa, desde la Renault a la Opel de Russelsheim y de Colonia, hasta la Fiat Mirafiori de Turín, que durante unos

meses fue recorrida por desfiles de jovencísimos obreros con una cuerda roja al cuello que aullaban como indios por las secciones. Los indios metropolitanos, esas hordas de contestatarios culturales que se difundieron por el '77 universitario habían nacido en las secciones de la Fiat, en el rechazo de la miseria asalariada y del embrutecimiento del trabajo industrial. Pero al mismo tiempo se había ido desarrollando la búsqueda de procedimientos productivos cada vez más automatizados, con uso integrado de la microelectrónica y de sistemas flexibles. Los obreros querían trabajar menos y los ingenieros investigaban tecnologías orientadas a reducir el tiempo de trabajo necesario, a automatizar la producción. Entre finales de los setenta y el comienzo de los ochenta ambas tendencias se encontraron. Pero por desgracia, se encontraron bajo el signo de la reacción capitalista y de la revancha antiobrera, y no bajo el signo del poder obrero y la autoorganización. El movimiento obrero no había logrado traducir la protesta obrera en autoorganización del proceso productivo.

Y llegaron los años de la contraofensiva. En lugar de reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario y liberar tiempo de vida del trabajo, el capital logró, en los años de la reestructuración y de la afirmación del neoliberalismo, destruir la organización obrera mediante el despido de las vanguardias. Se iniciaba así la reducción cuantitativa y política de la fuerza obrera. Se iniciaba la contrarrevolución liberal. Pero en el centro mismo de este paso está el movimiento del 77, que se presentó consciente, declaradamente, como un movimiento contra el trabajo industrial.

«È ORA. È ORA. LAVORA SOLO UN'ORA», gritaban los autónomos creativos para responder al eslogan sindical «È ORA. È ORA. POTERE A CHI LAVORA».⁷

El movimiento del 77 había colocado el no trabajo, el rechazo del trabajo justo en el centro de la dinámica social y de la innovación tecnológica. Sin embargo, no logró traducirlo en una acción política consciente y organizada. La innovación tecnológica trajo consigo una gigantesca reestructuración

⁷ «Ya es hora, ya es hora, el poder a quien trabaja.»

en los años ochenta y noventa. Pero esta reestructuración tuvo un carácter antiobrero, antisocial, y puso en movimiento el proceso de devastación de la sociedad que se aceleró en los años noventa (y que sigue acelerándose). ¿Por qué no fue capaz el movimiento de traducir su vocación social y sus intuiciones culturales en una acción política a largo plazo con el fin de impulsar la autoorganización de la sociedad y del proceso productivo? Ésta es la cuestión sobre la que debemos detenernos.

Dos son las razones por las que el movimiento no fue capaz de traducir su intuición antilaboral en un programa político creíble. La primera razón de esa incapacidad debe buscarse en el carácter íntimamente contradictorio del movimiento, que deriva del hecho de haberse visto a sí mismo y al mismo tiempo como el último movimiento comunista del siglo XX y como el primer movimiento postindustrial, y por tanto, postcomunista. La segunda razón reside en la represión a la que fue sometido: una represión violenta y prolongada, cuyas características deben ser analizadas con mayor profundidad.

Pero veamos las cosas por orden.

Los estudiantes y los jóvenes obreros que se movilizaron en los primeros meses del año 1977, pero que ya llevaban varios años organizándose de mil nuevas formas (centros del proletariado juvenil, radios libres, comités autónomos de fábrica o de barrio, colectivos autónomos en las escuelas, etc.) expresaban comportamientos y necesidades que ya tenían poco que ver con las necesidades y los comportamientos del proletariado industrial tradicional. La reivindicación más fuerte era la existencial. La calidad de la vida, la reivindicación de una existencia realizada, la voluntad de liberar el tiempo y el cuerpo de las ataduras de la prestación de trabajo industrial. Éstos eran los temas fuertes, éstas eran las líneas a lo largo de las cuales se expresaban y se acumulaban la insubordinación y la autonomía. Sin embargo, la representación ideológica predominante en el seno del movimiento era la que llegaba linealmente de los movimientos revolucionarios del siglo XX, de la historia del comunismo de la Tercera Internacional. Aunque el leninismo estuviera muy en cuestión en aquellos años, la idea predominante era la de un movimiento revolucionario

destinado a abatir el orden burgués y a construir de alguna manera (bastante imprecisa, por cierto) una sociedad comunista. Este tipo de representación no cuadraba ya con la realidad de movimientos del todo centrados en la conquista de espacios y tiempos, y que se manifestaban cada vez menos en el plano político y cada vez más en el existencial.

El modelo dialéctico (abatir, abolir, instaurar un nuevo sistema) no correspondía en absoluto a la realidad de luchas que funcionaban, por el contrario, como elemento dinámico, como conflicto abierto y como redefinición del terreno mismo de la confrontación, pero que no podían ni pretendían dirigirse hacia una especie de ataque final contra el corazón del Estado, o hacia una revolución destinada a derribar de modo dialéctico el orden. El desfase entre representación ideológica y realidad sociocultural de ese sector al que llamamos entonces proletariado juvenil fue la causa principal de su incapacidad para traducir la acción contestataria en un proceso de autoorganización social a largo plazo, en la creación de laboratorios de experimentación política, cultural, tecnológica. ¿Con qué objetivo nos estábamos movilizando? ¿Para una revolución comunista clásica, para derribar el Estado y la toma final del poder político? Sólo algunos creían que algo así pudiese tener algún sentido, pero de hecho este horizonte político no fue abandonado explícitamente. No se redefinió el horizonte político. El movimiento boloñés fue, en este sentido, el punto de máxima conciencia. Abandonó de forma declarada y polémica el leninismo residual y el modelo historicista de la revolución. Pero no logró ser consecuente hasta el final, hasta el punto de romper (como tal vez debió hacer) sus relaciones con las componentes del movimiento que, por el contrario, insistían, aunque de modo contradictorio, en un proyecto de tipo leninista y revolucionario.

Hubo otra razón decisiva de la puesta en jaque que sufrió el movimiento. Fue la represión que el régimen político del Compromiso Histórico⁸ desencadenó contra los estudiantes,

⁸ El PCI llamó Compromiso Histórico a su propuesta de acuerdo con la Democracia Cristiana para reformar conjuntamente la sociedad italiana. Se presentó como una línea contraria a la tradicional de promover un gobierno de izquierda alternativo a la DC, que Berlinguer, secretario general del PCI consideraba condenada al fracaso tras los sucesos de

los obreros autónomos, los jóvenes en general, y después contra los intelectuales, los profesores, los escritores, contra las radios libres, las librerías, contra todo centro de vida intelectual innovadora que existía en el país.

El desconsolador reflujo intelectual que afectó a Italia a principios de los ochenta y que ha devastado el arte, la ciencia, la universidad, la investigación, el cine, y que ha acallado el pensamiento político, se debió precisamente al exterminio cultural que el Estado democristiano-estalinista puso en marcha primero en 1977 y a continuación en 1979.⁹

El movimiento del 77 contenía desde luego una ambigüedad profunda. No era la ambigüedad banal entre violentos malos y creativos buenos. Era la superposición de dos concepciones del proceso de modernización y de autonomía social.

Por un lado, existía el movimiento creativo que ponía en el centro de la acción política los media, la información, el imaginario, la cultura, la comunicación, porque pensaba que el poder se jugaba en esos lugares y no en la esfera de la gran política de Estado o en la gran política revolucionaria.

Por otro, estaba la autonomía organizada, convencida de que el Estado tenía el papel decisivo y que debía oponérsele una subjetividad estructurada de forma política clásica.

Ese movimiento debería haber madurado, reforzado sus estructuras productivas y comunicativas, debía haberse transformado en un proceso generalizado de autoorganización de la inteligencia colectiva. Ese fue el proyecto propuesto al movimiento en junio de 1977 en un número de *A/traverso* bajo el título «*La rivoluzione è finita abbiamo vinto*».¹⁰ La propuesta consistía en construir un movimiento de inge-

Chile en 1973. En la práctica se tradujo en una colaboración subalterna del PCI con la DC durante los años de la emergencia o años de plomo, en la represión contra el movimiento social, contra *Autonomia Operaia* y contra las Brigadas Rojas [N. del E.].

⁹ 7 de abril, 21 de diciembre: detenciones en masa de intelectuales ligados a la Autonomía, muchos de los cuales fueron declarados inocentes después de cumplir cinco años de cárcel sin pruebas.

¹⁰ «La revolución ha terminado hemos vencido.»

nieros descalzos, en conectar tecnología, ciencia y zonas temporalmente liberadas. Era una visión minoritaria, pero un número creciente de personas, de jóvenes investigadores, de estudiantes y de artistas empezaba a entrever la posibilidad de un proceso de autoorganización del saber y de la creatividad.

Radio Alice y las demás radios del movimiento representaron un primer intento de articular tecnología, comunicación e innovación social. Todo ello aparecía ligado, es cierto, a una retórica de tipo novecentista, a una retórica guerrillera.

Pero lo que estaba en juego era el destino social de la inteligencia tecnológico-científica y de la inteligencia creativa y comunicativa. La conciencia de este paso empezó a formarse en aquellos años.

Aparecen entonces los libros en los que se manifiesta la conciencia de una transición social, tecnológica y antropológica. En 1973 aparece el texto de Daniel Bell *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, mientras Jean-François Lyotard publica en 1978 *La condición postmoderna*. En 1976 Jean Baudrillard escribe *El intercambio simbólico y la muerte*.¹¹ El movimiento boloñés tuvo, en efecto, una fuerte conexión con los puntos altos de la investigación filosófica, y alimentó a su vez algunos desarrollos de la reflexión en Francia, Alemania y Estados Unidos. Y esa conexión tuvo facetas directamente políticas (como la organización del congreso internacional contra la represión en Bolonia en septiembre de 1977) pero tuvo también, a más largo plazo, facetas de tipo filosófico, interpretativo, conceptual.

¹¹ Daniel Bell, *El advenimiento de la sociedad postindustrial: un intento de prognosis social*, Madrid, Alianza, 1976; Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra, 1984; y Jean Baudrillard, *El intercambio simbólico y la muerte*, Caracas, Monte Ávila, 1993.

Los untorelli

Así pues, 1977 puede ser descrito como el punto de separación entre la época industrial y de las grandes formaciones políticas, ideológicas y estatales, por un lado, y, por otro, la siguiente, la época proliferante de las tecnologías digitales, la difusión molecular de los dispositivos transversales de poder.

En este marco debe entenderse la relación conflictiva entre el movimiento y la izquierda tradicional, cuyos rituales e ideologías eran herencia de la historia pasada de la época industrial. Esta separación pudo parecer una más de las tantas e interminables disputas doctrinarias y políticas dentro del movimiento obrero que llenan su siglo XX.¹² Pero no era así. No se trataba de una de las discusiones dogmáticas en las que se disputaba la hegemonía sobre el movimiento comunista, porque éste se fundaba en premisas que la generación del 77 liquidó en el momento de constituirse como movimiento. En primer lugar, se abandona la premisa según la cual el trabajo obrero es la base de toda identidad política de la izquierda. El 77 se concibe explícitamente como un movimiento postobrero, y rechaza la ética del trabajo que había fundado la historia cultural del movimiento comunista del Novecientos.

Cambia, por lo tanto, el referente subjetivo, pero cambia paralelamente el análisis de la sociedad capitalista, de sus modalidades de funcionamiento. Deleuze propone interpretar la gran transición que se dibuja como la transición de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. Las sociedades disciplinarias son las sociedades modernas descritas por Michel Foucault. Son sociedades en las que se disciplinan los cuerpos y las mentes, se construyen cajas como la fábrica, la cárcel, el hospital, el manicomio, la ciudad monocéntrica. En estas sociedades la represión tiene un

¹² Empezando por la ruptura de la Primera Internacional, siguiendo con el cisma bolchevique, el conflicto entre la Tercera Internacional y el *Linkskommunismus*, la guerra entre estalinismo y trostkismo en los años 30, y acabando en la ruptura chino-soviética y la guerra entre revolucionarios y reformistas en los sesenta.

carácter institucional y centralizado, y consiste en la imposición de reglas y estructuras estables. La sociedad que va tomando forma en los últimos decenios del siglo XX tiene un carácter completamente diferente de las que, con Foucault, podemos llamar sociedades disciplinarias. Funcionan sobre la base de controles insertos en el propio genoma de las relaciones sociales: automatismos informáticos, tecnológicos, automatismos lingüísticos y financieros.

En apariencia, esta sociedad garantiza el máximo de libertad a sus componentes. Cada uno puede hacer lo que le parece. No hay ya imposición de normas. No se pretende disciplinar los comportamientos individuales ni los itinerarios colectivos. Pero el control está inserto en el dispositivo del cerebro humano, en los dispositivos que hacen posibles las relaciones, el lenguaje, la comunicación, el intercambio. El control está en todas partes, no está políticamente centralizado. El movimiento del 77 percibe este campo problemático, y no es casual que precisamente en esos años se empiece a dibujar con claridad el paso del pensamiento estructuralista al postestructuralista, si podemos llamar así al pensamiento rizomático y proliferante que tiene su expresión más significativa en el *Antiedipo* de Deleuze y Guattari.¹³ Imaginaciones esquizoides sustituyen a las representaciones disciplinares de tipo paranoico. El movimiento del 77 no quiere estar obsesionado con la centralidad política del Estado, del partido, de la ideología. Prefiere dispersar su atención, su acción transformadora, su comunicación por territorios mucho más deshilachados: las formas de convivencia, las drogas, la sexualidad, el rechazo del trabajo, la experimentación de formas de trabajo con motivación ética, la creatividad.

Por todas estas razones ese movimiento escapa definitivamente de la referencia conceptual y política del movimiento obrero de la Tercera Internacional, sea en su variante reformista del PCI, sea en su variante revolucionario-leninista. Ese movimiento no tenía nada que hacer con esas viejas historias. Y sin embargo, aquellas viejas historias le pasaron factura, lo rodearon con sus antiguallas y sus obsesiones.

¹³ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *El anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós 1985.

El PCI del Compromiso Histórico trató de aislar al movimiento con una estrategia de marginación cultural prolongada. La tradición estalinomaoísta persiguió al movimiento con el terror, la militarización, el chantaje y, al final, con la epidemia del arrepentimiento. Desde este punto de vista hay que decir, sin tantas historias, que 1977 (en especial el bolonés) fue el primer episodio de 1989.¹⁴

Y es en Bolonia donde se inicia el proceso definitivo de desmantelamiento de la burocracia estalinista que después del Memorial de Yalta de Togliatti en 1964¹⁵ se había reciclado como burocracia reformista sin abandonar su vocación de aplastar la disidencia, de expulsarla, calumniarla, mistificarla, reprimirla. En Bolonia, en marzo de 1977 muchos pensaron que el enemigo principal era el PCI. Los comunistas lo decían con incredulidad, como si fuese un escándalo denunciar su poder.

Pero la dureza de ese enfrentamiento debe entenderse en la perspectiva de un cambio cultural profundo. El movimiento ponía en cuestión los dos pilares sobre los que se había fundado la cultura del partido comunista.

En primer lugar, la ética del trabajo, el orgullo del productor que reivindica profesionalidad, oficio, autogestión. El movimiento oponía a eso el rechazo del trabajo, el absentismo, la desafección y la perspectiva de una progresiva decadencia del valor histórico y productivo del trabajo obrero.

En segundo lugar, el movimiento ponía en cuestión la identificación entre clase obrera y Estado, la adhesión profunda a la institución estatal, considerada por el PCI como un elemento fundamental de la identidad democrática. El

¹⁴ Año de la caída del muro de Berlín [N. del E.].

¹⁵ Palmiro Togliatti, dirigente de la Internacional Comunista y máximo dirigente del PCI desde 1926 hasta su muerte en 1964 en Yalta (Crimea, URSS), dejó formuladas en su testamento político (el llamado Memorial de Yalta) las líneas maestras de su concepción del policentrismo del movimiento comunista internacional (por oposición al liderazgo de la URSS) y de la vía italiana al socialismo por medio de una acción pacífica, de masas, electoral y una política de reformas en el marco de las instituciones de la República Italiana [N. del E.].

movimiento prefería afirmar la obsolescencia tendencial del Estado, su vaciamiento y su progresiva reducción a pura y simple máquina represiva. El fetichismo de la forma-Estado característico del grupo dirigente del PCI estaba además vinculado a la teorización leninista en su versión tercerinternacionalista. Desde luego, Marx no puso al Estado en un pedestal. Fue el partido de Lenin, una vez alcanzado el poder, quien identificó el Estado obrero con el ideal histórico y político del poder obrero. Visto a toro pasado, podemos afirmar que la identificación entre Estado y poder obrero era una de las más profundas mentiras de la teoría y la práctica estalinianas, y una de las huellas más indelebles de la tradición tercerinternacionalista y comunista.

Esta problemática apareció en Bolonia, aunque de forma atenuada y reformada, y la santificación del Estado como forma indiscutible a la que debe ser reconducida toda mediación social estaba lejísimos del espíritu libertario del movimiento. En este sentido, el movimiento (en especial el boloñés) tuvo una doble responsabilidad cultural. Por un lado, contribuyó a reducir la religión estatalista de la izquierda. Por otro lado, abrió el camino, de algún modo, al liberalismo que en los años ochenta se extendió por la cultura y la economía, tras la victoria de Thatcher y Reagan.

Cuando los estudiantes se pusieron a contestar a los mandarines académicos, descubrieron que en buena parte se trataba de mandarines con carnet del PCI. Los jóvenes obreros de la Emilia se encontraron con que sus patrones estaban en muchos casos afiliados al PCI. Cuando los obreros de la Fiat atacaron las políticas patronales y reivindicaron su autonomía, se encontraron enfrente, defendiendo a Agnelli,¹⁶ a Giorgio Amendola, el viejo dirigente estalinista napolitano reconvertido a un reformismo autoritario. Por todas estas razones, el movimiento vio en el PCI un enemigo y no un interlocutor con el que discutir.

En los años anteriores se había insistido mucho, en Italia y en el extranjero, en la naturaleza específica de la experiencia comunista italiana. El PCI era un partido más democráti-

¹⁶ El gran patrón de la Fiat [N. del E.].

co que sus partidos hermanos de Europa oriental o de Francia. Era cierto, en alguna medida. Había sido cierto desde luego en los años sesenta, antes de la invasión soviética de Checoslovaquia. A finales de los años sesenta se abrió en el PCI una dialéctica cultural que registraba la novedad del movimiento estudiantil. Pero este debate nunca alcanzó a mover a la cúpula, ni a la dirección central, ni a las ideologías fuertes que guiaban al partido-coloso. En los setenta, el PCI se encerró en la torre de marfil de la autonomía de lo político. Tras el golpe de Estado en Chile el entonces secretario general del PCI, Enrico Berlinguer, pensó que no había otro camino que el del compromiso político con la Democracia Cristiana. Cuando vio crecer el movimiento autónomo y, sobre todo, cuando vio que el movimiento atacaba el baluarte boloñés del PCI, reaccionó llamando despectivamente a los contestatarios *untorelli*,¹⁷ y afirmó que éstos jamás lograrían conquistar el bastión boloñés.

Pero la previsión de Berlinguer fue a la larga desmentida por los hechos. El '77 puso en marcha una dinámica de corrosión que se puede leer hoy a la luz de lo que sucedería doce años más tarde, en 1989, en toda Europa. Desde el '77 la afiliación al PCI empieza a declinar de modo inexorable. La izquierda no sabía ver otra cosa que la política, y no supo ver así lo que empezaba a moverse en el vientre profundo de la sociedad. No supo ver las dinámicas culturales profundas que procedían de la cultura americana. Tampoco supo prever las dinámicas tecnológicas y las transformaciones productivas que se derivarían de ellas. En lugar de seguir la evolución de la sociedad, la izquierda se erigió en guardián de la continuidad del sistema político. En ello reside la analogía entre el '77 boloñés y lo que después sería 1989. El '77 fue el anuncio de 1989 precisamente porque reivindicó la autonomía del devenir social molecular (tecnológico, productivo, cultural, comunicativo) frente a la rigidez molar de lo político, del Estado y del partido.

¹⁷ Nombre con el que se llamaba en las épocas de peste, a las personas a las que se acusaba de contagiar la enfermedad untando las puertas. En sentido figurado, pobre diablo [N. del E.].

Information to the people

Information to the people es uno de los eslóganes que nacen del movimiento de la contracultura en la California de los años sesenta. En el caldo de cultivo de la costa occidental de los Estados Unidos crecieron Steve Wozniak y Steve Jobs, fundadores de Apple Computer, y creadores de la filosofía y la práctica que está en la base de la difusión de la informática, el interfaz amistoso, el espíritu de red y el *open source*. El año en el que se registra la marca Apple es, qué casualidad, 1977. En ese año se produce en Italia el estallido de una forma innovadora de comunicación, la de las radios libres y la del uso del directo en las transmisiones radiofónicas. El nacimiento de las radios libres es consecuencia de un acontecimiento jurídico de diciembre de 1974. En ese mes el Tribunal Constitucional italiano estableció la inconstitucionalidad del monopolio estatal del éter, y estableció de forma indirecta el derecho de transmisión para cualquier ciudadano o asociación. El propio Tribunal, en esa misma sentencia, reclamaba la necesidad de una regulación del uso del éter.

En ese vacío legal algunos empezaron a entrever la posibilidad de construir estructuras de información completamente libres, desligadas de cualquier institución estatal o política, y de cualquier interés comercial, económico o especulativo. Y era posible. El coste de instalación de una emisora radiofónica era en esa época irrisorio. Incluso para los estudiantes o los jóvenes obreros era posible conseguir los pocos cientos de miles de liras que hacían falta para comprar un transmisor, un equipo de alta fidelidad y una mezcladora. Fue así como nació *Radio Alice*, la primera radio libre capaz de poner en marcha un proceso de autoorganización creativa y poner a disposición del movimiento un instrumento simple y eficaz de información. *Radio Alice* nació el 9 de febrero de 1976. Desde los primeros días de emisión suscitó una oleada de indignación en la opinión pública bienpensante. *Il Resto del Carlino*, el diario boloñés ultraconformista denunció que «*Radio Alice* emite mensajes obscenos», mientras el PCI insinuaba que detrás de la radio debía haber intereses ocultos. No había ningún financiador. La radio se finan-

ciaba con las aportaciones voluntarias de los redactores, que al principio eran una decena y en pocas semanas alcanzaron un número incalculable. No había una programación fija para cada día, salvo un boletín político emitido a horas más o menos regulares y algunas emisiones un tanto peculiares, como las lecciones de yoga por las mañanas y las largas sesiones de música en directo y de poesía que se prolongaban hasta altas horas de la noche.

Radio Alice, como *A/traverso*, la revista maodadaísta que empezó a publicarse en mayo de 1975, fue el signo explícito y declarado de una voluntad del movimiento de salir de los esquemas lingüísticos del movimiento obrero tradicional y de experimentar lenguajes provocadores y directos que se inspiraban en el surrealismo y el dadaísmo, y que proponían técnicas de agitación propias de la cultura hippy: la burla, la ironía, la difusión de noticias falsas, la mezcla de tonos líricos y tonos histéricos en la comunicación política, la mezcla del horizonte histórico con los acontecimientos menores de la vida diaria. Sexualidad y drogas se convirtieron por primera vez en asunto de discusión y activismo. No debemos olvidar que esos son también los años en los que aparecen en la escena cultural, primero en Estados Unidos, después en Europa, el movimiento feminista y el movimiento gay. Son los años en los que el consumo de drogas, hasta entonces un fenómeno absolutamente marginal, se convierte en un elemento característico de las vivencias estudiantiles y juveniles.

Al mismo tiempo, el pensamiento filosófico, en especial en Francia, repiensa en términos de microfísica el horizonte del poder y de la liberación. La subjetividad ya no es identificada en los modos monolíticos propios de la ideología, de la política, de la pertenencia social, sino mediante toda una microfísica de las necesidades, del imaginario, del deseo. La noción de microfísica social fue introducida en la discusión por Michel Foucault y posteriormente desarrollada por Deleuze y Guattari en el *Anti-Edipo*. La noción de sujeto es sustituida por la de subjetivación, para indicar que el sujeto no es algo dado, socialmente determinado e ideológicamente consistente. En su lugar, debemos ver procesos de atracción y de imaginación que modelan los cuerpos sociales, haciendo que actúen como sujetos dinámicos, mutables, proliferantes. La *Historia de la locura* de Michel

Foucault, el *Anti-Edipo* de Deleuze y Guattari y *Fragmentos de un discurso amoroso* de Roland Barthes¹⁸ son libros en torno a los cuales se generó un enorme interés en aquellos años. Estos libros acabaron por convertirse en puntos de referencia del discurso político, a pesar de no tener carácter de programa político. Estos libros proponían un estilo, el estilo nómada, no identitario, flexible pero no integrable, creativo pero no competitivo. El movimiento boloñés alimentó su lenguaje y sus comportamientos con las palabras que salían de aquellos libros y por ello desarrolló con anticipación una idea del movimiento como agente simbólico, como colectivo de producción mediática, como sujeto colectivo de enunciación, por utilizar la expresión de Guattari.

Durante todo el siglo del movimiento obrero, el problema de la producción cultural se había planteado en términos puramente instrumentales, en términos de contrainformación, de restablecimiento de la verdad proletaria contra la mentira burguesa. La cultura era considerada (según las tesis del materialismo histórico) como una superestructura, un efecto determinado por las relaciones de producción. El pensamiento postestructuralista francés puso en crisis esta visión mecánica.

Tomando como referencia la ruptura que significó el postestructuralismo francés, la revista *A/traverso* llevó adelante una dura batalla contra el materialismo histórico y su mecanicismo. *Radio Alice* rechazó siempre ser identificada como un instrumento de contrainformación. Para empezar, *Radio Alice* no era un instrumento. Era un agente comunicativo. No estaba al servicio del proletariado o del movimiento, sino que era una subjetividad del movimiento. Y, sobre todo, no pretendía restablecer la verdad negada, oculta, conculcada o reprimida. No existe una verdad objetiva, que corresponda a una dinámica profunda de la historia. La historia es precisamente el lugar en el que se manifiestan verdades contradictorias, producciones simbólicas todas ellas igualmente falsas e igualmente verdaderas.

¹⁸ Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997; Roland Barthes y Eduardo Molina, *Fragmentos de un discurso amoroso*, Madrid / México, Siglo XXI, 1999.

La lección desencantada de la semiología de Umberto Eco, del postestructuralismo de Foucault y de Deleuze–Guattari se infiltró con fecundidad en las teorías y las prácticas de los radios del movimiento, y poco a poco agrietó el edificio de la ortodoxia. La cultura dejó de ser considerada una superestructura, para entenderse como una producción simbólica que forma el imaginario, es decir, el océano de imágenes, de sentimientos, de expectativas, de deseos y de motivaciones sobre el que se funda el proceso social, con sus cambios y sus virajes.

La batalla del *mediascape*

El movimiento boloñés intuyó con antelación la función decisiva de los media en una sociedad postindustrial. Esta sensibilidad fue mérito, entre otros, del DAMS boloñés,⁹ la escuela nacida precisamente en aquellos años en la que enseñaban personas lúcidas como Giuliano Scabia, Umberto Eco o Paolo Fabbri. En cierto sentido podemos decir que el movimiento del '77 fue también un laboratorio de formación para millares de operadores de la comunicación que en los decenios siguientes han participado en la gran batalla de la comunicación desarrollada desde el '77 hasta hoy. Esa batalla ha acabado por sobredeterminar la lucha política, de modo que hoy el rey de la televisión es el rey de la república que, de hecho, es una república monárquica.

Esa batalla ha acabado en desastre. Tras la sentencia del Tribunal Constitucional italiano que hizo posible la libertad de emisión, mientras nosotros hacíamos las primeras radios libres, la izquierda nos advertía, desconfiada: «Ahora vosotros abris esas pequeñas radios democráticas, pero mañana llegará el gran capital y se adueñará así del sistema mediático». Así sonaba, más o menos, el reproche de la

⁹ El DAMS (Discipline delle Arti, della Musica e dello Spettacolo) nació en 1971 en la Universidad de Bolonia como curso de licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras con el fin de desarrollar una política de sinergias entre lenguajes expresivos no verbales (<http://www2.unibo.it/dams/>).

izquierda y en especial del PCI. Se pensaba que acabaría por ser Rizzoli, propietario entonces de varias cabeceras de diarios, quien construyese un imperio mediático en el espacio abierto en aquellos años, pero finalmente fue Berlusconi. La brecha abierta por las pequeñas radios libres le permitió crear *Milano cinque* que después se convirtió en *Canale Cinque*. ¿Tenía entonces razón el PCI, que defendía el carácter público de la información y nos ponía en guardia frente a los peligros de la liberalización, que abría el camino al gran capital? No, no tenía razón el PCI, la tenía el movimiento de las radios libres. Porque la libertad de información, además de ser un bien en sí mismo, es también un proceso inevitable, porque no se puede contener el flujo de proliferación de la información. El movimiento había intuido la evolución de las relaciones entre comunicación y sociedad, y habría podido transformarse en un gigantesco laboratorio de producción comunicativa. Ese habría sido el antídoto contra el peligro Berlusconi, el antídoto anticipado contra la ciberdictadura. Pero no sucedió eso. En marzo se produjo una insurrección dramática y al mismo tiempo alegre, en septiembre se produjo el congreso contra las represiones.

Marzo fue colorido y feliz, creativo e inteligente.

Septiembre fue plomizo y rencoroso, ideológico y agresivo

El movimiento había encontrado la calle bloqueada por las tanquetas, y cientos de jóvenes habían acabado en la cárcel. La esperanza de marzo se convirtió en la tenebrosa y desesperada determinación de septiembre.

El terrorismo vino después, y la heroína también. Llegaron para traer la derrota, para eliminar al único adversario posible del ciberfascismo italiano. Hoy escribimos estas páginas en un clima completamente transformado. De momento, y no sabemos hasta cuando, el ciberfascismo habrá ganado la batalla. Personajes ridículos dominan la escena de la política amenazando con posibles desastres.

El *mediascape* de hoy (doscientas mil veces más cerrado que el *mediascape* del '77) está estructurado según las mismas líneas de entonces. Había entonces una información completamente controlada, una información de régimen que procedía del púlpito del Compromiso Histórico, de la iglesia católicotogliattiana. Y de golpe aparecieron las radios libres, los panfletos transversales, los indios metropolitanos, los centros del proletariado juvenil, los primeros grupos de videoactivistas. Del mismo modo, la información hoy está completamente controlada, procede de una única fuente como entonces. Un único patrón gobierna los flujos que rocían la mente barroca del pueblo italiano. Pero de golpe ha surgido la innumerable masa de comunicación horizontal que compone Internet, los cien mil nodos de la red Indymedia, la proliferación de *videomakers* por las calles.

Tal vez sea en este terreno, en el de la comunicación, la producción del imaginario, de la formación de los panoramas psíquicos, donde se dibuje una posibilidad de recuperación de una perspectiva civil, política y cultural que permita superar la actual barbarie. Suponiendo que quede algo de humano cuando acabe la tormenta. Algo que no está del todo clara.

El '77 fue, recordémoslo, anticipación e inicio del fenómeno llamado punk, que ha representado el alma más profunda de las culturas juveniles de los años ochenta y noventa. El punk no fue, en realidad, un puro y simple gesto inmediato de revuelta, aunque le encantase presentarse como tal. El punk fue el despertar de la conciencia tardomoderna frente al efecto irreversible de devastación producido por todo aquellos que los movimientos revolucionarios no supieron cambiar, eliminar, destruir.

El punk fue una especie de desesperada y lúcida conciencia de un después sin salvación.

No future, declaró la cultura punk contemporánea de la insurrección creativa de Bolonia y de Roma: «No hay ningún futuro». Aún estamos en ese punto, mientras la guerra más demencial que la humanidad haya conocido destruye las conciencias y las esperanzas de una vida vivible. Estamos aún allí, en el punto en el que nos dejó el congreso de septiembre de 1977.

No future sigue siendo, hoy como entonces, el análisis más agudo y el diagnóstico más acertado.

Y la desesperación el sentimiento más humano.

DO YOU REMEMBER COUNTERREVOLUTION?¹

Paolo Virno

¿QUÉ SIGNIFICA LA PALABRA «CONTRARREVOLUCIÓN»? Por ésta, no debe entenderse sólo una represión violenta –aunque, ciertamente, la represión nunca falte. No se trata de una simple restauración del *ancien régime*, es decir del restablecimiento del orden social resquebrajado por conflictos y revueltas. La «contrarrevolución» es, literalmente, una *revolución a la inversa*. Es decir: una innovación impetuosa de los modos de producir, de las formas de vida, de las relaciones sociales que, sin embargo, consolida y relanza el mando capitalista. La «contrarrevolución», al igual que su opuesto simétrico, no deja nada intacto. Determina un largo *estado de excepción*, en el cual parece acelerarse la expansión de los acontecimientos. Construye activamente su peculiar «nuevo orden». Forja mentalidades, actitudes culturales, gustos, usos y costumbres, en suma, un inédito *common sense*. Va a la raíz de las cosas y trabaja con método.

Pero hay más: la «contrarrevolución» se sirve de los mismos presupuestos y de las mismas tendencias –económicas, sociales y culturales– sobre las que podría acoplarse la «revolución», ocupa y coloniza el territorio del adversario y

© se permite la copia

¹ *Detournemeant*, desvío del conocido texto «Do you remember revolution?» firmado por Toni Negri, Lucio Castellano, Luciano Ferrari Bravo y el propio Virno entre otros, y que proponía, a mediados de los ochenta, una primera lectura de los años intensos de la «revolución italiana», tanto frente a la política de olvido institucional como frente a la visión nostálgica de la violencia armada [N. del. E.]

da otras respuestas a las *mismas* preguntas. Reinterpreta a su modo (y las cárceles de máxima seguridad, a menudo, facilitan esta tarea hermenéutica) el conjunto de condiciones materiales que convertirían la abolición del trabajo asalariado en algo simplemente realista: reduce este conjunto a provechosas *fuerzas productivas*. Además, la «contrarrevolución» transforma en pasividad despolitizada o en consenso plebiscitario los mismos comportamientos que parecían implicar el deterioro del poder estatal y la actualidad de un autogobierno radical. Por esta razón, una historiografía crítica, reacia a idolatrar la autoridad de los «hechos consumados», debe esforzarse en reconocer, en cada etapa y en cada aspecto de la «contrarrevolución», la silueta, los contenidos, la cualidad de la revolución posible. La «contrarrevolución» italiana comienza a finales de los años setenta y se prolonga hasta el día de hoy. Presenta numerosas estratificaciones. Como un camaleón, cambia muchas veces de aspecto: «compromiso histórico» entre DC y PCI, craxismo² triunfante y reforma del sistema político tras el derrumbe de los regímenes del Este. Sin embargo, no resulta difícil comprender a simple vista los *Leitmotiv* que recorren todas sus fases. El núcleo unitario de la «contrarrevolución» italiana de los años ochenta y noventa consiste: a) en la plena afirmación del modo de producción postfordista (tecnología electrónica, descentralización y flexibilidad de los procesos de trabajo, el saber y la comunicación como principal recurso económico, etc.); b) en la gestión capitalista de la brusca reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario (*part-time*, jubilaciones anticipadas, paro estructural, precariedad de larga duración, etc.); en la crisis drástica y casi irreversible de la democracia representativa. La Segunda

² Efectivamente Bettino Craxi dio nombre a toda una época y a un determinado «hacer institucional». Líder socialista, presidió el gobierno más largo de la década de 1980 (entre 1982 y 1987), por medio de un pacto de estabilidad entre las fuerzas políticas no comunistas (el *pentapartito*). Indudablemente los años del «craxismo» fueron años de política deflacionista, de control salarial, de extensión de una espectacular corrupción institucional y de introducción de las medidas neoliberales, que fueron la expresión italiana de la dulce derrota «postmoderna»; anuncio temprano del colapso institucional de los viejos partidos en la década siguiente [N. del. E.].

República³ hunde sus raíces en esta base material. Constituye el intento de adecuar la forma y el procedimiento de gobierno a las transformaciones ya ocurridas en los lugares de producción y en el mercado de trabajo. Con la Segunda República, la «contrarrevolución» postfordista se dota, en definitiva, de una constitución propia y llega así a buen término.

Las tesis histórico-políticas que siguen a continuación se proponen extrapolar algunos aspectos sobresalientes de los hechos italianos de los últimos quince años. Para ser exactos, aquellos aspectos que provean a la discusión teórica un trasfondo empírico inmediato. Cuando un acontecimiento concreto demuestre tener un valor *ejemplar* (o bien cuando permita presagiar una «ruptura epistemológica» y una innovación conceptual) profundizaremos en él mediante un *excursus*, cuya función es similar, en todos los sentidos, al «primer plano» cinematográfico.

1. El postfordismo, en Italia, ha sido el bautismo del denominado «movimiento del '77», o sea de las duras luchas sociales de una fuerza de trabajo escolarizada, precaria, móvil, que odia la «ética del trabajo», se contrapone frontalmente a la tradición y a la cultura de la izquierda histórica y señala una clara discontinuidad respecto al obrero de la línea de montaje. El postfordismo se inaugura con revueltas.

³ Ciertamente aunque formalmente no se ha inaugurado un nuevo régimen constitucional que de acta de fundación a la Segunda República italiana, entre 1989 y 1995 se sucede una cadena de acontecimientos que colapsan totalmente la vida de los principales actores políticos, y condicionan una modificación radical del sistema de partidos. La caída del Muro de Berlín acusa la crisis del Partido Comunista, que finalmente se descompone en dos formaciones: *Refundazione Comunista* y los DS (el Partido de los Demócratas de Izquierda). Más grave por sus consecuencias profundas en la liquidación de la legitimidad de la democracia representativa fueron los procesos de Tangentopoli, que en el verano de 1992 llevaron a la cárcel y a los tribunales a una buena cantidad de líderes del partido socialista y de la Democracia Cristiana, e hicieron aflorar la corrupción estructural de la política italiana. Los procesos determinaron la disolución de los viejos agentes políticos, y la emergencia paradójica de nuevas fuerzas de carácter extremadamente moderno al tiempo que con matices peligrosamente reaccionarios, estas son las Leghe y Forza Italia [N. del. E.].

La obra maestra de la «contrarrevolución» italiana reside en haber transformado en requisitos profesionales, ingredientes de la producción de plusvalor y fermento del nuevo ciclo de desarrollo capitalista, las inclinaciones colectivas que, en el «movimiento del '77», se presentaban, en cambio, como antagonismo intransigente. El neoliberalismo italiano de los años ochenta es una especie de '77 invertido. Y al contrario: aquella antigua estación de conflictos continúa representando, todavía hoy, la otra cara de la moneda postfordista, la cara rebelde. El movimiento del '77 constituye, por usar una bella expresión de Hannah Arendt, un «futuro a la espalda», el *recuerdo* de aquello que podrían ser las luchas de clase *prossime venture*.

Primer excursus. Trabajo y no-trabajo: el éxodo del '77.

Como ocurre con toda auténtica novedad, el movimiento del '77 padeció la mortificación de verse confundido con un fenómeno de *marginación*. Aparte de sufrir la acusación, más complementaria que contradictoria, de *parasitismo*. Estos conceptos invierten la realidad de forma tan completa y precisa que resultan bastante indicativos. En efecto, quienes tomaron por marginales o parásitos a los «intelectuales descalzos» del '77, a los estudiantes-trabajadores y a los trabajadores-estudiantes, a los precarios de toda calaña, fueron aquellos que sólo consideraban «central» y «productivo» el puesto fijo en la fábrica de bienes de consumo duraderos. Todos aquellos, por tanto, que miraban a aquellos sujetos desde la perspectiva del ciclo de desarrollo en declive. Y que, sin embargo, constituye una perspectiva, ésta sí, con riesgo de marginalidad y también de parasitismo. Por el contrario, en cuanto se atiende, a las grandes transformaciones de los procesos productivos y de la jornada social de trabajo, que se ponen en marcha entonces, no es difícil reconocer en los protagonistas de aquellas luchas de calle algún contacto con el corazón mismo de las fuerzas productivas.

El movimiento del '77 da voz *por un momento* a la composición de clase transformada que comienza a configurarse tras la crisis del petróleo y de la *cassa integrazione* en las grandes

fábricas, en el inicio de la reconversión industrial. No es la primera vez, por otra parte, que una revolución radical del modo de producción viene acompañada por una conflictividad precoz de los estratos de la fuerza de trabajo a punto de pasar a ser el eje de la nueva configuración. Basta pensar en la peligrosidad social que, en el siglo XVII, marcó a los vagabundos ingleses, *ya* expulsados del campo y *a punto* de ser introducidos en las primeras manufacturas. O en las luchas de los descualificados americanos, en los primeros diez años de este siglo, luchas que precedieron al giro fordista y taylorista, basado justamente en la descualificación sistemática del trabajo. Cada brusca metamorfosis de la organización productiva, como se sabe, está destinada, en principio, a recordar los afanes de la «acumulación originaria» y debe por ello transformar desde el principio una relación entre «cosas» (nuevas tecnologías, distinta localización de las inversiones, fuerza de trabajo dotada de ciertos requisitos específicos) en una relación social. Pero precisamente en este recorrido se manifiesta, a veces, la cara oculta subjetiva de aquello que después pasa a ser un inexpugnable recorrido de hechos.

Las luchas del '77 asumen como propia la fluidez del mercado de trabajo, haciéndola un terreno de agregación y un punto de fuerza. La movilidad entre trabajadores diferentes y entre trabajo y no trabajo, en lugar de pulverizar, determina comportamientos homogéneos y actitudes comunes, se llena de subjetividad y conflicto. Sobre este panorama, comienza a recortarse la tendencia que después, en los años siguientes, será analizada por Dahrendorf, Gorz y muchos otros: contracción del empleo manual tradicional, crecimiento del trabajo intelectual masificado y paro ligado a la falta de inversiones (causado por el desarrollo económico, no por sus dificultades). De esta tendencia, el movimiento supone la *representación de una parte*, la hace visible por primera vez y, en cierto modo, la bautiza, pero torciendo su fisonomía en sentido antagonista. Decisiva fue, entonces, la percepción de una posibilidad: la de concebir el trabajo asalariado como el *episodio* de una biografía, en lugar de como una *cadena perpetua*. Y la consiguiente inversión de expectativas: renuncia a darse prisa por entrar en la fábrica y mantenerse, búsqueda de cualquier camino para evitarla y alejarla

de sí. La movilidad, de condición impuesta, pasa a ser regla positiva y aspiración principal; el puesto fijo, de objetivo primario, se transforma en excepción o paréntesis.

Es a causa de tales tendencias, bastante más que por la violencia, por lo que los jóvenes del '77 se volvieron sencillamente indescifrables para la tradición del movimiento obrero. Ellos transformaron a la inversa el crecimiento del área del no trabajo y de la precariedad en un recorrido colectivo, en una *migración consciente del trabajo de fábrica*. Antes que resistir a ultranza a la reestructuración productiva, se fuerzan límites y trayectorias, en el intento de obtener consecuencias impropias y favorables para sí mismos. Antes que encerrarse en un fortín asediado, abocados a una derrota apasionada, se ensayan las posibilidades de empujar al adversario a atacar fortines vacíos, abandonados previamente. La aceptación de la movilidad se une a la búsqueda de una renta garantizada como una idea de producción más cercana a la exigencia de autorrealización. Es decir, lo que se rompe es el nexo entre trabajo y socialización. Momentos de hermandad comunitaria son experimentados fuera y contra la producción directa. Después, esta socialización independiente se hace valer, como insubordinación, incluso en el lugar de trabajo. Asume un peso decisivo la opción «por la formación ininterrumpida», es decir la continuación de la formación académica, incluso después de haber encontrado empleo: esto alimenta la así llamada rigidez de la oferta de trabajo, pero sobre todo hace que la precariedad y el trabajo negro tengan como protagonistas sujetos, cuya red de saberes e informaciones son siempre exorbitantes respecto a las profesiones distintas y cambiantes. Se trata de un exceso no desposeíble, no reconducible a la cooperación productiva dada: su inversión o su derroche están, por lo tanto, ligados a la posibilidad de poblar y habitar establemente un territorio situado más allá de la prestación salarial.

Este conjunto de comportamientos es *obviamente* ambiguo. Es posible leerlo, de hecho, como una respuesta pauloviana a la crisis del Estado asistencial. Conforme a esta interpretación, los asistidos viejos y nuevos bajan al campo de batalla para defender las propias *posiciones*, excavadas de forma diferente en el gasto público. Encarnan aquellos costes ficticios que el empuje neoliberal y anti-*welfare* intenta abolir, o al menos contener. La izquierda puede incluso

defender a estos hijos espurios, pero con cierta vergüenza, y condenando de todos modos su «parasitismo». Pero quizás es precisamente el '77 el que ilumina con muchas otras luces la crisis del *welfare state*, redefiniendo de raíz la relación entre trabajo y asistencia, entre costes reales y «costes falsos», entre productividad y parasitismo. El éxodo de la fábrica, que en parte anticipa y en parte imprime otra cara al incipiente paro estructural, sugiere de forma provocadora que en el origen del desorden del Estado asistencial está, si acaso, el desarrollo asfixiante, inhibido, ni tan siquiera modesto, del área del no trabajo. Como si dijéramos: *no es que haya demasiado no trabajo, sino demasiado poco*. Una crisis causada, por lo tanto, no por las dimensiones asumidas por la asistencia, sino por el hecho de que la asistencia se amplía, en su mayor parte, bajo la forma de trabajo asalariado. Y, viceversa, por el hecho de que el trabajo asalariado se presenta, desde un cierto momento en adelante, como asistencia. Además, las políticas de pleno empleo en los años treinta ¿no habían surgido justamente con la consigna «cava agujeros y luego rellénalos»?

El punto central (que se manifiesta en el '77 en forma de conflicto y, después, durante los años ochenta, como paradoja económica del desarrollo capitalista) es el siguiente: el trabajo manual atomizado y repetitivo, a causa de sus costes inflacionistas y sin embargo rígidos, muestra un carácter no competitivo respecto a la automatización y, en general, a la nueva secuencia de aplicaciones de la ciencia sobre la producción. Muestra la cara de *coste social excesivo*, de asistencia indirecta, encubierta e hipermediada. Pero hacer de la fatiga física algo radicalmente «antieconómico» es el extraordinario resultado de décadas de luchas obreras: no hay, en realidad, nada de qué avergonzarse. De este resultado, repetimos, se apropia por un momento el movimiento del '77, señalando a su modo *el carácter socialmente parasitario del trabajo bajo patrón*. Es un movimiento que se sitúa, en muchos sentidos, a la altura de la *new wave* neoliberal, ya que busca otra solución para los mismos problemas con los que ésta se enfrentará más tarde. Busca y no encuentra, implosionando rápidamente. Pero pese a haberse quedado en estado de síntoma, aquel movimiento representó la única reivindicación de una vía alternativa en la gestión del fin del «pleno empleo».

2. La izquierda histórica, después de haber contribuido a la aniquilación (también en el sentido militar del término) de los movimientos de clase y a la primera fase de la reconversión industrial, se fue quedando progresivamente fuera de juego. En 1979, el gobierno de los «acuerdos amplios», también denominado gobierno de «solidaridad nacional», apoyado sin reservas por el PCI y por su sindicato, llegó a su fin. La iniciativa política quedó completamente en manos de las grandes empresas y de los partidos de centro.

Siguiendo un guión clásico, las organizaciones obreras reformistas fueron cooptadas por la dirección del Estado dentro de una *fase de transición*, caracterizada por un «ya no» (ya no rige el modelo fordista-keynesiano) y por un «todavía no» (todavía no se da un pleno desarrollo de la empresa en red, del trabajo inmaterial, de las tecnologías informáticas), en la cual se trataba de contener y reprimir la insubordinación social. Por consiguiente, tan pronto como el nuevo ciclo de desarrollo se puso en marcha, tan pronto como el obrero-masa de la cadena de montaje perdió definitivamente su propio peso contractual y político, la izquierda oficial se convirtió en un lastre inútil, que había que quitarse de encima lo más pronto posible.

El declive del PCI tiene su origen en los últimos años setenta. Se trata de un acontecimiento «occidental», italiano, conectado con la nueva configuración del proceso laboral. Sólo a causa de una ilusión óptica se puede llegar a pensar que este declive, que en 1990 conducirá a la disolución del PCI y al nacimiento del Partido democrático de la izquierda (PDS), fue producido por la conflagración del «socialismo real», es decir, por la inmediatamente sucesiva caída del Muro.

La sanción simbólica de la derrota sufrida por la izquierda histórica tuvo lugar, en realidad, a mediados de los años ochenta. En 1984, el gobierno dirigido por Bettino Craxi abolió el «punto de contingencia», es decir, el mecanismo de adecuación de los salarios a la inflación. El PCI convocó un referéndum para restablecer esta importante conquista sindical de los años setenta. Lo convocó y, en 1985, lo perdió estrepitosamente. La consecuencia de esta debacle fue que, a partir de ese momento, el partido y el sindicato asumieron posiciones «realistas», es decir, de colaboración con el

gobierno, en lo que se refiere a salario y jornada de trabajo. Desde 1985 en adelante, desapareció toda tutela «socialdemócrata» o «sindicalista» de las condiciones materiales del trabajo dependiente. La clase obrera postfordista tendría que vivir sus primeras experiencias sin poder contar en ningún momento con un partido «propio» o con un sindicato «propio». Nunca había ocurrido algo así en Europa desde los días de la primera revolución industrial.

Segundo excursus. Los cambios en la Fiat en los años ochenta.

En la Fiat, entre dos décadas, se deja ver con ejemplar nitidez la feroz «dialéctica» entre la espontaneidad conflictiva de la joven fuerza de trabajo, el PCI y la empresa a punto de cambiar su fisionomía. El microcosmos Fiat anticipa y compendia la «gran transformación» italiana. Es un acto único dividido en tres escenas.

Primera escena. En julio de 1979, la Fiat está bloqueada por una huelga «indefinida» que, en muchos aspectos, se asemeja a una verdadera ocupación de la fábrica. Es el momento culminante de la contienda por el convenio integral de empresa. Pero, sobre todo, es el último gran episodio de la ofensiva obrera de los años setenta. Sus protagonistas absolutos son los diez mil nuevos «contratados», que han comenzado a trabajar en la Fiat a partir de los últimos dos años. Se trata de obreros «extravagantes», que se parecen en todo –mentalidad, costumbres metropolitanas, escolarización– a los estudiantes y a los precarios que habían llenado las calles en el año '77. Los nuevos «contratados» se habían distinguido hasta aquel momento por un continuo sabotaje de los ritmos de trabajo: la «lentitud» era su pasión. Con el bloqueo de la Fiat, intentaron reafirmar la «porosidad» o elasticidad del tiempo de producción. El sindicato y el PCI los rechazan, condenando abiertamente su desafección al trabajo.

Segunda escena, en otoño de 1979, la dirección de Fiat prepara la contraofensiva despidiendo a 61 obreros, jefes históricos de la lucha de la sección. Pero, ojo, no los despide aduciendo como pretexto cualquier motivo empresarial. La razón de la medida es la presunta connivencia de los 61 con

el «terrorismo». Poco importa que los jueces no hayan encontrado elementos concretos para proceder contra los «sospechosos». La empresa lo «sabe», y esto basta. La cuestión de los 61 está en perfecta sintonía con los gobiernos de «solidaridad nacional», con la equiparación realizada por ellos entre las luchas sociales extrainstitucionales y la subversión armada. El PCI y el sindicato avalan la decisión de la Fiat, limitándose a algún «distingo» formal.

Tercera escena. Un año mas tarde, en otoño de 1980, la Fiat pone sobre la mesa un plan de reestructuración que prevé 30.000 despidos. Se desmantela la fábrica fordista, la Mirafiori se convierte en una referencia de arqueología industrial. Siguen 35 días de huelga en los cuales el PCI, ya fuera del gobierno, emplea a fondo su fuerza organizativa. El secretario del partido, Enrico Berlinguer, da un mitin a las puertas de la Fiat, que, después, en los años siguientes, se mantendrá como un «objeto de culto» para los militantes de la izquierda oficial. *Pero ya es demasiado tarde.* Al avalar la expulsión de los 61 y, mucho antes, oponiéndose y reprimiendo la lucha espontánea de los nuevos contratados, el PCI y el sindicato destruyeron la organización obrera en la fábrica. Como si dijésemos: cortaron la rama sobre la que también ellos, a pesar de todo, estaban sentados. Solo una historiografía que desee confundir las cosas puede indicar que los «35 días» son la confrontación decisiva, el acontecimiento que señala el cambio de vertiente: en realidad, todo se jugó con anterioridad, entre 1977 y 1979. Esta vez, para ganar la contienda, la Fiat puede contar con una base de masas: los cuadros intermedios, los jefecillos, los empleados. Los cuales organizan, en octubre de 1980, una manifestación en Turín contra la prolongación de la huelga obrera. Y obtienen un éxito inesperado: desfilan 40.000 personas. El plan de reestructuración de la Fiat es aprobado.

3. Entre los años 1984 y 1989, la economía italiana conoce su pequeña «edad de oro». Suben ininterrumpidamente los índices de productividad, crecen las exportaciones, la Bolsa manifiesta una larga «efervescencia». La «contrarrevolución» levanta el estandarte tan querido entonces por Napoleón III después de 1948: *enrichissez-vous*, enriqueceos.

Los sectores arrastrados por el boom son la electrónica, la industria de la comunicación (son los años en los que se agiganta la Fininvest⁴ de Berlusconi), la química fina, el textil «postmoderno» tipo Benetton (que organiza directamente la comercialización del producto), las empresas que suministran servicios e infraestructuras. La propia industria del automóvil, después de ser agilizada y reestructurada, acumula durante algunos años ganancias excepcionales.

Cambia profundamente la naturaleza del mercado laboral. La ocupación goza de menor institucionalización y, sobre todo, de menor duración. Se amplía desmesuradamente la «zona gris» del semiempleo, del trabajo intermitente, del frecuente cambio entre superexplotación e inactividad. Disminuye, en conjunto, la demanda de trabajo industrial. Cuando Marx hablaba de «superpoblación» o de «ejército salarial de reserva» (en resumidas cuentas, de los parados), distinguía tres clases: la superpoblación *fluida* (diríamos hoy: *turn over*, jubilación anticipada, etc.); *latente* (allí donde puede intervenir en cualquier momento la innovación tecnológica para esquilmar el empleo); *estancada* (trabajo negro, «sumergido», precario). Ahora bien, se podría decir que, a partir de la mitad de los años ochenta, los conceptos con los que Marx analiza el «ejército industrial de reserva» resultan adecuados, en cambio, para describir el modo de ser de la propia clase obrera ocupada. Toda la fuerza de trabajo realmente empleada vive las condiciones estructurales de la «superpoblación» –fluida, o latente, o estancada. Es siempre, potencialmente, superflua.

Por otra parte, cambia radicalmente el concepto de «profesionalidad». Lo que ahora se valora –y se demanda– en el trabajador individual no son ya las virtudes que se adquieren en el lugar de trabajo, por efecto de la disciplina industrial. Las competencias verdaderamente decisivas para realizar de la mejor manera las tareas laborales postfordistas son

⁴ Se trata del principal grupo italiano bajo control de Berlusconi, comprende fundamentalmente un poderoso holding de empresas de telecomunicaciones, entre las que se encuentran las principales televisiones privadas italianas, aparte de numerosos diarios y algunos de los polos editoriales más importantes. Fininvest ha sido sospechoso en numerosas ocasiones de prácticas fraudulentas [N. del. E.].

las que se adquieren fuera de la producción directa, en «el mundo de la vida». Dicho de otra manera, la «profesionalidad» ahora, no es otra cosa que la socialidad genérica, la capacidad de establecer relaciones interpersonales, la aptitud para controlar la información e interpretar los mensajes lingüísticos, la adaptabilidad a las reconversiones continuas e imprevistas. Es así como *se puso a trabajar* al movimiento del '77: su «nomadismo», el desapego por un puesto fijo, una cierta capacidad autoempresarial, y hasta el gusto por la autonomía individual y por la experimentación, todo esto confluye en la organización productiva capitalista. Baste pensar, a título de ejemplo, en el gran desarrollo que, en Italia, durante los años ochenta, ha tenido el «trabajo autónomo», es decir el conjunto de las microempresas, muchas de ellas poco más que familiares, puestas en marcha por extrabajadores dependientes. Este «trabajo autónomo» es, verdaderamente, la continuación de la migración del régimen de fábrica comenzada en el '77: pero esto está estrechamente subordinado a las exigencias variables de las grandes empresas; mas aún, es el modo específico con el que los mayores grupos industriales italianos descargan parte de sus costes de producción fuera de sus propias empresas. El trabajo autónomo coincide casi siempre con tasas de autoexplotación formidables.

4. El Partido socialista (PSI) dirigido por Bettino Craxi (jefe del gobierno desde 1983 a 1987) es, durante un periodo de tiempo nada despreciable, la organización política que mejor entiende e interpreta la transformación productiva, social y cultural que está teniendo lugar en Italia.

En los últimos años setenta y en los primeros de la década siguiente, el PSI, para garantizar su propia supervivencia, dirige una especie de guerrilla contra el llamado «consociativismo», o sea contra el acuerdo preventivo y sistemático que, sobre todas las principales cuestiones legislativas y de gobierno, tendían a establecer entre sí los dos mayores partidos italianos, la DC y el PCI. Por esto, durante el secuestro de Aldo Moro por las Brigadas Rojas, Craxi se opone a la línea de «firmeza» (propuesta por el PCI y aceptada por la DC), y apoya, por el contrario, una

negociación con los terroristas para salvar al rehén. Y ésta es también la razón de que el PSI constituya un freno contra las leyes especiales sobre orden público, la lógica de la emergencia y la restricción de las libertades para permitir la represión de las formaciones armadas clandestinas. Para desvincularse del compromiso sofocante de sus *partners* mayores (DC y PCI, precisamente), el Partido Socialista aparece como una tribu política reacia a adorar la razón de Estado. Los idólatras no se lo perdonaron nunca. En compensación, algunas de sus posiciones libertarias hicieron que el PSI ganara cierta simpatía por parte de la franja de extrema izquierda y de las figuras sociales que florecen en el archipiélago del '77.

Durante algunos años, el PSI logra ofrecer una representación política parcial a los estratos de trabajo dependiente que fueron el resultado específico de la reconversión productiva capitalista. En particular, influye y atrae a la intelectualidad de masas, es decir, a aquellos que actúan productivamente teniendo por instrumento y materia prima el saber, la información, la comunicación. Entendámonos: al igual que en otro tiempo, o bajo otros cielos, se han visto partidos reaccionarios de campesinos y de parados (baste pensar en el movimiento populista americano de finales del siglo pasado), así, en los años ochenta italianos, el PSI es el partido reaccionario de la intelectualidad de masas. Esto significa que establece una vinculación efectiva con la condición, la mentalidad, los deseos, los estilos de vida de esta fuerza de trabajo, pero curvando todo ello *a la derecha*. La vinculación es indudable e la curvatura es inconfundible: si se ignora uno de estos dos aspectos, no se comprende absolutamente nada.

El PSI organiza las capas altas (por status y por renta) de la intelectualidad de masas contra los restos del trabajo dependiente. Articula, en un nuevo sistema de jerarquías y de privilegios, la prominencia del saber y de la información en el proceso productivo. Promueve una cultura en la que «diferencia» se convierte en sinónimo de desigualdad, arribismo, avasallamiento. Alimenta el mito de un «liberalismo popular».

5. A diferencia de lo que ha ocurrido en Francia y en Estados Unidos, en Italia el denominado pensamiento «postmoderno» no ha tenido ninguna consistencia teórica, sino sólo un significado *político* directo. Para ser exactos, ha sido un pensamiento en parte consolatorio (ya que ha tratado de justificar la necesidad de la derrota de los movimientos de clase al final de los años setenta), en parte apologético (porque no se ha cansado de elogiar el estado actual de cosas, alabando las *chances* inherentes a la «sociedad de la comunicación generalizada»).

El pensamiento postmoderno ha ofrecido una ideología de masas a la «contrarrevolución» de los años ochenta. La charlatanería sobre «el fin de la historia» ha producido, en Italia, una eufórica resignación. El entusiasmo indiscriminado por la multiplicación de las formas de vida y de los estilos culturales ha sido una minúscula metafísica *prêt-à-porter*, completamente funcional para la empresa en red, para la tecnología electrónica, para la precariedad perenne de las relaciones de trabajo. Los ideólogos postmodernos, a través de su frecuente incidencia en los media, han desempeñado un papel de dirección ético-política inmediata sobre la fuerza de trabajo postfordista, sustituyendo a veces la influencia tradicional de los aparatos de partido.

Tercer excursus. La ideología italiana.

En los años ochenta, las ideas dominantes se han expresado en mil dialectos, han sido múltiples, diferenciadas, a veces ásperamente polémicas las unas con las otras. La victoria capitalista de finales de la década anterior ha dado pie al más desenfrenado pluralismo: «delante hay sitio», como aparece escrito en los autobuses. Pues bien, hablar de «ideología italiana» significa nada menos que reconducir este desmenuzamiento ufano de sí a un baricentro unitario, con sólidos presupuestos comunes. Significa interrogarse sobre los entresijos, las complicidades, la complementariedad entre posiciones aparentemente lejanas.

¿Qué es lo que hace que la cultura italiana parezca un portal de Belén, con tanto burrito, rey mago, pastores, sagrada familia –máscaras diversas de un mismo espectáculo– Sobre todo un aspecto: la tendencia difusa a hacer naturales las dinámicas sociales. Una vez más, la sociedad ha sido representada como una segunda naturaleza dotada de leyes objetivas inapelables. Sólo que, y este es el punto verdaderamente notable, a las actuales relaciones sociales se aplican los modelos, las categorías, las metáforas de la ciencia postclásica: la termodinámica de Prigogine en lugar de la causalidad lineal newtoniana; la física de los quanta en lugar de la gravitación universal; el biologismo sofisticado de la teoría de los sistemas de Luhmann en vez de la fábula de las abejas de Mandeville. Se interpretan los fenómenos histórico-sociales de acuerdo con conceptos como la entropía, los fractales, la autopoiesis. Para hacer la síntesis se utiliza el principio de indeterminación y el paradigma de la autoreferencialidad.

La ideología posmoderna italiana presupone el empleo sociológico de la física cuántica, la interpretación de las fuerzas productivas como movimiento causal de las partículas elementales. Pero ¿de dónde nace esta renovada inclinación a considerar la sociedad como un orden natural? Y sobre todo: si los aplicamos a las relaciones sociales, ¿de qué tipo de extraordinarias transformaciones son síntoma y mistificación, a un mismo tiempo, estos conceptos indeterministas y autorreferenciales de las ciencias naturales modernas? Se puede aventurar una respuesta: la gran innovación, subtendida por esta reciente y muy específica naturalización de la idea de sociedad, se refiere al papel del trabajo. La opacidad que parece envolver los comportamientos de los individuos y de los grupos deriva de la pérdida de peso del trabajo (industrial, manual, repetitivo) en toda la producción de la riqueza, así como en la formación de la identidad de los individuos, de las imágenes del mundo, de los valores. A esta «opacidad» se adapta bien una representación indeterminista. Cuando el tiempo de trabajo decae de su función de principal nexo social, resulta imposible precisar la posición de los corpúsculos aislados, su dirección, el resultado de sus interacciones.

El indeterminismo viene acentuado, además, por el hecho de que la actividad productiva postfordista no se configura ya como una cadena silenciosa de causas y efectos, de antecedentes y consecuencias, sino que está caracterizada por la comunicación lingüística y, por tanto, por una correlación interactiva en la que predomina la simultaneidad y falta una dirección causal unívoca. La ideología italiana («pensamiento débil», estética del fragmento, sociología de la «complejidad», etc.) toma, y degrada al mismo tiempo a *natura* el nexo inédito entre saber, comunicación, producción.

6. ¿Cuáles han sido las formas de resistencia a la «contrarrevolución»? ¿Y cuáles los conflictos aparecidos en el nuevo paisaje social que precisamente han esculpido la «contrarrevolución» en altorrelieve? Antes que nada es oportuna una precisión en negativo: en el elenco de tales formas y de tales conflictos no aparece la praxis de los verdes. Si en Alemania y en otras partes el ecologismo ha heredado cuestiones y planteamientos del '68, por el contrario, en Italia, ha nacido contra las luchas de clase de los años setenta. Se trataba de un movimiento político moderado, abarrotado de «arrepentidos», hijo legítimo de los nuevos tiempos. Otras son las experiencias colectivas que deben recordarse. Precisamente tres: los «centros sociales» juveniles; los comités de base extrasindicales, aparecidos en los lugares de trabajo a partir de la mitad de los años ochenta; el movimiento estudiantil que, en 1990, paralizó durante algunos meses la actividad universitaria, midiéndose críticamente con el «núcleo duro» del postfordismo, es decir con la centralidad del saber en el proceso productivo.

Los centros sociales, multiplicados por todo el país desde los primeros años ochenta, han dado cuerpo a una variedad de *secesiones*: secesión de la forma de vida dominante, de los mitos y de los ritos de los vencedores, del estruendo mediático.

Esta secesión se expresa como marginalidad voluntaria, gueto, mundo a parte. Un «centro social» es, en concreto, un edificio vacío ocupado por los jóvenes y transformado en sede de actividades alternativas: conciertos, teatro, comedor colectivo, acogida de inmigrantes extracomunitarios, debates, etc.

En algunos casos los centros han dado lugar a pequeñas empresas artesanas, siguiendo de esta manera el antiguo modelo de las «cooperativas» socialistas de comienzos del siglo XX.

En general, han promovido (o mejor, sólo evocado) una especie de esfera pública no impregnada de los aparatos estatales. Esfera pública: es decir, un ámbito en el que se discute libremente de las cuestiones de interés común, desde la crisis económica a las alcantarillas del barrio, desde Yugoslavia a la droga. En los últimos tiempos, gran parte de los «centros» disfrutaban de redes informáticas alternativas, que ponen en circulación documentos políticos, susurros y gritos del «subsuelo» social, informes de luchas, mensajes individuales. En su conjunto, la experiencia de los centros sociales ha sido un intento de dar fisonomía autónoma y contenido positivo al creciente tiempo de no trabajo. Intento inhibido, sin embargo, por la vocación de constituir una «reserva india» que, casi siempre, ha caracterizado (y entristecido) a esta experiencia.

Los Comités de base (Cobas) se formaron entre los maestros (memorable, vencedora, la larga lucha que bloqueó las escuelas en el año 1987), los ferroviarios, los empleados de los servicios públicos. A continuación, se extendieron a un cierto número de fábricas (en particular a la Alfa Romeo, donde el Cobas desbancó a la CGIL en las elecciones internas). Los Comités de base han abierto y gestionado conflictos bastante duros sobre el salario y las condiciones de trabajo. Rechazan que se les considere como un «nuevo sindicato», buscando más bien la vinculación con los centros sociales y los estudiantes, para esbozar formas de organización política a la altura de la «complejidad» postfordista. Dan la voz, sobre todo, a una exigencia de democracia. Democracia contra las medidas legislativas que, a lo largo de los años ochenta, han revocado sustancialmente el derecho a huelga en el empleo público. Y además, democracia contra el sindicato: que desplazado del nuevo proceso productivo, se ha configurado como una estructura autoritaria, adoptando métodos y procedimientos dignos de un *trust* monopolista. La parábola de los Comités de base alcanzó su punto culminante en el otoño de 1992, durante las huelgas de protesta que siguieron a la maniobra económica del

gobierno Amato (que reducía bruscamente los gastos sociales: pensiones, asistencia médica etc.) En las principales ciudades italianas tuvieron lugar violentas protestas contra el «colaboracionismo» sindical: lanzamiento de tornillos contra las tribunas de los mítines, contramanifestaciones dirigidas por los Cobas. Una pequeña Tiennamen, que comenzó a ajustar las cuentas con el «sindicato monopolístico de Estado».

Mientras los centros sociales y los propios Cobas han encarnado, con mayor o menor eficacia, las virtudes de la «resistencia», el movimiento estudiantil (llamado «movimiento de la pantera» porque su exordio, en febrero de 1990, coincidió con la feliz fuga de una pantera del zoológico de Roma) pareció aludir, al menos por un momento, a una auténtica «contraofensiva» de la intelectualidad de masas. La unión entre saber y producción, que hasta ahora solo había mostrado una cara capitalista, se manifestó de repente como palanca del conflicto y precioso recurso político. Las universidades ocupadas contra el proyecto gubernamental de «privatizar» la enseñanza se convirtieron, por algunos meses, en un punto de referencia del trabajo inmaterial (investigadores, técnicos, informáticos, profesores, empleados de las industrias culturales, etc.) que, en las metrópolis, se presentaba todavía disperso en miles de ramas separadas, desprovistas de potencia colectiva. El movimiento de la pantera se eclipsó rápidamente, constituyendo poco más que un síntoma o un presagio. No logró individualizar objetivos claros, que garantizaran la continuidad de la acción política. Permaneció paralizado analizándose a sí mismo, contemplando su propio ombligo. Esta autorreferencialidad hipnótica ha encubierto, sin embargo, una cuestión importante: la intelectualidad de masas, para incidir políticamente y destruir todo lo que merezca ser destruido, no puede limitarse a una serie de «noes», sino que, partiendo de sí misma, debe ejemplificar, en positivo, con índole experimental y constructiva, lo que los hombres y las mujeres podrían hacer fuera del vínculo capitalista.

7. En 1989, el hundimiento del «socialismo real» trastornó el sistema político italiano de modo mucho más radical de lo sucedido en otros países de Europa occidental (incluida

Alemania, a pesar de los contragolpes de la reunificación). Precisamente este repentino terremoto (que coincide con los fuertes indicios de recesión económica) impidió que se manifestase plenamente el «antídoto» de la época capitalista de los años ochenta, o sea, un conjunto de luchas sociales dirigidas a obtener al menos un reequilibrio fisiológico en la redistribución de la renta.

Las señales lanzadas por los Cobas y por el movimiento de la pantera, en vez de alcanzar un umbral crítico y difundirse en comportamientos de masa duraderos, se atenuaron y después se sumergieron en el fragor de la crisis institucional. Los sujetos y las necesidades suscitados por el modo de producción postfordista, muy lejos de presentar la cuenta al incauto aprendiz de brujo, se han puesto máscaras engañosas que ocultan su fisonomía. La rápida disolución de la Primera República ha sobredeterminado, hasta hacerlas irreconocibles, las dinámicas de clase de la «empresa-Italia» (por utilizar una expresión muy querida del ex-Primer ministro, Silvio Berlusconi).

8. La caída del muro de Berlín no fue la causa de la crisis institucional italiana, sino la ocasión extrínseca para que ésta saliera a la luz, manifestándose por fin a la vista de todos. El sistema político nacional se encontraba minado por el efecto de una larga enfermedad que nada tenía que ver con el conflicto Este-Oeste. Una enfermedad cuya incubación se remonta a los años setenta y cuyo nombre es: *consunción y desgaste de la democracia representativa*, de las reglas y procedimientos que la caracterizan, de los fundamentos mismos en los que se sustenta. La catástrofe de los regímenes del Este tuvo en Italia un efecto mayor que en otros países, precisamente porque proporcionó una vestimenta teatral a una catástrofe totalmente distinta, precisamente porque se superpuso a una crisis de orígenes diferentes.

El ocaso de la sociedad del trabajo fue lo que desencadenó la profunda descomposición de los mecanismos de la representación política. Desde la Segunda Guerra Mundial en adelante, la representación política se ha basado en la identidad entre «productores» y «ciudadanos». El individuo representado en el trabajo, el trabajo representado en el

Estado: he aquí el eje de la *democracia industrial* (así como del *welfare state*). Un eje ya resquebrajado cuando, a finales de los años setenta, los gobiernos de «solidaridad nacional» quisieron celebrar con ímpetu intolerante su vigencia y sus valores. Un eje hecho pedazos en los años siguientes, cuando la gran transformación del tejido productivo se encontraba en pleno desarrollo. El peso puramente residual del tiempo de trabajo en la producción de riqueza, el papel determinante que desempeña en ella el saber abstracto y la comunicación lingüística, el hecho de que los procesos de socialización tengan su centro de gravedad fuera de la fábrica y la oficina, todo esto, junto a otras causas, lacera los lazos fundamentales de la Primera República⁵ (que, como reza la Constitución, está precisamente «basada en el trabajo»). Por su parte, los trabajadores postfordistas son los primeros que se sustraen a la lógica de la representación política. No se reconocen en un «interés general» y no están dispuestos bajo ningún concepto a «hacer Estado». Rodean a los partidos de recelo o rencor, en tanto que *copywriters* [ventrílocuos baratos] de identidades colectivas.

Esta situación abre el camino a dos posibilidades no sólo diferentes sino diametralmente opuestas. La primera remite a la emancipación del concepto de «democracia» con respecto al de «representación», y por lo tanto a la invención y experimentación de formas de democracia no representativa. Obviamente, no se trata de perseguir el espejismo de una salvífica simplificación de la política. Por el contrario, la democracia no representativa requiere un estilo operativo igualmente complejo y sofisticado. De hecho, entra en conflicto con los aparatos administrativos estatales, corroe sus prerrogativas y absorbe sus competencias. El intento de traducir en acción política esas mismas fuerzas productivas — comunicación, saber, ciencia — es lo que constituye el alma

⁵ Hasta la década de 1980, la organización institucional italiana sufrió pocas modificaciones. Efectivamente, a pesar de la inestabilidad gubernamental, el sistema de partidos y el régimen de equilibrios se ha mantenido casi sin variaciones, tramado en la polaridad abierta entre la Democracia Cristiana (las más de las veces con apoyo de los socialistas, liberales y republicanos) y el Partido Comunista de Italia, sin acceso al gobierno salvo en el breve periodo de excepción de 19'77-79 [N. del. E.].

del proceso productivo postfordista. Esta primera posibilidad ha permanecido y permanecerá, durante un cierto tiempo que no será breve, en segundo plano. En cambio, lo que ha prevalecido es la posibilidad contraria: el debilitamiento estructural de la democracia representativa se muestra como restricción tendencial de la participación política, o más bien de la democracia *tout court*. En Italia, los partidarios de la reforma institucional se hacen fuertes gracias a la crisis sólida e irreversible de la «representación», obteniendo de ella la legitimación para una reorganización autoritaria del Estado.

9. En el transcurso de los años ochenta, los signos premonitorios del fin ignominioso hacia el que se encaminaba la Primera República fueron numerosos e inequívocos. La caída de la democracia representativa fue anunciada, entre otras cosas, por los siguientes fenómenos:

- a) La «emergencia» (es decir, el recurso a leyes especiales y a la formación de organismos no menos excepcionales para gestionarlas) como forma estable de gobierno, como tecnología institucional para afrontar, en cada ocasión, la lucha armada clandestina o la deuda pública o la inmigración.
- b) La transferencia de muchas competencias del sistema político-parlamentario al ámbito administrativo, el predominio del «decreto» burocrático sobre la «ley».
- c) El poder extremo de la magistratura (consolidado durante la represión del terrorismo) y, como consecuencia, el papel de la magistratura como sustituto de la política.
- d) Los comportamientos anómalos del presidente Cossiga⁶ que, en los últimos años de su mandato, comenzó a actuar «como si» Italia fuera una república presidencial (en lugar de parlamentaria).

⁶ Francesco Cossiga, preside el gobierno de unidad de agosto de 1979 entre democristianos, liberales y socialdemócratas. Fue el encargado de acentuar la ofensiva antiterrorista con toda una batería de medidas que impusieron de facto el estado de excepción en las principales ciudades italianas. A partir de julio de 1984 fue proclamado presidente de la República [*N. del. E.*].

Después de la caída del muro de Berlín, todos los síntomas de la crisis inminente se condensaron en la campaña de opinión, sostenida casi por unanimidad tanto por la derecha como por la izquierda, que tenía como objetivo liquidar el símbolo más vistoso de la democracia representativa, es decir, el criterio proporcional en las elecciones a la asamblea legislativa. En 1993, después de que un referéndum popular derogara las viejas normas, se introdujo el sistema electoral mayoritario. Este hecho, junto a la operación judicial denominada Mani pulite [Manos limpias] (que acusaba de cargos de corrupción a una parte importante de la clase política), acelera o completa la descomposición de los partidos tradicionales. Ya en 1990, el PCI se transformaba en el PDS (Partido Democrático de la Izquierda), abandonando toda referencia residual a la clase y proponiéndose como un partido «ligero» o «de opinión». La Democracia Cristiana va cayéndose a trozos hasta que, en 1994, cambia también de nombre: nace el Partido Popular. Los partidos menores de centro (incluido el PSI, que había anticipado en muchos sentidos la necesidad de una reforma institucional radical) desaparecen de la noche a la mañana. No obstante, el aspecto sobresaliente de la prolongada convulsión que sacudió al sistema político italiano a principios de los años noventa es la formación de una nueva derecha. Una derecha en absoluto conservadora, con verdadera devoción por la innovación, acuñada en el trabajo dependiente, capaz de proporcionar una expresión partidista a las principales fuerzas productivas de nuestro tiempo.

10. La nueva derecha, que llegó al poder con las elecciones de 1994, está constituida principalmente por dos sujetos organizadores: la Lega Nord, arraigada exclusivamente en las regiones del norte del país y Forza Italia, el partido centrado en torno a la figura de Silvio Berlusconi, dueño de varias emisoras de televisión, casas editoriales, compañías constructoras y grandes almacenes de venta al por menor.

La Lega Nord evoca el mito de la autodeterminación étnica, de las raíces recobradas: la población del norte debe valorizar sus tradiciones y costumbres, sin delegar ningún tipo de autoridad a los aparatos centralizadores del Estado.

La identidad local (basada en la región o en la ciudad) contrasta con el universalismo vacío de la representación política y con la abstracción insoportable implícita en el concepto de ciudadanía. Sin embargo, la identidad local promulgada por la Lega Nord contiene tintes fuertemente racistas, en particular con respecto a los italianos del sur y a los inmigrantes de fuera de la Comunidad Europea. La Lega Nord propone una forma de federalismo que entrelaza lo antiguo y lo postmoderno: se combinan figuras como la de Alberto da Giusano (un *condottiere* medieval de Lombardía) con el ultraliberalismo, y el lema «tierra y sangre» se echa en el mismo saco que la revuelta fiscal. Esta *mélange* tan estridente ha dado voz a una tendencia anti-estatalista difusa que ha ido madurando a lo largo de la pasada década en las zonas económicamente más desarrolladas del país. Con el tiempo, la Lega Nord podría convertirse en la base de masas sobre la que la pequeña y mediana empresa postfordista podría conseguir una autonomía relativa con respecto al Estado-nación. En presencia de la nueva cualidad de la organización productiva y a la luz de la inminente integración europea, la maquinaria estatal italiana se ha mostrado inadecuada en muchos sentidos: la protesta *subnacional* de la Lega Nord funciona paradójicamente como un soporte para retardar la decisión política en torno a cuestiones *supranacionales*.

Por su parte, Forza Italia sustituye los procedimientos tradicionales de la democracia representativa por modelos y técnicas derivados del mundo de los negocios. El electorado es equiparado al «público» (televisivo), del que se espera un consenso que es a un mismo tiempo pasivo y plebiscitario. Es más, la forma del partido reproduce fielmente la estructura de la «empresa en red». Los «clubs» que apoyan a Forza Italia han crecido sobre la base de la iniciativa personal de profesionales ajenos a la política convencional, del tipo del gerente de oficina entusiasta o del notario de provincias que ha decidido hacerse un nombre. Estos clubs tienen la misma relación con el partido que la que tienen el trabajo autónomo y la pequeña empresa familiar con la compañía madre: a fin de comercializar su propio producto político, se ven obligados a confiar en una marca reconocida y, a cambio, deben seguir normas precisas de estilo y conducta, labrando un buen nombre para la compañía bajo cuyo sello trabajan.

Forza Italia, al igual que hizo el Partido Socialista a mediados de los ochenta, se ha asegurado la fidelidad de los trabajadores involucrados en las tecnologías informáticas y de la comunicación, es decir, la fidelidad de los sectores sociales que se están formando en la tormenta tecnológica y ética del postfordismo.

La nueva derecha reconoce y hace suyos temporalmente los elementos que en última instancia serán merecedores de las más elevadas esperanzas: el anti-estatalismo, las prácticas colectivas que eluden la representación política y el poder del trabajo de la intelectualidad de masas. Los distorsiona, enmascarándolos bajo una perversa caricatura, y clausura la contrarrevolución italiana, corriendo el telón en este largo intermedio. Ese acto ha terminado, ¡qué empiece el siguiente!

CRONOLOGÍA DEL AÑO 77 EN ITALIA

ENERO

Durante el mes de enero se producen numerosas protestas en las cárceles de toda Italia y una impresionante serie de evasiones, fundamentalmente de activistas de grupos armados.

El día 1, durante una revuelta en la prisión de Piacenza, la policía dispara y mata a uno de los sublevados. Al día siguiente, trece detenidos se evaden de la prisión de Treviso, entre ellos un miembro de las Brigadas Rojas. Dos días después, una nueva rebelión estalla en la prisión de Venecia. El día 5 cuatro prisioneros se evaden de la cárcel de Fossombrone; el 16 un comando ataca la cárcel de Lecho y libera a tres presos; el 23 las *nappiste*¹ Maria Pia Vianale y Franca Salerno se evaden de la prisión de Pozzuoli...

Las organizaciones terroristas ponen en marcha su política de ataque «al corazón del Estado» con una serie ininterrumpida de atentados, entre los que los más significativos son la destrucción de un cuartel de los carabinieri en Monza obra de los *Nuclei Combattenti Comunisti* y el secuestro del armador Piero Costa por las Brigadas Rojas.

¹ Pertenecientes a la organización NAP (Núcleos armados proletarios).

El año político empieza el día 5, con la proposición del presidente del Consejo, Giulio Andreotti, de bloquear la «escala móvil»² salarial y de reducir el consumo para disminuir la inflación. La propuesta es rechazada en bloque por los sindicatos, que firman, el 25, un acuerdo con la patronal (Confindustria) acerca de la reducción del coste del trabajo (control del absentismo, movilidad de la mano de obra, etc.). El gobierno logra el voto favorable del parlamento y anula, el día 30, una parte de la escala móvil salarial. El mismo día, arrestan a 77 personas tras las autoreducciones de las entradas de teatro.

El día 14, en el teatro Eliseo de Roma, Enrico Berlinguer, secretario del PCI, propone en su discurso al país, una política de austeridad, invitando a apoyar «la lucha contra los despilfarros» y a «poner freno al consumismo individual exasperado».

La semana siguiente, tras un largo debate, se aprueba la ley sobre el aborto en la cámara de los diputados (con 300 síes y 296 noes), mientras, en Catanzaro, se abre el cuarto proceso sobre las bombas de Milán (bombas de Piazza Fontana de 1969).

El día 24, en Palermo, los estudiantes ocupan la Facultad de Letras como respuesta a la circular del ministro de educación, Malfatti, del día 3 de diciembre de 1976, que limitaba la posibilidad de repetir los exámenes. Esta manifestación marca el principio de la *escalation* de protestas, que luego se difunde rápidamente en la mayoría de los centros de la contestación estudiantil.

Los últimos días del mes de enero vienen marcados por dos escándalos políticos financieros. El día 27, el parlamento debate la quiebra de las autopistas (4.000 billones de liras) y al día siguiente, el presidente de la corte de casación de Roma, Carlo Spagnolo, es suspendido de su cargo por haber favorecido la huída de Italia del banquero Sindona.

² La *scala mobile* permitía una adecuación inmediata de los salarios al aumento del coste de la vida.

FEBRERO

El mes de febrero se caracteriza por un conspicuo recrudecimiento de la violencia.

El día 1, unos setenta neofascistas entran en la Facultad de Letras y de Derecho de Roma, entonando canciones y eslóganes, luego disparan contra la asamblea general hiriendo gravemente a un estudiante, Guido Bellachioma.

La respuesta llega al día siguiente: distintas manifestaciones antifascistas se llevan a cabo en muchas ciudades. Sin embargo, es en la misma ciudad de la vigilia, los grupos de la extrema izquierda —la *Autonomia Operaia* y los ex LC (*Lotta Continua*)—³ deciden atacar la sede fascista del Frente de la Juventud (del MSI),⁴ iniciando una guerrilla con la policía en la que resultan heridos dos estudiantes y un policía.

Cuatro días después, un grupo de la Autonomía comete, siempre en Roma, cinco atentados contra comisarías y cuarteles de carabinieri, mientras el movimiento neofascista *Ordine nuovo* y los servicios secretos ponen una bomba en el tren «Nápoles-Brennero», que será desactivada por la policía.

Después de una tregua relativa, el 15 las fuerzas del orden arrestan al enemigo público número uno, Vallanzasca. Las indagaciones revelarán que tenía estrechos vínculos con el terrorista neofascista de *Ordine Nuovo*, Pier Luigi Concutelli, autor del asesinato del juez Occorsio en julio de 1976.

El día 16 se cierra en Nápoles, el proceso a los 24 miembros de los NAP con penas de detención destinadas a ser modélicas. El mismo día se abre en Brescia, el proceso a los grupos neofascistas Sam-Ram, acusados de intento de golpe de Estado y de preparación de una guerrilla civil.

Frente a la multiplicación de los actos terroristas y a la violencia en las manifestaciones de los estudiantes, el ministro del interior, Cossiga, declara en *La Repubblica*, el

³ Respectivamente Autonomía Obrera y Lucha Continua.

⁴ Movimiento Social Italiano

día 18, que «...nuestro país no puede transformarse en un *far-west*. Quién circula con las armas tiene que ir a la cárcel y quedarse ahí».

Cossiga anuncia toda una serie de decretos-ley, que permiten al ministro del interior tener el poder necesario para cerrar los así llamadas «tanás» [guaridas] de la extrema izquierda.

Contra toda evidencia, la oposición a la lucha armada no fue exclusiva de la derecha, de hecho circuló un documento firmado por PDUP y AO,⁵ que se publicó en *Il Manifesto* el 20, en el que se criticaba la radicalización de las luchas.

A la vez, el movimiento estudiantil denuncia las insuficiencias y el retraso del sistema educativo, pero también la no-idoneidad de los viejos marcos legislativos en una sociedad en pleno cambio. Sustancialmente, la oposición de los estudiantes, en el mes de febrero, se funda en el rechazo categórico y unánime a la ley Malfatti y en la serie de reformas que acarreó.

El movimiento universitario utiliza la difusión sistemática de los métodos clásicos de lucha, es decir la manifestación en las calles, los *sit-in*, la ocupación de locales públicos y a veces, incluso, el enfrentamiento físico con la policía, con los grupos neofascistas y dentro del mismo movimiento.

El día 8, la gran mayoría de las universidades fueron ocupadas en protesta a la ley Malfatti. Dos días después, en Roma, 30.000 estudiantes desfilan por la misma razón; tras la manifestación se dan enfrentamientos de una violencia inaudita, saqueos y ataques a la sede del MSI que provocan tres heridos.

La ruptura entre el PCI y los estudiantes se hace cada vez más patente y profunda. El 17, el secretario del principal sindicato italiano, Luciano Lama, fue a dar un mítin a la Universidad de Roma con el fin de re-instaurar «el orden»; acogido con eslóganes irónicos, sarcásticos, muy fuertes, el acto desembocó en una violentísima pelea entre los estudiantes y los servicios de orden del sindicato, del PCI y de la policía.

⁵ Respectivamente, Partido de Unidad Proletaria–Vanguardia Obrera.

Lama fue expulsado de la universidad, enfurecido solicitó manifestaciones de solidaridad, pero no recibió apoyo. En los días que siguieron a este acontecimiento, los autónomos ocuparon las universidades creando distintos colectivos muy criticados por los «indios metropolitanos».

Al día siguiente se formaron algunas asambleas en varias empresas con el fin de protestar contra lo que Lama llamó «nuevas formas de fascismo» y que Enrico Berlinguer una semana definió después como *diecinovismo*. Simultáneamente estalla una huelga general en 23 universidades.

En Roma se organizó una manifestación en la que 50.000 estudiantes tomaron las calles para pedir la abrogación de la ley Malfatti. El mes de febrero se cerró con la reunión de la coordinadora de los estudiantes universitarios.

La confusión total y la violencia que se vivieron durante dos días, empujaron a las feministas y a los «indios metropolitanos» a abandonar la asamblea, denunciando la vacuidad de los debates y la ausencia de las reivindicaciones del movimiento, superadas según ellos por la violencia y la incomunicabilidad.

En el plano social, hay que señalar una nueva ola de aumento del coste de la vida (IVA, carburante, etc.) y el inquietante incremento del trabajo negro, hasta tal punto que algunos grupos autónomos de la izquierda obrera no dudaron en atacar entidades y empresas, como forma de protesta contra este hecho y como medio para ponerlo sobre el tapete.

El día 8, los sindicatos renunciaron a la huelga general en respuesta a los incrementos del 4 de febrero. Al día siguiente, estallan una serie de huelgas salvajes en las empresas del Norte de Italia, en protesta contra la reducción del coste del trabajo, condición *sine qua non* impuesta por el Fondo monetario internacional (FMI) para la concesión de un préstamo.

El día 21, el gobierno toma nuevas medidas en relación con el orden público. Esto provocó, el día 25, la rebelión de las bases del PSI y la ocupación de muchas sedes del partido por mano de los propios socialistas. Y, finalmente el día después, durante el último comité central del PDUP, el grupo político estalla, fragmentándose en 4 organismos.

Estos acontecimientos dejaron entrever la gran fragilidad de las distintas fuerzas políticas y de los partidos, que se hizo dramática en el mes siguiente, con la política de represión y la falta de mediación, de la que dieron ejemplo el gobierno y los distintos componentes históricas del «tablero» político.

MARZO

Durante la primera semana, asistimos a la acentuación de los episodios violentos, a un auténtico «salto de cualidad», por decirlo de alguna manera, tal y como se definió a este agravamiento de la situación.

La violencia llegó a un grado peligroso e incontrolable, manifiesta entre los campos opuestos, pero también entre las distintas componentes del movimiento y de la izquierda.

El día 2, en Roma, 9 fascistas del MSI dispararon contra los estudiantes del instituto de magisterio Margherita Savoia, sin herir a nadie. Al día siguiente, el parlamento se sentó junto con el Senado para deliberar acerca de la incriminación de dos ex ministros, Tomassi y Gui, por el escándalo de las *bustarelle*⁶ (corrupción) Lockheed. Mientras tanto en Turín algunos estudiantes de la FGCI son agredidos por un grupo de autónomos.

Los tres días siguientes, la actividad contestataria de los estudiantes se concentró en Turín, donde un grupo de autónomos fue agredido por el servicio de orden del PCI en respuesta a lo ocurrido el día anterior. Pero la mayor parte de la contestación se desarrolla sobre todo en Roma, tras la condena de Fabricio Panzieri a nueve años de cárcel, por «complicidad moral» con el asesinato de un fascista griego.

El nivel y la frecuencia de los enfrentamientos, incitaron al gobierno a que aplicara nuevas medidas anti-terroristas e impusiera el cierre de la Universidad de Roma.

⁶ literalmente «bolsitas», usado para indicar el fenómeno de la corrupción política.

Esos mismo días, estallaron nuevos escándalos desmembrando al mundo político. El día 7, el Partido Radical solicitó la imputación del Presidente de la República, Giovanni Leone (presidente de la República desde 1971) por presunta implicación en el escándalo Lockheed. Tres días después, senadores y ministros, votaron a favor del reenvío a juicio de dos ex ministros (Tannasi y Gui), ante la corte constitucional por graves daños al Estado.

Los días 11 y 12 de marzo fueron el punto más álgido de la revuelta, tanto del mes de marzo como de todo el movimiento del '77.

En Bolonia, fueron agredidos algunos estudiantes del movimiento que se presentaron a una asamblea; la situación degeneró en una pelea violenta y, a la llegada de los carabinieri, se transformó en una guerrilla urbana, en la que Francesco Lorusso (miembro desde 1972 del grupo de extrema izquierda, Lotta Continua) fue asesinado por un carabiniere que le disparó en la espalda.

Una rabia extraordinaria empujó entonces a los estudiantes a destruir los escaparates de las tiendas de lujo, a ocupar todos los lugares estratégicos de la ciudad, a asaltar la sede de la DC, la librería de *CI Terra Promessa*, dos comisarías y a enfrentarse durante toda la noche a los carabinieri. Los estudiantes, se cobijaron finalmente en la universidad, ocupándola durante tres días, antes de ser expulsados por los carros armados enviados por el ministro del interior, Cossiga.

Al día siguiente, en Roma se dio una gran manifestación con todos los militantes de LC y numerosos simpatizantes del movimiento (más o menos 100.000 personas) procedentes de toda Italia.

La situación fue empeorando, desde el momento en el que Cossiga prohibió la manifestación. Roma se convirtió entonces en un campo de batalla, los manifestantes destruyeron tiendas, asaltaron supermercados, la embajada de Chile, la sede de *Il Popolo*, dejando las calles en un estado de desolación.

La reacción de ira se difundió por todo el país, el mismo día en Milán una manifestación asaltó l'Assolombarda; en Turín mataron al brigada Giuseppe

Ciotta; en Bolonia, la policía cerró *manu militari Radio Alice*; esa misma noche hubo toda una serie de enfrentamientos entre carabinieri y manifestantes.

La represión que siguió este trágico fin de semana, se abatió esencialmente sobre la ciudad de Bolonia. El día 13 los carros armados entraron en la ciudad, sin protesta alguna por parte del alcalde comunista, Renato Zangheri. La policía cerró de nuevo *Radio Alice*, mientras uno de los locutores de la radio, Franco Berardi «Bifo», se ve obligado a huir.

El PCI en la línea de la política del Compromiso Histórico sostuvo abiertamente la acción represiva del gobierno y de la policía. El día después, el martes 15, la DC propuso «adoptar el alto de pública de seguridad», que permitía a la policía arrestar a cualquier sospechoso.

En Bolonia, al día siguiente, el llamamiento a la manifestación «contra la violencia» organizada por la DC junto con el PCI, convocó a 150.000 personas que desfilaron por las calles de la ciudad (El PCI se aliaba con la DC porque estaba convencido de que en Bolonia, existía una «confabulación» con el propósito de hundir el Compromiso Histórico creando una fractura entre DC y PCI). Los comunistas se convertían más que nunca en el partido garante del orden. Frente a esta manifestación, se organizó una contra «manifestación», de unas 15.000 personas.

La revuelta urbana y juvenil asumió proporciones notables en los últimos días del mes, junto con el aumento del malestar entre los obreros que derivaron hacia formas de lucha cada vez más radicales. Por ejemplo, durante los violentos enfrentamientos en Milán y en Nápoles, que siguieron a una huelga general organizada por las confederaciones sindicales, con el fin de pedir la reactivación de las inversiones en el «mezzogiorno» y contra el desempleo.

Tras una larga negociación, el 30 de marzo, Berlinguer y los sindicatos cedieron a las presiones del FMI (Fondo Monetario Internacional), para la concesión de un préstamo «simbólico» y firmaron un acuerdo con el propósito de reducir el coste del trabajo.

ABRIL

El mes de abril marcó el exordio de la ola terrorista que no dejó de crecer hasta 1979. Los ataques terroristas contra los símbolos del Estado, contra los neofascistas, contra las representaciones del capitalismo se multiplicaron cotidianamente, alimentaron el debate civil y la revuelta social. Hicieron que fuera más difícil toda contestación, impidiendo toda manifestación antagonista y contestataria de los movimientos de masa.

De hecho los primeros días estuvieron marcados por la omnipresencia de los grupos terroristas en la escena mediática. El 4 de abril las Brigadas Rojas liberaron al industrial Costa, secuestrado a principios del mes de enero, a cambio de un rescate de mil millones de liras. Al día siguiente secuestran al hijo del ex secretario del PSI, Guido de Martino, en Nápoles. Este secuestro implicó a toda la clase dirigente.

Después de Bolonia y Padua, la ola de represión se abatió también sobre Florencia: se efectuaron decenas de arrestos y registros domiciliarios en los ambientes de la extrema izquierda. Los brotes de una guerra urbana se desarrollaban, en la misma medida que aumentaba la intensidad de los atentados. Los grupitos de la izquierda revolucionaria, pero también los de la derecha neofascista sembraron el terror y la confusión principalmente en Roma, pero también en otras ciudades.

El día 6 se desarrolló en Milán la primera asamblea de «disidencia sindical», con la clara voluntad de encontrar una alternativa a la política de «colaboración y apoyo» de la CGIL y de los demás sindicatos a la coalición de gobierno. Al día siguiente, fue destruido el despacho privado de Cossiga en Roma, por una bomba. El carabiniere que había matado a un militante florentino en 1975, fue condenado a ocho meses de cárcel, una pena que se vivió como una injusticia en el ámbito de la izquierda autónoma.

El FMI aceptó las garantías italianas y concedió, el día 16, un préstamo de 500 millones de dólares al gobierno. La CEE prestó la misma cantidad dos días después.

El 21, los estudiantes de Roma ocuparon cuatro universidades para protestar contra la ley Malfatti. La policía intervino enérgicamente para desalojarlos. La llegada de las fuerzas del orden fue seguida por choques violentísimos, entre los heridos hubo militares, estudiantes, una periodista americana y sobre todo murió un policía, Settimo Passamonti, alcanzado en el corazón por la bala de una «P38».

El mismo día, en Milán, Florencia y Bolonia hubo una serie de explosiones y algunos secuestros de docentes. Como consecuencia, el ministro del interior, Francesco Cossiga, prohibió toda manifestación pública durante un mes y pidió nuevas medidas para luchar contra del terrorismo. Las universidades perdieron su estatuto de zonas francas.

A petición de los sindicatos, cuatro días después, Cossiga volvió sobre sus pasos y autorizó las manifestaciones programadas para el 1 de mayo.

El martes, 26, la radio romana de la autonomía, la *Radio Città futura*, fue denunciada por instigación a delinquir. El jueves siguiente, las Brigadas Rojas mataron al presidente del colegio de abogados, Fulvio Croce, que tenía el encargo de constituir una comisión para la preparación del proceso a miembros de las BR, que quedó así bloqueado. De hecho, algunos jueces populares rehusaron formar parte del jurado.

Los dos últimos días del mes, se organizó en Bolonia la segunda coordinación nacional de los estudiantes universitarios, que fue menos caótica y violenta que la primera, realizada el 26 y 27 de febrero.

Al final, se aprobó una moción, en la que los estudiantes afirmaron que el movimiento tenía que rechazar: «Tanto el enfrentamiento con el aparato militar, como la reinserción en el interior del movimiento obrero». El movimiento se opuso al compromiso histórico considerándose fuerza de la oposición, pero al mismo tiempo rechazó la radicalización en lo que respecta al enfrentamiento. Los autónomos se hallaron así completamente aislados.

MAYO

Las celebraciones del Primero de Mayo se desarrollaron por doquier en un clima de fuerte tensión. En Roma, Padua y Milán, hubo algunos enfrentamientos entre los autónomos, la policía y el servicio de orden sindical: resultaron heridos más o menos doscientos jóvenes.

Dos días después, se abrió en Turín el proceso a las Brigadas Rojas, que terminó antes de empezar. Fue pospuesto desde la primera sesión, la mayoría de los miembros del jurado, aterrorizados por las amenazas de las BR, no se presentaron al tribunal.

En la misma semana, se promulgaron medidas especiales tras el recrudecimiento de los accidentes en las cárceles. La consecuencia inmediata, durante los días siguientes, fue una serie de revueltas y secuestros en algunas prisiones del norte de Italia.

El gobierno se dedicó a la represión contra los simpatizantes de la izquierda extraparlamentaria y de los ambientes autónomos.

El día 6, son arrestados en Bolonia, Diego Benecchi y Bruno Giorgini, ambos *leaders* de la Autonomía, acusados de apología de reato y de instigación a delinquir. Al día siguiente, siempre en Bolonia, se llevaron a cabo muchos registros en librerías, revistas y periódicos del movimiento, mientras en Verona arrestan al editor Giorgio Bertani, hallado en posesión de una pistola lanza-rayos.

El día 12 en Roma, durante una manifestación prohibida por el gobierno y organizada por LC, AO-PDUP y la FGSi en el aniversario de la victoria en el referéndum sobre el divorcio, intervino la policía y el pacífico *sit-in* se convirtió en una guerrilla urbana, durante la que Giorgiana Masi, una chica de 19 años, murió alcanzada por un disparo en las espaldas.

Cossiga desmintió, en el parlamento, la presencia de comandos especiales y anunció nuevas medidas anti-terroristas (cadena perpetua para los autores de los atentados), pero el periódico romano *Il Messaggero* publicó fotos de policías de paisano, que contradijeron así, las palabras del ministro del interior.

En los días siguientes estallaron desordenes en Milán, Turín, Venecia, Bérgamo, Nápoles, Bolonia, Florencia y otras ciudades. Durante las peleas en Milán, mataron a la brigada Antonio Crustrà, tras un enfrentamiento con los miembros de «la compra proletaria» mientras asaltaban un supermercado.

El día 15, liberaron a Guido De Martino, después de tres semanas de secuestro sin que se esclareciera el misterio de su secuestro. El mes de mayo se cierra con una serie de acontecimientos de gravísimo alcance, en el plano de la seguridad, el 19 se produce el atentado explosivo en el metro de Milán, reivindicado por *Prima Linea*. Lo mismo por lo que respecta el plano político y democrático, cuando al día siguiente, cuatro diputados radicales que habían lanzado un llamamiento para una manifestación para el 12 de mayo, fueron amenazados de ser procesados. Después, en el plano económico y social, cuando el 28, los sindicatos declararon que la situación (ya catastrófica con más de dos millones de desempleados) iba a empeorar en los meses siguientes.

Pero lo que desacreditó más gravemente a la clase dirigente en su conjunto, fue la apertura, el día 30 en Roma, del proceso al príncipe fascista, Julio Valerio Borghese (implicado en una tentativa de golpe de Estado en 1970). Entre los imputados se hallaban: generales, diputados, carabinieri y miembros del aparato policial.

JUNIO

El día 1, las BR dispararon a las piernas al vice director del periódico *Secolo XIX*, y al día siguiente a Indro Montanelli, uno de los decanos del periodismo italiano, director del *Giornale nuovo*. Fue el principio de una larga serie en la que resultaron heridos doce periodistas, empresarios, políticos, médicos. Siempre se les disparaba a las piernas, eran «los gambizzati»

El lunes 6, Luciano Lama fue reelegido secretario general de la CGIL, durante el congreso del sindicato que tuvo lugar en Rimini, pese a su última desventura en la Universidad de Roma. El martes, en el mismo congreso, el socialista Agostino Marianetti, fue nombrado secretario adjunto.

El mismo día, el senado rechazó la ley sobre el aborto, que había sido aprobada en el Palazzo Montecitorio. El 9, «un comando contra el trabajo negro», destruyó una librería en Roma. Se repitieron muchos episodios parecidos a lo largo de todo el año en fabricas y empresas que vivían del trabajo negro. Los grupos que trabajaron por un saneamiento del mundo del trabajo, fueron numerosos y muy cercanos al área izquierda del movimiento.

Al día siguiente, en todas las ciudades, se llevaron a cabo manifestaciones organizadas por mujeres (20.000 feministas se manifestaron en Roma) para protestar en contra de la decisión del senado respecto a la ley del aborto. El 18, se cierra el congreso de la CISL con la victoria de la izquierda en este sindicato tradicionalmente cercano a la DC.

Dos días después hubo enfrentamientos entre autónomos y militantes del PCI en la Universidad de Cagliari. Durante el mes de junio, la actuación político-militar de algunos grupos de extrema izquierda con las mismas ideologías de AO, dio como resultado la destrucción de varios almacenes de grandes empresas (Marelli, Siemens); estos ataques hirieron a algunos directivos. [...]

Uno de los jefes de las BR, Renato Curcio, fue condenado a 7 años de prisión por llevar armas. El senado aprobó las decisiones del gobierno de cerrar las «tanques» de la Autonomía y la prohibición durante las manifestaciones de llevar todo tipo de protección que pudiera impedir la identificación de los manifestantes.

El viernes 24, por primera vez tras el final de la guerra, los dirigentes de los partidos del «arco constitucional» se reúnen para firmar el nuevo programa de gobierno. A la vez estallan choques violentísimos en Padua entre policías y manifestantes tras la condena a dos años de prisión de un autónomo.

El 29, los seis partidos del «arco constitucional» firman el acuerdo sobre el programa de gobierno, que definía varios puntos importantes respecto al orden público (arresto preventivo), la economía u el nombramiento de los dirigentes del sector público. El siguiente lunes se abre el proceso a 17 obreros de Alfasud por haber participado a las huelgas

salvajes de febrero de 1976; se evaden diez detenidos de la cárcel de Asti entre los que hay tres militantes del grupo clandestino NAP.

En Turín y Cassino, estallan incidentes en la Fiat; hechos parecidos se repiten en los días siguientes. El mes de junio se cierra con una serie de atentados que desbarata el país y se abaten sobre una decena de ciudades. El más significativo tuvo lugar en Florencia, cuando los fascistas mataron al guarda jurado Renato Petroni, que los sorprendió mientras preparaban una bomba.

JULIO

Durante el mes de julio algunos intelectuales franceses (entre los que se encontraban Jean-Paul Sartre, Michel Foucault, Félix Guattari, Gilles Deleuze, Roland Barthes y otros) redactan un llamamiento contra «la represión que se estaba abatiendo sobre los militantes obreros y los disidentes intelectuales en lucha contra el Compromiso Histórico», lo que provocó una polémica con los intelectuales comunistas y dividió el mundo cultural italiano durante todo el verano.

Por lo demás, aunque la frecuencia de los atentados disminuyó, no hay que perder de vista que los grupos clandestinos, tanto de derecha como de izquierda, no dejaron de actuar (secuestros, bombas, atentados a personas, a sedes de partidos y a empresas) en toda Italia (los focos más encendidos se concentraron en Roma, Bolonia, Milán y Florencia) y de forma casi cotidiana.

El día 1 en Roma, una patrulla de la policía mató a uno de los jefes de los NAP, Antonio Lo Muscio, y arrestó a Maria Pia Vianale y Franca Salerno. En la investigación se estableció que la bala que había alcanzado Lo Muscio en la cabeza había sido disparada a bocajarro.

Tres días después, los seis partidos del arco constitucional (PCI, DC, PSI, PRI, PLI, PSDI) ratificaron el acuerdo sobre el programa de gobierno.

El viernes 8, en Roma, las *Unità* comunistas combatientes mataron, por error, al estudiante Mauro Amati. La víctima designada era el agente Domenico Vellutto. El mismo día se organiza una huelga general en Calabria, para protestar en contra de la crisis del Sur. El martes 12, se adopta la ley sobre la reconversión industrial. El viernes de la misma semana, la cámara aprueba (con los votos de PCI, DC, PSI, PRI, PLI, PSDI) el programa del «gobierno de las abstenciones», es decir, el acuerdo firmado por los partidos políticos, impulsado por la DC y apoyado por el resto de los partidos.

Dos días después, los NAP secuestran a once guardas de la prisión de Trani, provocando así una revuelta, mientras los «Núcleos Armados de Acción Revolucionaria» hacen estallar sendas bombas en las prisiones en construcción de Florencia y Livorno.

Los últimos días del mes de julio, están marcados por el descenso del compromiso político y reivindicativo del movimiento estudiantil, a favor de un aumento, tanto en el plano cuantitativo como en el cualitativo de la acción armada.

AGOSTO

El mes de agosto pone de relieve los disensos que laceran al mundo sindical y la dramática dificultad para seguir una línea política, en la que la base no se sienta abandonada o simplemente no reconozca la defensa de sus intereses.

Efectivamente, el día 14 durante el octavo congreso de la CISL en Roma, Macario y Carniti criticaron el «Compromiso Histórico» según ellos fruto de una política «estabilizadora».

Y el día 29, durante el séptimo congreso de la UIL, Benvenuto criticó severamente la actitud del sindicato que en su opinión habría dado prueba de «laxitud e inmovilismo» frente a los problemas, creyendo solucionarlos políticamente.

Tres días después, se aprobó la ley núm. 533. Entre otras cosas, esta ley permitió el arresto de personas que llevaran cascos, bufandas o cualquier otro medio «que impidiera el reconocimiento de la persona».

La política represiva propuesta por Cossiga fue acogida por un número cada vez más importante en las filas del parlamento, también en la izquierda.

La huida de Roma, la semana siguiente, del nazi Kappler, suscitó una profunda indignación en los periódicos de la izquierda. La reconstrucción de la evasión apuntó sobre muchos puntos vacíos y produjo muchas dudas que dejaban entrever la participación por parte de las fuerzas de la policía. Algunos agentes fueron suspendidos, aunque las investigaciones no esclarecieron nada.

En pocos días, el país conoció otro escándalo de gran importancia, cuando el jueves 25, fue arrestado el subsecretario de Interior, Zamberletti, con la dura acusación de fraude, después de las revelaciones sobre el escándalo de la reconstrucción que se llevó a cabo tras el terremoto del Friuli.

Inspirado en la nueva filosofía *hippie*, y a la vez estrechamente ligado a la realidad de los peligros de las nuevas formas de energía y con la política de ahorro y de investigación en este campo, nació el domingo 28 el «Movimiento Antinuclear», con una manifestación en la central de Montalto di Castro.

Se oponía al plan nuclear, que preveía la construcción de cuatro centrales y de otras tantas en caso de necesidad.

SEPTIEMBRE

Zamberletti, que había sido arrestado algunos días antes, decidió dimitir durante el consejo de ministros del jueves día 8. Acabó siendo procesado tras las acusaciones del 25 de agosto.

Durante el proceso de Catanzaro (matanza de Piazza Fontana), Mariano Rumor desconcertó en el aula, y también a la opinión pública, con su actitud muy ambigua y en sus declaraciones, que contradecían las de Andreotti, Tanassi, Zagari, Miceli...

Este juicio marcó el final de la política de Rumor y puso de relieve las oscuras relaciones entre política, servicios secretos y los ambientes de la extrema derecha durante los llamados «años de la tensión» o del misterioso «golpe».

Del 23 al 25, en Bolonia, se desarrolló el congreso de los estudiantes en «contra de la represión». El PCI, que apenas había renunciado a la teoría del «complot», admitió tímidamente que no se había enfrentado de forma conveniente al movimiento del '77, aceptó y acogió (facilitando comidas, alojamiento, derecho a la palabra) el congreso en la ciudad-símbolo del comunismo italiano.

Estuvieron presentes 100.000 jóvenes de todas los componentes, desde la autonomía más dura hasta los partidos de la Nueva Izquierda y los indios metropolitanos.

Las alas más politizadas, chocaron y a veces se enfrentaron, incluso físicamente en el curso de la asamblea en el Palazzetto dello Sport.

El sectarismo imperó durante todo el congreso. La autonomía, que rechazó las propuestas de los demás componentes (MLS, AO, LC), se aisló e impidió al movimiento la posibilidad de darse perspectivas políticas coherentes y unánimes.

Frente a la confusión y a la ausencia de debate político, el clima de hermandad, de alegría y de creatividad (animaciones, difusión de revistas y panfletos, teatro contracultural, momentos «ludo-creativos») que se respiró por las calles de la ciudad marcó el principio de una corriente que tuvo muchos herederos en Italia (ecología, anti-nuclear, numerosas revistas entre las que estaban *Il Male* y grupos como «los Skiantos»...).

Sin embargo, este congreso simbolizó, sobre todo, el final político del movimiento y el principio del «reflujo», tal y como se dio en llamar el abandono del Compromiso por parte de la mayoría de los simpatizantes y activistas del movimiento estudiantil del '77 y también el final de toda una generación de luchas obreras y sociales empezadas en los años sesenta.

Un terrible sentimiento de desengaño se abatió sobre los secuaces del congreso, algunos de los que se alistaron en los grupos clandestinos y en la lucha armada, mientras que otros se hundieron en las drogas.

El desengaño se mezcló a la tristeza, cuando en la noche del viernes día 30, un militante de *Lotta Continua*, Walter Rossi, fue asesinado en Roma por un grupo de fascistas de la sección de via delle Medaglie d'Oro.

Este episodio reavivó las tensiones entre la extrema derecha (neofascista) y la izquierda extraparlamentaria y autónoma.

OCTUBRE

Entre las numerosas manifestaciones antifascistas y de protesta por el asesinato de Walter Rossi, la que se desarrolló al día siguiente en Turín, se convirtió en una verdadera «caza» de militantes del MSI y en general de todos los simpatizantes de la extrema derecha. En esta cacería murió Roberto Crescenzo, un joven estudiante de 22 años, que quedó atrapado por las llamas en el incendio del bar «L'Angelo Azzurro», devastado por los autónomos.

Las confederaciones de CGIL, CISL y UIL invitaron a los trabajadores a suspender el trabajo durante quince minutos como señal de protesta y de luto, en concomitancia con el funeral del joven estudiante turinés.

Cien mil personas siguieron el funeral del Walter Rossi, en un clima de gran tensión, en el que resultó herido un policía y se incendiaron varios coches. Gracias al voto favorable del PCI y a la abstención del PSI, el día 5 se adoptó un plan energético, que preveía la realización de cuatro centrales nucleares para evitar el déficit energético.

En el mes de octubre nació en Ivrea, *Rinascita Piemontese* de Umberto Bossi (influida por el regionalismo autónomo), que desembocará en los años ochenta en *Lombardia autonoma*.

Frente a la avalancha de escándalos en los que se vieron implicados los servicios secretos, el Estado dio comienzo a una depuración de los mismos. El día 24 lanzó una reforma que preveía la disolución de todos los viejos servicios para el día 22 de mayo de 1978.

NOVIEMBRE

En Moscú, el día 2, en el 60 aniversario de la revolución, Berlinguer, entonces secretario del más importante partido comunista de Occidente, reivindicó el «derecho de su propio partido a seguir los principios del eurocomunismo», pero también el hecho que el «PCI se batió» por un socialismo que «garantizara» la existencia de distintos partidos, el pluralismo y todas las libertades...».

La discrepancia entre los líderes soviéticos y los representantes del comunismo occidental y sobre todo italiano se hizo manifiesta. Cuatro días después, en una entrevista concedida a *La Repubblica*, Ugo La Malfa, solicitó la entrada del PCI en el gobierno.

El día después, a iniciativa de la policía, se cerró en Turín el círculo *Cangaçeiros* y en Roma, las sedes de la autonomía de «Via dei Volsci» y de «Via Donna Olimpia».

Sin embargo, la política de represión no disuadió a los grupos armados, todo lo contrario, los empujó a seguir con su lucha contra el poder capitalista, a la vez omnipresente e invisible. Y es según esta lógica que el miércoles 16, el subdirector de *La Stampa*, Carlo Casalegno, resultó herido gravemente por cuatro balas disparada por las BR. Murió trece horas después. En la prensa italiana se habló de «salto de cualidad» de la violencia, porque esta vez los terroristas de las BR no habían apuntado a las piernas.

El último resuello del movimiento se dio el día 23 cuando se reunió en Roma para decidir si iba a participar a la manifestación nacional de los metalúrgicos prevista para el 2 de diciembre. Pero una vez más los autónomos romanos se aislaron, organizando su propia manifestación, mientras que las feministas y una parte de *Lotta Continua* decidieron asociarse a la manifestación del FLM.

El día 28, en Bari, en la plaza Massari un comando fascista mató a cuchilladas a un joven comunista, Benedetto Petrone.

El día después, 20.000 personas tomaron las calles para denunciar el homicidio, rompieron muchos escaparates; la sede del MSI fue devastada.

DICIEMBRE

La manifestación de los metalúrgicos organizada por las tres confederaciones sindicales, UIL, CGIL, CISL, tal y como estaba previsto tuvo lugar el día 2 en Roma.

Los sindicatos y los manifestantes pidieron un giro político y la solución a los problemas que el gobierno no había sabido resolver a lo largo de todo el año, y que, más aún, se habían agravado, dejando el país en una situación de grave crisis.

Tanto en el plano social (los atentados, el bloqueo de la escala móvil de los sueldos.), como en el plano económico (el porcentaje de inflación y la deuda pública que desanimaron todo intento de reivindicación y de negociaciones sindicales), pero también político (los numerosos escándalos, el Compromiso Histórico), se contaminó la vida política, reduciendo su escenario a un único conglomerado que propició la colusión (acuerdos secretos) y el clientelismo de partido, un «mal» italiano recurrente desde la unificación.

Los últimos días del año se vieron manchados por acontecimientos de una extraordinaria violencia en la historia de la República Italiana (bombas, ataques a las sedes del MSI, a muchas multinacionales, a prisiones en construcción, a periódicos y a veces incluso a periodistas).

Se perpetraron algunos homicidios contra jóvenes simpatizantes de la extrema izquierda, pero también contra los de la otra orilla del tablero político.

Esta serie de atentados dejó presagiar la dramática estación a la que se estaba llegando y que se amplificó en 1978.

LLAMAMIENTO DE LOS INTELLECTUALES FRANCESES¹

EN EL MOMENTO EN EL QUE, POR SEGUNDA VEZ, se desarrolla en Belgrado la conferencia Este-Oeste, nosotros queremos llamar la atención sobre los graves acontecimientos que se desarrollan actualmente en Italia y —más particularmente— sobre la represión que se está abatiendo sobre los militantes obreros y sobre los intelectuales disidentes en lucha contra el compromiso histórico.

En estas condiciones ¿qué quiere decir hoy «compromiso histórico» en Italia? El «socialismo de rostro humano» ha desvelado en los últimos meses su verdadero aspecto: por un lado, el desarrollo de un sistema de control represivo sobre una clase obrera y un proletariado juvenil que rechazan pagar el precio de la crisis; por otro, el proyecto de reparto del Estado con la DC (bancos y ejército para la DC, policía, control social y territorial para el PCI) por medio de un verdadero partido «único»; contra este Estado de hecho se han rebelado en estos últimos meses los jóvenes proletarios y los intelectuales disidentes.

¿Cómo se ha llegado a esta situación? ¿Qué ha sucedido exactamente?

Desde el mes de febrero, Italia ha sido sacudida por la revuelta de los jóvenes proletarios, de los desocupados y de los estudiantes, de los olvidados por el compromiso histórico y el juego institucional. A la política de austeridad y sacrificios

¹ *Lotta Continua*, 5 de julio de 1977.

han respondido con la ocupación de la universidad, las manifestaciones de masas, la lucha contra el trabajo negro, las huelgas salvajes, el sabotaje y el absentismo en las fábricas, usando toda la feroz ironía y la creatividad de los que, excluidos del poder, ya no tienen nada que perder: «¡Sacrificios! ¡Sacrificios!», «¡Lama, fustíganos!», «¡Los ladrones democristianos son inocentes, nosotros somos los verdaderos delincuentes!», «¡Más iglesias y menos casas!». La respuesta de la policía, de la DC y del PCI no ha tenido ninguna sombra de ambigüedad: prohibición de toda manifestación en Roma, estado de sitio permanente en Bolonia con blindados en las calles, disparos con armas de fuego sobre la muchedumbre.

Contra esta provocación permanente el movimiento ha tenido que defenderse. A quienes les acusan de estar financiados por la CIA y por la KGB, los excluidos del compromiso histórico responden: «Nuestro complot es nuestra inteligencia, el vuestro es el de utilizar nuestro movimiento de revuelta para avivar la escalada del terror».

Hay que recordar que:

- Tres cientos militantes, entre los que se cuentan numerosos obreros, están actualmente en la cárcel en Italia.
- Sus defensores son sistemáticamente perseguidos: arresto de los abogados Cappelli, Senese, Spazzali y de otros nueve militantes del *Soccorso Rosso*, con formas de represión que se inspiraban en los métodos utilizados en Alemania.
- Criminalización de los profesores y de los estudiantes del instituto de ciencias políticas de Padua de los cuales doce están acusados de «asociación subversiva»: Guido Bianchini, Luciano Ferrari Bravo, Antonio Negri, etc.
- Registros en las editoriales: Area, Erba Voglio, Bertani, con el arresto de este último editor. Se trata de un hecho sin precedentes: el levantamiento de pruebas se realiza a partir de un libro sobre el movimiento de Bolonia. Registro en las viviendas de los escritores Nanni Balestrini y Elvio Fachinelli. Arresto de Angelo Pasquín, redactor de la revista literaria *Zut*.

- Clausura de la emisora *Radio Alice* de Bolonia y secuestro del material, arresto de doce redactores de *Radio Alice*.
- Campaña de prensa tendente a identificar la lucha del movimiento y sus expresiones culturales con un complot; incitar al Estado a organizar una verdadera «caza de brujas».

Los que aquí firman exigen la liberación inmediata de todos los militantes detenidos, el final de la persecución y de la campaña de difamación contra el movimiento y su actividad cultural, proclaman su solidaridad con todos los disidentes actualmente bajo investigación.

*J. P. Sastre, M. Foucault, F. Guattari, G. Deleuze,
R. Barthes, F. Vahl, P. Sollers, D. Roche, P. Gavi,
M. A. Macciocchi, C. Guillerme y otros.*

LOS COMPONENTES POLÍTICOS DEL MOVIMIENTO DEL '77

Sebastien Croquet

Introducción

El movimiento del '77 fue, entre otras cosas, la conclusión de un ciclo de luchas sociales y estudiantiles, y por lo tanto fue un movimiento muy politizado. Cada componente intentó imponer sus propias reivindicaciones corporativas, sociales, sin llegar a definir una línea política o una ideología bien trazada, común al movimiento en su conjunto, ni siquiera una nueva visión e interpretación de la sociedad.

En consecuencia y lógicamente, no se formó una sólida área política, como en 1968, ni en el plano cualitativo, con una producción teórica de gran calidad, ni en el plano cuantitativo.¹ Las diversas componentes de la autonomía obrera fueron las únicas formaciones políticas que entraron en contacto con el movimiento de protesta juvenil.

La autonomía obrera reunió a distintos colectivos de toda Italia, que afirmaron una clara voluntad de autogestión y el rechazo categórico a delegar el poder, eran los que creían que «la práctica es la lucha». El '77 autónomo se compuso mayoritariamente de un conjunto de figuras sociales frustradas en

¹ Para N. Balestini y P. Moroni el movimiento del '77 reveló y puso en relieve «que el proyecto político de la autonomía era minoritario y minimalista».

sus expectativas y en sus aspiraciones, que se volcaron en el movimiento. Fue la ocasión para los viejos militantes de la izquierda antagonista de volver a la lucha.

Estas organizaciones autónomas (en su forma inicial: consejos y colectivos autónomos de fábrica y de barrio, y asambleas autónomas obreras) surgieron principalmente de la desaparición de los grupos de la Nueva izquierda, en un primer momento *Potere operaio*,² luego *Lotta continua*.

Poco a poco, sus actividades se alejaron de las preocupaciones clásicas de la clase obrera, para concentrarse en problemas de orden social más amplio.³

Las teorías de las «nuevas necesidades»⁴ y del «obrero social», de Toni Negri, siguieron a la del «obrero masa»,⁵ en una sustancial continuidad lógica con el periodo de luchas sociales de la primera mitad de los años setenta.

Estas teorías no desembocaron en proyectos y éxitos políticos, sino que se quedaron en la abstracción, ciertamente con lazos incontestables con las realidades de la crisis social

² De la crisis de PO nació en Milán el grupo *Rosso*. También en Milán los que procedían de *Lotta continua* crearon las siglas *Senza tregua* y luego *Co.co.ri* (Comités comunistas revolucionarios), de los comités políticos obreros y de los *Coordinamenti* de la oposición obrera, en suma de la autonomía organizada. En Roma, los comités autónomos obreros *I Volsci* y de la revista *Rivolta di classe*, siguieron a la explosión del *Manifesto*...

³ Expropiaciones proletarias, autoreducción de las facturas familiares y de las entradas de teatro y cine, ocupaciones de casas y pisos vacíos, compras proletarias.

⁴ Reformulación del concepto de pobreza, definiéndola no solamente en términos de niveles de renta, sino midiéndola también como privación de las necesidades básicas (como la salud, la alimentación, la educación, etc.), pero también intento de caracterizar de otra manera las políticas de ayuda, centrándose en los proyectos *labour-intensive* y dirigidos a la redistribución más que a los de elevada intensidad de capital (*capital-intensive*).

⁵ Nueva figura de clase obrera que aparece en los primeros años setenta. En ruptura con los métodos (reglas de la huelga tradicional) y con las ideologías (memoria de la resistencia) de la clase obrera comunista de la postguerra. Los nuevos temas que desarrolló este nuevo sujeto social (centralidad de la fábrica *fordista*) y las nuevas reglas de protesta y de huelga (método del «gato salvaje» (huelga silbato), por ejemplo) favorecieron el estallido de una temporada de luchas que culminó en el «Otoño Caliente» de 1969.

y económica, pero en la imposibilidad de aplicarse de un modo pragmático. La autonomía no consiguió elaborar una estrategia política propia y terminó limitándose, en 1977, a la denuncia y el ataque a otras formaciones políticas.

Poco a poco, los métodos de lucha se radicalizan hacia formas de enfrentamiento y de acción basado únicamente en la violencia. Pero, recordar del movimiento autónomo solo su carga violenta sería un error y una falsedad histórica. Las diferentes manifestaciones antinucleares, consecuencia del acuerdo sobre la construcción de ocho centrales nucleares,⁶ que implicaron a numerosos militantes anarquistas, antimilitaristas y distintas asociaciones ecologistas, fueron posibles gracias la acción decisiva de los comités romanos.

En 1977, con la explosión de la protesta social y estudiantil, la Autonomía, es decir el componente político del movimiento del '77, no consiguió estructurarse en una organización de relevancia nacional. No se tejieron vínculos entre los diferentes órganos de la autonomía, más bien se llegó al movimiento del '77 con disensos internos bastantes fuertes respecto a lo que ya se había sedimentado,⁷ es decir respecto a la experiencia de los grupos de la Nueva izquierda.

La otra novedad fue la oposición del componente política mayoritario del movimiento, a los partidos tradicionales de la izquierda y a su política, principalmente al PCI, pero también a los grupos parlamentarios y extra parlamentarios de la Nueva Izquierda.

Por esta razón ¿se puede afirmar objetivamente, como hicieron entonces y como hacen todavía los mass media y los observadores políticos, que el movimiento del '77 fue anticomunista? Hablaremos de ello en el capítulo dedicado al debate intelectual que se derivó del movimiento de protesta juvenil.

⁶ Véase anexo: «Cronología del año 1977 en Italia», mes de marzo.³ Expropiaciones proletarias, autoreducción de las facturas familiares y de las entradas de teatro y cine, ocupaciones de casas y pisos vacíos, compras proletarias.

⁷ Ya en octubre de 1976 había tenido lugar otra ruptura, que duró durante 1977, entre la autonomía obrera romana y la estructura de *Rosso* de Milán, en la que militaba Toni Negri.

La autonomía, sin embargo, no logró intercomunicarse con el proletariado y con los movimientos obreros,⁸ lo que redujo fuertemente su peso y el alcance de su acción política. Se quedó al margen del área obrera, no solo política, ideológicamente (por la radicalidad excesiva de sus tesis y la insuficiencia de elaboración estratégica, teórica y conceptual⁹) y a nivel organizativo (falta de cualquier lógica y proyección de cohesión y de acuerdo organizativo entre los numerosos grupos de la autonomía¹⁰, consecuencia de la autogestión a ultranza), sino en el propio contenido de sus reivindicaciones, y en las formas y modalidades de su aplicación.

Lo señaló Lucio Castellano:

La historia de la «autonomía» está constituida por un abanico de experiencias políticas articuladas y discordantes que se deslizan durante todo el periodo de los años setenta y cuya identidad gira alrededor de la idea-fuerza del «rechazo del trabajo». No es solamente una ideología de la emancipación, sino un modo de lectura de la sociedad capitalista, de sus protagonistas, de la forma de distribución del poder, de la dinámica de su desarrollo y propósito, que constituye el esquema de orientación y el tejido conectivo hegemónico que atraviesa diez años de confrontación política con el movimiento obrero organizado.¹¹

⁸ La figura social del «obrero autónomo» fue marginal. De hecho la gran mayoría de los obreros adhirieron al PSI y al PCI, y se opusieron al movimiento del '77, que tiene que ser leído e interpretado como la única rebelión de la clase estudiantil, pero en contra de una crisis que golpeaba el conjunto de la sociedad italiana, y no solo a la juventud mimada, cultivada y fuertemente escolarizada.

⁹ Los grupos carecieron en general (exceptuada la autonomía paduana y negriana) de teorización y de conceptualización, lo que impidió su desarrollo tan esperado en el plano político, vista la importancia numérica del movimiento de contestación del '77.

¹⁰ No hay que olvidar que el movimiento del '77, coincidió con el momento más alto de la crisis de los grupos políticos minoritarios, esto es, de los órganos estructurales de protesta, lo que puede explicar la verdadera contraposición entre los distintos grupos políticos del movimiento del '77 (entre moderados y obreristas).

¹¹ Lucio Castellano, *L'autonomia, le autonomie*, en N. Balestrini y P. Moroni, *L'orda d'oro*, Feltrinelli, Milano, 1997, p. 448.

La autonomía controló muy poco la situación. A partir del mes de septiembre (tras el masivo reflujo provocado por el fracaso del congreso de Bolonia),¹² y de forma aún más evidente, a partir del 2 de diciembre (manifestación de los metalúrgicos),¹³ los viejos grupos (sobre todo la Democracia Proletaria (DP)¹⁴) retomaron las riendas de la situación en general, a excepción de Roma.

Como hemos visto, es difícil concebir el movimiento autónomo como una entidad propia, con sus órganos de comunicación, con estructuras homólogas que unan los diferentes componentes alrededor de un proyecto central.

Los mayores polos de la autonomía obrera organizada, y consiguientemente del componente política del movimiento del '77, se situaron en Milán, en Padua, en el Veneto y en Roma.¹⁵

Los componentes políticos autónomos del movimiento del '77 en Roma

En Roma,¹⁶ los «comités autónomos obreros», los llamados «Volsci», representaron la parte más importante de la autonomía.

¹² Véase: «Cronología del año 1977 en Italia» mes de septiembre.

¹³ Véase: «Cronología del año 1977 en Italia» mes de diciembre.

¹⁴ Que desengañó a su vez las esperanzas y entró rápidamente en crisis (elecciones de 1979: menos de un 1%).

¹⁵ Aunque la autonomía tuvo un papel importante en Roma, hay que relativizar, sin minimizar, las proporciones que tuvo su influencia, sobre el resto del movimiento y sobre el área obrera. Se trató de una miríada de pequeñas organizaciones sociales. La autonomía obrera organizada romana se compuso de grupos de barrios, de asociaciones, de colectivos (por lo general estudiantiles), a menudo con ideas, proyectos políticos y perspectivas diferentes.

¹⁶ Desde 1974, fueron muy activos los *Comitati Comunisti Per il Potere Proletario e l'organizzazione Proletaria Romana* (con Radio Proletaria).

Fueron los herederos de las vanguardias políticas de la Nueva Izquierda, y de la radicalización política de la acción de los militantes romanos; se caracterizaron por su rechazo categórico a la perspectiva del «gobierno de las izquierdas», en 1976, y por su oposición a la política del PCI y de los sindicatos confederados en los años que precedieron al '77.

La radicalización de los grupos autónomos romanos, propició el desarrollo de estructuras de gran rigidez organizativa, que se identificaron con las tesis tardo-leninista de la larga estela de las organizaciones revolucionarias. Los colectivos romanos recuperaron de esta tradición iniciada en octubre de 1917, su retórica militarista (sentimiento de pertenencia a un grupo,¹⁷ el lenguaje esencialmente militar...), maniquea (lucha del bien contra el mal, visión subjetiva y deformada de la realidad...), y utópica (dictadura del proletariado), mezclando todo en una única olla ideológica.

Todo esto impidió cualquier forma de elaboración teórica, en clave socialista, de una política que hubiera podido proponer soluciones reales y aplicables para resolver la crisis social y económica.

En 1997, el ex militante del grupo de los «11», Piero Bernocchi, volvió sobre las causas y las consecuencias de la derrota programada, y de alguna manera anunciada por el ala política del movimiento del '77: «Tuvo un peso notable el papel político de las distintas componentes de la Autonomía organizada, empeñadas en la búsqueda del movimiento, la imposibilidad / inutilidad de las alianzas, el desinterés hacia una seria penetración en las escuelas y en otros sectores del trabajo intelectual, la mitología de la «gran ocasión», de la chispa que incendia la pradera, la

¹⁷ Esta necesidad de pertenecer a un grupo o a una organización se puede explicar en el plano sociológico, visto el contexto de crisis general, que duraba desde principios de los años setenta. Como recuerda Ernesto Galli Della Loggia, en el número del 18 de enero, del semanal *L'Espresso*: «...las rebeliones juveniles asumen siempre un carácter de escuadrón» (p. 90). En su opinión, «La banda de los hermanos» fue además «típica de todas las revoluciones intelectuales y juveniles» (p. 90).

plena aceptación del terreno de choque impuesto por el Estado, el uso del movimiento como arma contundente para desquiciar el acuerdo DC-PCI.¹⁸

Roma fue, por otro lado, teatro de la violentísima contraposición política,¹⁹ mediática (mediante las dos mayores emisoras del movimiento romano²⁰), y a menudo física (durante las asambleas), entre el ala dura²¹ y la moderada²² de la autonomía y las pequeñas formaciones juveniles cercanas a la Nueva Izquierda,²³ es decir los herederos democrático-revolucionarios del '68, tal y como los definió Alberto Asor Rosa.²⁴

En esta áspera polémica los «comités de via dei Volsci» acusaron a los demás grupos de «centrismo», de colaboración con los partidos políticos de la izquierda y con los sindicatos, en fin de renuncia a una verdadera orientación política antagonista.

Los grupos del área «moderada» condenaron, a su vez, el ala dura, por su extremismo, su radicalismo político frente al Estado, pero también frente a toda otra organización autónoma, su laxismo y su indulgencia hacia las formaciones clandestinas y su inquietante *escalation*.

¹⁸ Piero Bernocchi, Roberto Massari (editor), *Del '77 in avanti*, Roma, Erre emme edizioni, 1997, p. 11.

¹⁹ Hay que recordar también los enfrentamientos, de antes, durante y después del '77, entre los grupos de la autonomía romana y los del MSI y de las demás formaciones neofascistas, que causaron la muerte de numerosos jóvenes en los dos bandos.

²⁰ *Radio Città Futura* (área moderada) y *Radio Onda Rossa* (radio que surgió en 1977 en el barrio de San Lorenzo en Via dei Volsci).

²¹ El grupo y la homónima revista *I Volsci*, la Facultad de Derecho, el colectivo Policlínico y el del Enel, los comités comunistas.

²² El grupo de los «11», el periódico *Zero*, el área troskista de la revista *Praxis* (Mistretta, Scalia..), *Radio Spazio Aperto*, la facultad de Letras...

²³ PdUP, AO, LC, el grupo de *Il manifesto* de los anti-magriani, la izquierda luxemburguesa de DP y las distintas vanguardias (feministas, estudiantiles, obreras, gays...).

²⁴ Alberto Asor Rosa, *Le due sordità*, en el semanal *L'Espresso*, 18 de enero de 1987, pp. 98-100.

En 1977, la autonomía romana recogió la consistente y efímera participación y el apoyo de un importante número de estudiantes y de simpatizantes de la Nueva Izquierda, aprovechando las cortísimas experiencias de los círculos del proletariado juvenil.

Sin embargo, el núcleo fuertemente politizado fue muy restringido.

La situación de reclutamiento y de progresión de la autonomía duró, en realidad, poquísimo, ya que la mayor parte de los jóvenes y de los nuevos militantes decidieron, inevitable y lógicamente, alejarse y sustraerse del compromiso político frente a la radicalización²⁵ y a la violencia impuesta por la franja extremista de «Via dei Volsci» (Vincenzo Miliucci, Pifano o Tavani) sobre el resto del movimiento.²⁶

En el plano teórico, los comités autónomos obreros, no supieron ni teorizar ni explicar, sino superficialmente, ni las razones profundas de la protesta y de la revuelta, ni su proyecto político para resolverlas. Esta escasez teórica y conceptual ahonda sus raíces en la misma forma de la autonomía romana, lo que es válido también para las demás formaciones autónomas del resto de Italia.

De hecho, la autonomía romana se compuso exclusivamente de una miríada de organizaciones preocupadas por solucionar los problemas sociales en los barrios populares de la ciudad, y con objetivos vinculados al desarrollo de las necesidades de masa,²⁷ todo esto sin que se diera una solda-

²⁵ Una radicalización que fue teórica, evidentemente con sus lógicas repercusiones prácticas (en el terreno de la lucha callejera, con el desarrollo y la difusión de las técnicas de guerrilla urbana).

²⁶ Véase: «Cronología del año 1977 en Italia», principalmente los episodios en los que la autonomía romana agredió voluntariamente el resto del movimiento (feministas, transversalistas boloñeses, los demás grupos de la autonomía romana o de Padua) impidiendo así toda forma de comunicación y por ello de un intento de elaboración de un proyecto político común al movimiento.

²⁷ Las acciones más significativas fueron las ocupaciones de casas en los barrios populares como San Lorenzo, Centocelle, Magliana, las compras proletarias (en realidad saqueos de tiendas, práctica corriente entre los movimientos de contestaciones; en París durante el movimiento del '68

dura real entre ellas, con una estructura directiva incapaz de imponer una línea política que fuera más allá de los problemas locales.

Acontecimientos como la «expulsión» de Lama de la Universidad de Roma, la manifestación nacional del movimiento el 12 de marzo, o el asesinato del agente de seguridad Passamonti, fueron impulsos decisivos para que los autónomos y con ellos, el movimiento entero, derivaran hacia un aislamiento total e irrevocable.

El congreso de Bolonia, durante el que se repropuso la alternativa política y donde se intentó una desesperada, y tal vez inútil, recomposición entre las distintas facciones, no cambió en nada la situación.

Desde el mes de septiembre en adelante, ya nada impidió la ineludible disolución de la autonomía organizada, cuyos últimos resplidos se pueden hacer coincidir con la manifestación del 2 de diciembre, que simboliza para muchos la muerte efectiva del movimiento.²⁸

Los otros componentes políticos autónomos del movimiento del '77

El área de la Autonomía se agregó alrededor de algunos polos de relevancia nacional. El más importante y significativo estaba constituido por la revista *Rosso*, que reunió a las asambleas autónomas de Milán y en las que entraron también los colectivos políticos de Padua procedentes de *Potere Operaio*.

En Bolonia se formó el colectivo *Jacquerie*, constituido por gente que había salido de LC y que entretejió estrechos lazos con el colectivo de *Radio Alice*, que a su vez fue definida no sólo como la emisora de la autonomía, sino también del movimiento boloñés en su conjunto.

los estudiantes asaltaron la tienda de delicatessen, Fauchon; en Italia, las compras proletarias fueron practicadas por grupos autónomos desde 1973, y sobre todo por los círculos del proletariado juvenil, en 1976), pero también la ayuda a las familias con dificultades...

En Turín,²⁹ el grupo *Rosso* publicó la revista local *Gatto Salvaggio*, que se desarrolló en 1978-79 con los Colectivos obreros FIAT, formados por militantes que participaron activamente en el movimiento del '77.

Por su parte, los *Comitati Comunisti per il Potere Operario* (constituidos por ex-militantes de LC y PO), publicaron la revista *Senza Tregua* y estuvieron muy presentes sobre todo en Milán, Turín, Florencia y Nápoles. En el sur, los colectivos autónomos (en Calabria, Basilicata y en la región de Nápoles), formaron el grupo de la revista *Comunismo*.

En Milán³⁰ y en Padua junto con los grupos de *Rosso*, *Senza Tregua* y los *Comitati Comunisiti Revoluzionari*, Oreste Scalzoni y Toni Negri (y su grupo, los «operaisti doc»), fueron los verdaderos teóricos del movimiento autónomo, sin embargo fueron rápidamente neutralizados por los grupos de la Nueva izquierda, aún parcialmente consistentes.

Se quedaron como «intelectuales del movimiento» y nunca supieron convertirse en *leaders* políticos.³¹ Sus teorías, quizás demasiado conceptuales y elitistas, no fueron bien comprendidas por los militantes de base. Por lo general, la violencia que acompañó la práctica de la lucha no fue una particularidad de la autonomía romana. Los grupos de la Lombardia y del Veneto estuvieron mucho más atentos al desarrollo de las formas organizativas, a su militarización, a la programación militar de los objetivos que asumieron a menudo un carácter «de escuadrón», los acontecimientos más graves se produjeron durante las «noches de fuego»³² en Padua...

²⁹ En Turín se presentó también el Colectivo Informal de Autonomía Proletaria, que en 1977 asumió la denominación de *Centro Alice*. También es importante señalar la acción social y política del colectivo turinés *Cangaçeiros* (ver <http://www.strano.net/cangaçeiros/welcome.htm>).

³⁰ *Radio Popolare* (gestionada por la izquierda sindical), *Radio Canale 96* y *Radio Milano Sud*, fueron los mayores órganos de comunicación «vía éter» de la autonomía milanesa.

³¹ Entrevista a Francesco Piccioni (ex Brigate Rosse, arrestado en 1980, condenado a cadena perpetua, todavía en la cárcel) en *Una sparatoria tranquilla, per una storia orale del '77*, Roma, ediciones Odradek, 1977, p.124-125.

³² Durante las que se atacaban, en varios puntos de la ciudad (se trataba de decenas de acciones), distintas estructuras de la administración estatal.

Por la propia naturaleza autónoma del ala política del movimiento de contestación que surgió en 1977, este listado permanecerá fatalmente incompleto. De hecho, hay que tener en cuenta que casi en cada ciudad y en cada región se crearon (sobre todo desde 1976) colectivos, coordinadora y revistas que se autodefinieron como autónomos y que retomaron las temáticas de este área, cuyos confines fueron móviles y difusos.

Para cerrar este capítulo y para comprender mejor los problemas que se encuentran al reconstruir las memorias del acontecimiento, hay finalmente que interrogarse sobre el final que tuvo esta rabiosa, violenta y antagonista protesta política, llevada a cabo por el movimiento del '77.

Por un lado, fue reprimida rápidamente; por otro, fue asimilada al brigadismo rojo y terrorista de los grupos clandestinos armados. Esta represión sistemática³³ tuvo por efecto la marginación de los protagonistas de la contestación política, los aisló, y desmembró el área de la autonomía.

Sin embargo, el resultado perverso de esta maniobra fue la repentina radicalización de su acción, lo que vació la protesta de su contenido ideológico inicial, a favor de una lucha ciega contra toda forma de poder, imperialista o no, reflejo y símbolo paroxísticos y desesperados de la gravísima crisis ideológica y societaria, que anunciaba el final de la forma autónoma de gestión de partido.

Como recuerda Marco Grispigni, los que dentro del movimiento se opusieron a la autonomía, pero que pese a eso se comprometieron políticamente «el futuro no ha sido de ninguna manera más glorioso. Derrotados en el intento de reagregación electoral en 1979 (la nueva izquierda unida no

³³ En 1977, (véase el libro *Bologna fatti nostri* por los variados testimonios sobre los arrestos, los registros, inducidos por el juez Catalanotti, y el proceso del ámbito boloñés de *Radio Alice*) pero también y sobre todo después del secuestro y del asesinato de Aldo Moro (16 de marzo 1978-9 mayo de 1979), que marcó la conclusión del decenio «rosso». El arresto de grupos completos de la autonomía milanesa, paduana y romana el 7 de abril de 1979 (el llamado «juicio del 7 de abril» elaborado por el juez Calogero) junto con la intervención masiva de la magistratura italiana en 1981, son los dos momentos estratégicos de la represión estatal.

consiguió el quórum y no consiguió ningún diputado) han seguido un recorrido marginal, algunos dentro de *Democrazia Proletaria*, que luego confluyó como minoría dentro de *Rifondazione Comunista*, otros dirigiéndose hacia el recién creado movimiento de los verdes, en el que algunos participantes del movimiento han alcanzado papeles directivos de relieve».³⁴

³⁴ Marco Grispigni, *Settantasette*, Milán, Il Saggiatore, Flammarion, 1997, p. 87.

EL ALA CREATIVA

HABLAR DE «ALA CREATIVA» SERÍA REDUCTIVO, utilizar el singular impide captar la complejidad de la naturaleza intrínseca del movimiento creativo, corazón del movimiento de protesta del '77, de la pluralidad de su composición y de sus reivindicaciones, que tuvieron un aspecto diferente según los lugares, los momentos y las necesidades.

Dentro de la extensa tradición de los movimientos contraculturales, el del '77 se inserta en una lógica de continuidad con respecto a corrientes de pensamiento como el Futurismo, el anarcosindicalismo, el surrealismo, el situacionismo, el dadaísmo. Y esto con una importante nueva variación, el pesimismo, debido en gran medida al empeoramiento de la situación económica en los años setenta.

Los cambios se vieron influidos por factores externos, especialmente de orden económico (el crack petrolífero de 1973 y el asombroso crecimiento del paro, una competencia profesional cada vez más agresiva, los despidos masivos, las reestructuraciones industriales), político (el Compromiso Histórico), social (el ciclo de luchas de los años setenta, la ecología, etc.), artístico y cultural (el pop-rock, el punk, la generación *freak*, el situacionismo, el negacionismo, la actualización de las vanguardias artísticas de comienzos de siglo).

El movimiento interpretó, a su manera, las profundas modificaciones de la sociedad italiana (urbanización, éxodo rural masivo, reconversiones industriales) e hizo propios

nuevos valores (el individualismo, el anonimato, los problemas del espacio y del consumo, la apropiación material de los bienes...).

También bajo este prisma «...el movimiento del '77 es otro respecto al '68». Ya no existe la crítica feroz del consumismo, del hombre reducido «a una dimensión». Hay, en cambio, una plena aceptación de la sociedad de consumo, tanto más deseada en un momento de crisis económica, cuando de repente se les pide a estos jóvenes que renuncien a sus consumos, que los reduzcan.

La llamada a la austeridad, el nuevo proyecto capaz de replantear el modelo de desarrollo, caen en el vacío. La respuesta del movimiento son las botellas de champán que rulan entre las barricadas de marzo en Bolonia. La fantasmagoría de la mercancía, su destello, está plenamente dentro de la experiencia del movimiento. Un nuevo individualismo, subversivo y antagonista, emerge en las calles; un individuo deseoso, que se aleja dramáticamente de los recorridos conocidos de la sociedad. El problema del espacio, consecuencia directa de la constante transformación y evolución urbana, iniciada en la inmediata postguerra, estuvo lógicamente muy ligado a las nociones de expresión y reconocimiento del individuo, del cuerpo y de la palabra.

El teatro satírico, vanguardista y político del *Circolo La Comune* de Dario Fo y Franca Rame, que ponía de relieve la gestualidad y la expresión corporal, estuvo en perfecta sintonía con el movimiento. La mayoría de las temáticas culturales y sociales adoptadas por la parte creativa del movimiento del '77, fueron llevadas a la práctica por los *Circoli del Proletariato Giovanile*, por los *Comitati Autonomi* y por los centros sociales, especialmente en Milán. El colectivo *Re Nudo* (que produjo la homónima revista contracultural), consideró el nacimiento de los *Circoli*, como el medio para imponer su forma de hacer política (simbolizado por el lema «lo personal es político») y la realización de casi diez años de contracultura por parte de las organizaciones de los grupos de la «izquierda libertaria», tal y como se la llamó entonces.

La prioridad de estos grupos se volcó en las nuevas necesidades sociales, en las nuevas formas de hacer política, el rechazo del trabajo y las actividades culturales. Su actividad

duró hasta el festival de Parco Lambro, en junio de 1976, en Milán, en el que apareció, a través de la violencia que estalló en el encuentro, la desesperación y la incomunicabilidad de una generación, al menos de una parte de los jóvenes.

Este evento cultural marcó el comienzo de un largo periodo de estatismo en la música italiana, representó además, tal y como escribieron Nanni Balestrini y Primo Moroni en *La horda de oro*, el fallido intento de recomposición de los distintos componentes de la protesta juvenil. No hay que perder de vista que el nihilismo y el rechazo a subordinar el presente a un futuro incierto, no fueron particularidades italianas: la protesta no se podía enmarcar en las categorías de los movimientos anteriores, pero sintonizaba con el nihilismo de los punk ingleses, con el *no future* de los Sex Pistols.

La sugestión por el nihilismo se enlazó con la desastrosa situación social y económica. En un *mural* de la universidad de Roma se podía leer «la destrucción es liberación». De índole subversiva, el movimiento contracultural que nació en 1977 evocó la fusión entre arte y vida cotidiana, un rechazo sistemático, anticapitalista en cierta forma, de toda prioridad del tiempo de trabajo sobre «el tiempo de vida», la voluntad de redistribuir la riqueza y disfrutar del tiempo de vida liberado del trabajo, principalmente en actividades culturales.

Franco Berardi (Bifo) y, junto a él, el grupo transversalista boloñés de *A/Traverso* estuvieron entre los principales promotores de la lucha por la liberación del individuo de las cadenas del ciclo productivo y capitalista del trabajo y por el desarrollo del «trabajo mental» (F. Berardi, *De la inocencia. 1977: el año de la premonición*, Ombre corte, Verona, 1997)

Los libros que representaron su principal fuente teórica fueron los de Gilles Deleuze y Felix Guattari, principalmente el *Anti-Edipo* y *Rizoma*, con su análisis del lugar del deseo en una sociedad edípica, rígida y castradora que no permitía a los individuos desahogar su creatividad. Se trataba, en síntesis de una interpretación y redefinición, en clave marxista-leninista, de los escritos y de las teorías de Nietzsche y de Freud.

Entre las diferentes y numerosas corrientes teóricas que influyeron en el movimiento del '77 podemos identificar las temáticas retomadas por el ala creativa. Una de las reivindicaciones principales del futurismo, en los primeros años del siglo XX, había sido la toma del poder por los artistas: pocos años después el surrealismo había indicado la vía de la «imaginación al poder». En los años sesenta los situacionistas trasladaron estas reivindicaciones a una lógica de protesta. Después de haber desarrollado un papel importante en el movimiento francés del '68, el movimiento situacionista decidió disolverse en 1972. En Italia dejó una huella profunda en los movimientos de los años setenta, particularmente en el ala *negazionista*, que se configuró como crítica del espectáculo, de la política extraparlamentaria y como crítica de la creatividad «separada», dando lugar a una intensa producción de textos, con frecuencia mediada por los «comics fuera de esquema».

El ala creativa del movimiento del '77 (los indios metropolitanos, los mao-dadaístas, los transversalistas, los parodistas, los perros sueltos...) absorbió este pensamiento. Los tres polos principales de la creatividad fueron Bolonia, Roma y Milán, donde la iniciativa de los *Circoli dei Proletariato Giovanile* derivó sobre todo en lo social, favoreciendo también distintas iniciativas culturales, como por ejemplo, la creación de las revistas *Viola* y *Wow* y la recuperación de la fiesta como forma de protesta lúdico-comunitaria.

El rechazo de la delegación, muy presente durante el '77, se tradujo también en el rechazo de toda forma de agregación (incluso, desde luego, la familia), en una búsqueda perpetua de de-agregación, dominada en el ala creativa por el uso sistemático de la subjetividad como clave y línea de interpretación de la sociedad.

El nuevo escenario cultural y artístico favoreció el «pulsar de micro situaciones», la repentina proliferación de nuevos grupos y la difusión de una red anárquica de comunicación dentro del propio movimiento.

Nació, así, en 1977, con la profusión de las palabras, un imprevisto brote de radios libres, de ideas, revistas, fotocopias, periódicos, panfletos. En este sentido, el movimiento del '77 heredó el extraordinario desarrollo (tanto en el plano

organizativo como en el cultural e ideológico) de la red de comunicación de los grupos de la Nueva Izquierda que se dio entre 1974 y 1975. Piénsese, entre otras, en la experiencia y elaboración de las revistas *A/Traverso* y *Primo Maggio*, y también a la editorial *Erba Voglio*.

Entre las numerosas formas de expresión oral y escrita del movimiento del '77, fue constante el uso de la ironía en todas sus formas, como arma lingüística de denuncia, análisis cáustico de la sociedad, y sobre todo de la política. «La cultura ya no era un instrumento de lucha, como para las anteriores generaciones revolucionarias, sino el propio terreno de lucha» (*La horda de oro*).

Una de las técnicas más extendidas entre las vanguardias históricas, recuperada por la del '77, fue el *détournement*, de raíz surrealista, mediante la cual «objetos e imágenes, estrictamente unidos a la sociedad (obras de arte, lemas, publicidad, carteles, periódicos — falsas cabeceras o falsas noticias —) fueron desviados de su destino y colocados en contextos diferentes, donde el significado originario se perdía en la construcción de un nuevo conjunto significativo (a veces sin significado)» (Claudia Salaris). Se utilizaron distintas técnicas de *détournement*, entre ellas el *collage* y el *ready-made*.

El objetivo de estos procesos lingüísticos y gráficos era de confundir lo verdadero y lo falso, según la técnica dadaísta, con el fin de reforzar el sentido de lo absurdo de las fuentes utilizadas (a veces hasta que los propios documentos del ala creativa) y de la sociedad en su conjunto. Todo esto con la evidente voluntad de crear una contra información y una contracultura que debían oponerse y sustituir a las redes de información «controladas» y manipuladas, de los aparatos «oficiales», símbolos de la moral establecida.

Entre las diferentes técnicas y medios de comunicación del ala creativa, se pueden identificar: los automatismos, el *Automatic Thinking* (escritura automática), la infracción de la lógica y de la sintaxis, la utilización de la paradoja y de la ironía, los *rebus*, los anagramas, los crucigramas, los puzzles, la recuperación de poesías para niños, los nuevos métodos de composición gráfica, los titulares expresivos, el *cut-up* de periódicos, la maquetación liberada

de las jaulas tipográficas, los *nonsense*, los anti-tebeos, los lemas al revés, el uso de la manualidad con rotuladores y cartas tecleadas con máquinas de escribir.

El contenido de las revistas era con frecuencia irónico, siempre con un fondo existencial o social, la creación siempre era pertinente a la lucha. En este sentido, el movimiento del '77 fue un intenso periodo de producción de obras políticas y culturales. A pesar de todo, esta explosión de creatividad no despertó el interés de la *intelligentsia* italiana de la época, no fue estudiada y analizada, con la excepción de algún intelectual.

Umberto Eco y, menos metódicamente Maurizio Calvesi, formaron parte de esta minoría. Eco interpretó el movimiento del '77 como «el último capítulo de la historia de las vanguardias», pues, según él «las prácticas experimentales de subversión lingüística de las vanguardias artísticas habían salido del laboratorio especializado para constituirse en código del mundo juvenil politizado, dejando despistados no solo a los militantes tradicionales, sino también a los expertos de las formas sociales y de la comunicación» (U. Eco, *Sette anni di desiderio*, Milán, Bompiani, 1983).

El propio Eco afirmó que el lenguaje «disociado, hecho de alusiones, sin nexos lógicos se vuelve perfectamente familiar y persuasivo para un chico de catorce años» (*Come parlano i «nuovi barbari»*, *L'espresso*, abril, 1977). Y se preguntó si en 1977 «las nuevas generaciones hablan y viven, en su práctica cotidiana, el lenguaje (la multiplicidad de los lenguajes) de la vanguardia». Eco identificó en el movimiento creativo «la presencia de una forma de vitalismo estético que presenta curiosas analogías con el futurismo y otros fenómenos de comienzos de siglo en Italia, incluido el nexo con Nietzsche»; y añadía «es sorprendente cómo los teóricos del movimientos de los marginados sub-proletarios hablen, entre todos los lenguajes posibles, el más culto y refinado; es fácil entonces, sacar la ecuación fatal, de que aquí están los nuevos Marinetti, los nuevos chicos de Lacerba, la redefinición del hombre acabado y de Papini superhombre. Pero la diferencia está en que, a diferencia de la vanguardia de principios de siglo, estos grupos están realmente en contacto con una realidad “baja”, y lo que dicen parece instintivamente accesible, en su vitalidad, también a los incultos».

Por el contrario, para la mayor parte de la cultura «oficial», el movimiento del '77 fue un fenómeno asimilable al futurismo de Marinetti, en tal grado que fue rápidamente etiquetado, por analogía, como un movimiento reaccionario, con la misma voluntad de experimentación artística y lingüística que por ejemplo autores como Céline o Pound.

Tampoco el *Grupo '63*, con la excepción de Nanni Balestrini, normalmente proclive a apoyar las vanguardias culturales de la izquierda, sostuvo el movimiento creativo de los estudiantes, al contrario, se opuso con virulencia, puesto que las posiciones políticas de sus miembros eran próximas al PCI.

El sentido inicial de la ironía y de la imaginación fueron deformados y malinterpretados como una conspiración, o según el término más utilizado en los primeros meses del '77 por los intelectuales próximos al PCI, como un complot:

La cultura nacional, que nunca tuvo vocación por la ironía, manifestaba una completa falta de espíritu. La tendencia a cambiar las palabras por la realidad, las imaginaciones por la realidad, a tomarse todo al pie de la letra, domina tanto la cultura católica como la comunista. El movimiento dio la vuelta a la situación: se afirmó una realidad delirante, se construyeron discursos e imaginarios según un principio de proliferación. Cada lugar de enunciación proyectaba su mundo imaginario otorgándole una realidad exclusivamente comunicativa. El poder respondió interpretando aquellos imaginarios como conspiración. Registraron entonces todas aquellas casas, y encontraron millones de folletos enloquecidos, entre los cuales perdieron la cabeza (N. Balestrini y Primo Moroni, *La horda de oro*).

A las primeras señales de radicalización de la situación, tanto por parte del núcleo duro y extremista de la *Autonomia Operaia*, como por parte del Estado que respondió ciegamente y de forma uniforme a este exceso de violencia y protesta, el ala creativa fue presa de una imprevista e irreversible afasia.

Los síntomas de este malestar se notaron en la revista *Identikit del subversivo*, que criticó el aspecto monolítico que iba tomando el movimiento. La represión que se libró sobre las organizaciones de la izquierda extra parlamentaria y de

los grupos que tomaron parte en la protesta, a partir del mes de marzo, golpeó también a todo segmento de la cultura del movimiento juvenil del '77, particularmente a sus estructuras de información. Numerosas editoriales (entre ellas *Bertani* y *L'Erba voglio*) fueron clausuradas. Durante esta represión sistemática que duró casi tres años, una cantidad impresionante de materiales fue secuestrada y nunca devuelta. Gran parte de los militantes, en ocasiones simples simpatizantes, fue encarcelada, a partir de testimonios y pruebas más o menos verdaderas y contrastables.

La densísima red de comunicación del movimiento quedó circunscrita dentro de sus estructuras. No supo, quizás por falta de elaboración teórica y organizativa, o no quiso, por ideal subversivo, relacionarse, ni integrarse en la red informativa del resto de la sociedad.

Las estructuras y la comunicación del ala creativa

Introducción

La comunicación fue sin duda la preocupación central de la parte creativa del movimiento del '77. Por esta razón se asistió a una gran generación creativa, lo cual dificulta una reconstrucción fiel de la notable cantidad de producción en audio y en papel.

Además, la corta vida de las experiencias (la mayoría de las revistas y de los fanzines no pasaron del número uno, o cero, según la numeración más común en el '77), el escaso volumen de producción de las publicaciones y la anárquica red de distribución, sólo permiten establecer un mapa impreciso de las innumerables publicaciones.

Lo que sigue se propone definir y delinear esta inmensa producción de materiales, según las distintas áreas, no tanto en el plano geográfico, ni en el ideológico, sino en el de las temáticas y de los grupos que las desarrollaron.

Los años setenta: premisas e influencias

La asimilación del lenguaje de vanguardia por parte de los creativos del movimiento del '77, no hubiera sido posible sin el precedente del movimiento estudiantil y obrero del '68. Experiencias contraculturales como la *Beat Generation*, la facción negacionista y más en general el *underground* se encuentran en las diferentes publicaciones de la primera mitad de los años setenta, que marcaron también un intenso periodo artístico, que involucró a sectores enteros de la cultura antagonista de la izquierda. Para encarar este desordenado y considerable desarrollo de producción literaria, figurativa, poética, teatral, fueron creadas estructuras adecuadas, como nuevas editoriales (Erba Voglio, Squi/libri...), galerías de arte, asociaciones...

Entre las revistas más difundidas, cabe recordar *Re Nudo* [rey desnudo], *A/Traverso*, *Pantere Bianche*, *Robinud* (del área situacionista), *Hit*, *Internazionale situazionista*, *Poesia metropolitana*, e *di Puzz*, creada y dirigida por Max Capa.

Es a partir de este humus, en el plano cuantitativo y también cualitativo, por lo que en el '77 se asistió a una verdadera explosión artística, que confirió al movimiento su fisonomía, consistente en la búsqueda absoluta de la novedad, de la trasgresión de los códigos (lingüísticos, artísticos...), de la subversión, del no conformismo, el anti-academicismo de una vanguardia cultural de masas.

Los medios de comunicación

a) Las revistas

A/TRAVERSO. La revista boloñesa, nacida en 1975, por iniciativa del colectivo homónimo, anticipó, de alguna forma, la experiencia cultural que indujo el movimiento del '77. En 1976, el colectivo *A/Traverso* (Franco Berardi, Stefano Saviotti, Luciano Capelli, Claudio Cappi, Paolo Ricci, Guerrino Matteo, Mauricio Torrealta, Marzia Bisognin)

escribió un libro (*Alice é il diavolo sulla strada di Majakovskij, L'Erba-voglio*), de notable importancia como fuente teórica para el ala creativa del movimiento de los estudiantes y que llegó a la escena pública al año siguiente.

En este libro se abordaron temáticas, luego retomadas y desarrolladas por el movimiento, como la búsqueda de nuevas formas de lenguaje (de Antonin Artaud y de su teoría del lenguaje corporal), el problema de la separación de arte y vida en el proceso revolucionario, de lo privado y el rol del individuo (social y político) del deseo (teorías del deseo de Deleuze y Guattari) en la sociedad italiana, de la inteligencia técnico-científica y de su lugar en relación con el poder político, económico e industrial. Las múltiples raíces culturales del grupo *A/Traverso* fueron recopiladas en clave marxista y subversiva, en la óptica de la liberación del trabajo manual del tiempo (teoría del Marx de los *Grundrisse*) y en la ideación, en parte utópica e ideal, del socialismo real. En 1977, la revista *A/Traverso* fue el modelo gráfico, reconocido y copiado, sobre todo por sus cabeceras (*Collages*, escritos manuales, *Calligrammes*, la barra separadora). Según la teoría del psicoanalista Jacques Lacan, retomando de Ferdinand de Saussure, esta cabecera favorecería la puesta en acción de un nombre inicialmente estático, e institucionalizaría «la posición del significante y del significado como orígenes distintos y separados por una barrera».

La influencia situacionista se tradujo en el uso sistemático del juego, en la técnica del *detournement* y en la práctica de la ironía, que fueron constantes en las revistas creativas del movimiento del '77. Por ejemplo, en la revista romana *Gandalf il viola*, la ironía se concretó a través de falsos de periódicos de verdad, con citas y publicidad reales.

En el área del grupo *A/Traverso*, fueron creadas muchas revistas, entre las cuales merece recordar *Il corrispondente operaio* y *La Rivoluzione*.

ZUT. Revista dada-situacionista romana, publicada por primera vez en octubre de 1976, fue principalmente realizada por Ángelo Pasquini, Piero Lo Sardo y Mario Canale. Se caracterizó por el uso de la parodia y de la paradoja, presentes en

numerosas referencias a la cultura de los indios y al dadaísmo, y por su especial atención por el arte y las nuevas formas de poesía metropolitanas.

Sus temáticas preferidas fueron la abolición de la escuela, la liberación de la inteligencia del peso de la disciplina y de la obligación escolástica (esto es, una oposición categórica a toda forma de academicismo) y la desintegración de los viejos modelos de estructuras sociales (la familia, la administración, los partidos políticos...).

El grupo *Zut* creó, durante 1977, el CDNA, el Centro de Difusión de Noticias Arbitrarias. Mediante la difusión de noticias falsas y completamente inventadas, que a veces produjeron eventos reales, se revitalizó la ironía de los grupos transversalistas y parodistas. Otra iniciativa, mas o menos similar, fue la creación del *Centro per l'Abolizione del Lavoro Manuale, il CALMA*, con la asociación de *Zut* y el colectivo *A/Traverso*. Este nuevo colectivo propuso la abolición del trabajo, declarado inútil, y también la necesidad de una toma de conciencia general y ciudadana frente a la miseria social y a los problemas del medio ambiente. La acción mas significativa del CALMA fue, sin duda, el artículo que apareció en junio de 1977 en las revistas *Zut* y *A/Traverso* en el que se declaró, con un poco de ironía y mucha amargura: «La revolución ha terminado, hemos vencido».

OASK?! Periódico que parte del area de *Lotta Continua* y fanzine de los indios metropolitanos romanos. Era una gran página única, formado por *collages* de textos colectivos pegados en todas las direcciones. En la forma grafica y en el contenido de *Oask?!*, y en general en la mayoría de las revistas producidas por el movimiento, se puede encontrar una fuerte influencia de lo mágico y del cuento infantil, de los tebeos de los años sesenta y sobre todo setenta, y de la experiencia lúdico-dadaísta de la revista *Wow*. En el área de *Oask?!*, nacieron en 1977, la revista napolitana *Wam*, las romanas *Abat/Jour*, *Strippo teorico*, *Brescia*, *Senza Famiglia*, *Materiali* y el colectivo activista y politizado *Rizoma...*

Wow. La acción política y contracultural de los *Circoli del proletariato giovanile* produjo en 1976 una revista totalmente nueva, *Viola*. Ésta se hizo portadora de la rabia y de la desesperación y también de los *nuovi bisogni* de la juventud que poblaba el *hinterland* milanés. El malestar y la precariedad social desembocaron en la creación de una contracultura *underground*, con referencias y herencias culturales poco convencionales, que rechazó toda forma de agregación o identificación con la cultura oficial.

Cercana a *Viola*, nació en marzo de 1977, la revista *Wow* (creada por Dario Fiori). Se presentó como «*il foglio dei circoli del proletariato giovanile in decomposizione*». *Wow* estuvo muy atenta a la escritura simultánea y automática, retomó las teorías de Tzara y de los surrealistas, acerca de la función bloqueadora y autoritaria de la tipografía tradicional y las formas ideales de escritura en armonía con la liberación de la creatividad. En realidad, *Wow* retomó las temáticas tradicionales de las vanguardias futuristas, dada, y algunos principios fundamentales de la filosofía de Nietzsche.

El sin sentido y la paradoja que brotaron en *Wow* y *Zut* y en otros periódicos emergieron también en la revista napolitana *Pasquale*, que se definió como «*fogliola caduto/a per caso*» y utilizó el género demencial y numerosas referencias a los infantilismos de Tzara, descritos como «antídotos a la normalidad inteligente del hombre lógico y racional».

Las otras revistas

LOTTA CONTINUA. El diario de la desaparecida organización de la Nueva Izquierda, *Lotta Continua*, fue el mayor órgano impreso y de comunicación del movimiento, aunque fue duramente criticado desde dentro, sobre todo por la Autonomía, que la llamó irónicamente *Lottantina*.

Cuando en julio, los intelectuales franceses publicaron su llamamiento, lo hicieron en las páginas de *Lotta Continua*. A pesar de esto, la orientación del diario no fue eminentemente política. En efecto se destinaron amplios espacios a la palabra y la expresión de la parte creativa. El tebeo *Mauricio*

y *Pablo*, los cuentos de Marlowe de Ángel Pasquini o el especial satírico *L'Avventurista*, testifican la presencia creativa, representada en sus distintas formas de expresión artística.

b) La música

El movimiento del '77 siguió el rastro de la efímera estación del rock demencial y favoreció la experimentación lingüística sin buscar una creatividad puramente musical. En el área de *Radio Alice*, nació el *Harpo's Bazar*. Esta nueva compañía produjo una colección de audio, cuyo único objetivo era constituir un archivo del movimiento boloñés y dar un espacio de expresión a las variadas formas de experimentación musical. La mayor parte de la producción fue compuesta por audio-montajes, tomados de los sonidos/mensajes de la emisora boloñesa, y también una corriente de neo-músicos (Armonici, Improvvis-azione, Recitativa), próxima a las reivindicaciones políticas del movimiento, que sin embargo no supo ir más allá de la crítica musical en contra de la nueva canción de autor y se apagó rápidamente después del fin del movimiento del '77.

Según el estudioso y archivista Marco Grispigni, en las radios se podía encontrar «la ruptura cultural que en Londres, el verano anterior, se había expresado musicalmente en el punk». La acción de los grupos Area, Stormy Six..., próximos al movimiento, se confundió completamente con la acción política.

c) La estación de las radios libres

En junio de 1976, una sentencia de la corte constitucional dictaminó la libertad de antena. Así se rompió definitivamente el monopolio del Estado sobre la información radio-televisiva. A pesar de esto, en 1976 se desarrollaron, sobre todo, radios privadas (o comerciales). Hubo que esperar al año siguiente para ver, con el nacimiento del movimiento creativo del '77, la repentina e ingente progresión de las

radios libres. Encontraron rápidamente un amplio público y promovieron una renovación de los lenguajes de la comunicación.

Además de las mas conocidas (*Radio Alice*, *Radio Onda Rossa*, *Radio Città Futura en Roma*, *Radio Popolare* y *Canale 96* en Milán, *Controradio* en Florencia, *Radio Sherwood* en Padua), se constituyó una red radiofónica muy densa, tanto en el plano geográfico (se crearon radios hasta en los centros urbanos de media y pequeña importancia), como en el de la diversidad cultural.

La gran mayoría de las emisoras cercanas al movimiento del '77, pusieron en el centro de sus preocupaciones, el problema de la información y sobre todo de la contra información y de su difusión. *Radio Alice*, creada en 1976, por el colectivo *A/Traverso*, llevó a cabo una función importantísima en el terreno de la experimentación de nuevas formas de lenguaje.

En diciembre de 1976, en la revista del colectivo boloñés, se afirmaba que «el terreno de la información (y de la informatización como sumisión del trabajo técnico-científico en el proceso productivo) se vuelve el terreno en el que se realiza la lucha por el poder entre la clase obrera y el Estado capitalista, y que, por lo tanto, el lenguaje, la escritura, la intervención en el circuito informativo son prácticas en las que se redefine el tejido material de las relaciones de clase, ya no es su simple representación simbólica».

Más en general, la novedad estuvo en el hecho que las radios libres abrieron los micrófonos a los oyentes y a los protagonistas de las luchas que se libraban en las calles de las ciudades italianas. Los eventos fueron retransmitidos, comentados y difundidos «en caliente», según la expresión de los locutores de la radio boloñesa, *Alice*. Se crearon foros de discusión, debates, asambleas virtuales (puentes radio), en los que pudieron participar, en el mismo momento, decenas de personas.

La gran libertad de acceso a la palabra se tradujo en la afluencia de testimonios de todo tipo, opuestos y a veces extremistas, pero que nunca fueron filtrados. La diversidad de las interpretaciones, de los propósitos, de los puntos de vista emitidos, fue recibida por los poderes públicos y los

mass-media oficiales, como una abierto soporte y un medio de comunicación y difusión de la palabra de la propaganda a favor de la lucha y de las organizaciones armadas.

Mauricio Chierici fue uno de los pocos, durante el cruento mes de marzo, que se opuso a estas acusaciones: «La muerte del joven (Francesco Lorusso) ha revelado tres ciudades. Hasta antes de ayer se podía hablar de Bolonia como un monumento edificado alrededor del partido-guía. Desde hace unos años las elecciones confirman su rol dominante. Y la realidad no ha cambiado, pero existen sobresaltos humanos y emotividades, sensibilidades que ofrecen perspectivas que nunca han sido bien exploradas. Algo que se esfuma en discursos en los que la ortodoxia también se difumina. La de los jóvenes, sobre todo. Voces inquietas. Voces de rebelión no codificada. Las voces de la radio por ejemplo, que han acompañado susurrando sin interrupción los momentos dramáticos de los ataques. Nadie guió nada. Al menos con diseños preordenados, Al menos, por la estructura particular de algunas radios libres, detrás del micrófono se han turnado avisos, consejos, indicaciones que han hecho pensar en una estrategia de diseño prefigurado. *Radio Alice* emite todas las comunicaciones de sus oyentes-colaboradores que participan en la manifestación. Inevitablemente se vuelve una guía que indica los movimientos de los manifestantes y las maniobras de la policía. No son llamadas programadas, no están filtradas, llegan y se emiten. Un directo dramático que los mismos protagonistas cuentan de llamada en llamada».

La represión que cayó encima de las revistas, alcanzó también a las radios.

Será de nuevo Umberto Eco, en plena polémica, quien tome la palabra y se oponga a las tesis de los intelectuales próximos al PCI, que culparon y condenaron el carácter violento, subversivo y absurdo del movimiento. Eco confirmó el mismo juicio del movimiento juvenil, sobre todo artístico y cultural:

Las nuevas generaciones hablan y viven en su practica cotidiana el lenguaje (la multiplicidad de los lenguajes) de la vanguardia. Todos juntos. La alta cultura se ha precipitado en identificar los trayectos del lenguaje de vanguardia buscándolos

donde se perdían en caminos sin salida, mientras que la práctica de la manipulación subversiva de los lenguajes y de los comportamientos había abandonado las ediciones numeradas, las galerías de arte, los cineclub y se había abierto camino a través de la música de los Beatles, las imágenes psicodélicas de Yellow Submarine, las canciones de Jannacci, los diálogos de Cochi y Renato; John Cage y Stockhausen se filtraban a través de la fusión entre rock y música india, los muros de las ciudades se parecían más y más a un cuadro de Cy Twombly. Hay más analogías entre el texto de un cantautor y Céline, entre una discusión en una asamblea de marginados y un drama de Beckett, que entre Beckett y Céline por una parte, y uno de esos eventos artísticos o teatrales que el *Espresso* registra. El dato más interesante es que este lenguaje del sujeto dividido, esta proliferación de mensajes aparentemente sin código, se entienden y practican a la perfección por grupos hasta hoy extraños a la alta cultura, que no han leído ni a Céline ni a Apollinaire, que han llegado a la palabra a través de la música, el *dazibao*, la fiesta, el concierto pop.

CRONOLOGÍA DE RADIO ALICE

1974

4 DE DICIEMBRE. La Corte Constitucional declara ilegal el monopolio de la RAI (Radio Televisión Italiana) sobre el éter. Nacen las primeras radios libres. En Bolonia, el área cercana al disuelto grupo de *Potere Operaio* y a la *Autonomia Operaia* plantea la creación de una emisora.

5 DE DICIEMBRE. El brigadier Andrea Lombardini resulta muerto durante los preparativos de un atraco a una azucarera de Argelato (cerca de Bolonia). Las indagaciones apuntan inmediatamente hacia el área de la *Autonomia Operaia* boloñesa. El día 9 hallan a Bruno Valli ahorcado en la cárcel, uno de los presuntos atracadores. Los hechos de Argelato y el debate que sigue marcan profundamente el movimiento boloñés.

1975

Se empieza a publicar la revista *A/traverso*, periódico de movimiento que concentra su atención no tanto en los «mensajes», como en los lenguajes en tanto vehículos profundos de sentido. La revista boloñesa propone una superación sus-

tancial de la separación tradicional entre militancia política, subjetividad y lenguajes sociales. Los *mass media* oficiales empiezan a hablar de «autonomía creativa» y «movimiento deseante». En noviembre, tras largos meses de gestación, aparecen las primeras transmisiones experimentales de Radio Alice en la onda 100.6. El nombre se inspira en el libro de Lewis Carroll, pero también en la hija de Dadi Mariotti, una de las pocas mujeres «fundadoras». La sede se halla en via del Pratello, 41. La emisora utiliza un transmisor militar, mientras que el resto de los equipos procede de las viviendas de los propios fundadores. El grupo que da vida a *Cooperativa Nuova Comunicazione*, razón social de la radio, está formado en general por ex militantes del archipiélago de la extrema izquierda, que ha roto con los pequeños grupos «guetizados».

1976

26 DE ENERO. Empiezan las emisiones «oficiales» de Radio Alice con el lema de «dar voz a quién no tiene voz». Ironía, inversiones semánticas, transversalidad de los lenguajes, contaminación entre los discursos públicos y privados son los ingredientes fuertes del primer periodo de la emisora. El modelo de partida está en las antípodas del de las demás radios políticas de la época: no se trata de contrainformación, sino de un espacio vía éter a disposición de una comunidad abierta. Aún ofreciendo unas citas fijas, la radio no tendrá nunca una programación regular, pese a los intentos en ese sentido de algunos de los fundadores. Nadie tendrá nunca remuneración. Por lo que respecta el capital, excepción hecha de algún benefactor ocasional y las auto reducciones de las facturas, se funciona por lo general mediante la autofinanciación. Cualquier intento de venta de espacios publicitarios fracasará frente a la caótica gestión de la radio. Durante toda su breve vida, la emisora sufrirá de problemas técnicos crónicos. La radio estuvo siempre transmitiendo las 24 horas, aunque en determinados periodos, permaneció ausente del éter durante días enteros. Desde el principio, las llamadas de los oyentes se pasan a directo, sin censura alguna. Con el paso del tiempo, un número cada vez más amplio

de no-fundadores se turnará en los micrófonos, dando vida a aquel «flujo» continuo que ha permanecido como el rasgo distintivo de la experiencia de la emisora. *Radio Alice* es desde el principio objeto de fuertes ataques por parte del *Resto del Carlino* (por el lenguaje vulgar) y, en menor medida, por la *Unità* local.

ABRIL. Franco Berardi «Bifo», entre los fundadores de la radio y de la revista *A/traverso*, es encarcelado en el marco de la investigación policial a *Autonomia Operaia* relativa a los hechos de Argelato. Para solicitar su liberación, Radio Alice organiza una fiesta en la Piazza Maggiore en la que participan 10.000 personas, un número mucho más allá de las previsiones. Bifo sale de prisión poco después.

VERANO. Después de las controvertidas experiencias del Festival del Parco Lambro, el latente conflicto entre el alma «política» de la radio y aquella más atada al concepto de «radio como espacio en blanco para ser escrito día tras día» estallan definitivamente. El grupo de los fundadores entra en crisis, de hecho la radio es gestionada por la espontaneidad de los particulares que la usan fuera de cualquier esquema preestablecido. El director responsable Paolo Ricci y Ambrogio Vitali, fundadores de la radio, marchan a la India.

7 DE DICIEMBRE. En Milán, los *Circoli dei Proletariato Giovanile* contestan el estreno de *la Scala*. Hay enfrentamiento con las fuerzas del orden. Es el nacimiento oficioso del movimiento del '77, formado por lo general por precarios y por los así llamados no-garantizados. *Radio Alice* es la emisora del movimiento boloñés que da vida a las ocupaciones de viviendas vacías y de las facultades universitarias, a las llamadas *Jacqueries* (auto reducciones en restaurantes, cines, etc) y a la difusión de una práctica política basada en el *non-sense* y la broma.

1977

11 DE MARZO. El rector de la universidad, Rizzoli, solicita la intervención de las fuerzas del orden para neutralizar las peleas que estallan entre los estudiantes del movimiento y los de Comunión y Liberación en la Facultad de Anatomía. Con la llegada de la policía y de los carabinieri la situación degenera. Un carabiniere responde al lanzamiento de un molotov disparando a la altura del cuerpo. Francesco Lorusso, 25 años, militante de *Lotta Continua*, muere alcanzado en pleno pecho. *Radio Alice* difunde la noticia de la muerte del estudiante. Un imponente desfile cruza la ciudad enfrentándose varias veces con las fuerzas del orden. Se dan ataques a sedes de instituciones, partidos políticos y comisaría, tiendas devastadas, decenas de arrestos, numerosos heridos. Finalmente ocupan la universidad y erigen barricadas con el propósito de defenderla. Durante dos días la ciudad es escenario de una verdadera guerrilla urbana. *Radio Alice* transmite las llamadas de los oyentes que desde varios lugares informan sobre los enfrentamientos en curso, señalan la posición de las fuerzas del orden, incitan a la guerrilla, o insultan a los manifestantes.

12 DE MARZO. La policía irrumpe en la sede de *Radio Alice* que ha sido acusada de instigar y dirigir los ataques. Arrestan a algunos redactores. Otros consiguen huir y empiezan a ser buscados por la justicia.

13 DE MARZO. Durante algunas horas y gracias a la fortuna, la radio reabre bajo el nombre de *Colletivo 12 marzo*. A la llegada de la policía los redactores huyen por los tejados.

14 DE MARZO. Mientras permanecen hospedados por *Radio Ricerca Aperta*, otros redactores de *Radio Alice* son arrestados junto con los «dueños de la casa». *Radio Alice* reabre aproximadamente un mes después y continúa sus transmisiones durante un par de años más, pero sin la contribución de los fundadores originarios. De hecho, con el paso del tiempo, el

ala cercana a la *Autonomia Operaia* organizada conquista la hegemonía de la emisora. Finalmente, se cede la frecuencia a *Radio Radicale*.

Todos los arrestados de *Radio Alice*, algunos de ellos maltratados en la cárcel, son declarados inocentes de todas las acusaciones que se les habían hecho. El caso contra el carabiniere que había disparado a Lorusso y el capitán al mando fue archivado.

HAY OTRO IDIOMA. EL ITALO-INDIANO¹

Umberto Eco

HAY UNA NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN, en la cual un pseudo agente comercial americano (en realidad un hombre de la CIA) gira alrededor de los planetas periféricos para instalar una serie de centros de producción a bajo costo, centinelas avanzadas de una futura expansión neo-colonial. Es un experto lingüista, debe llegar a planetas de los que no conoce su lengua y teorizar el código local a través de un análisis de los comportamientos de los indígenas. Sin embargo en un planeta no logra realizar su objetivo, elabora una serie de reglas gramaticales, se comunica con los nativos, extiende un contrato, pero cuando debe llegar al meollo de la cuestión se da cuenta que le son formuladas preguntas que no entiende. Se da cuenta de que el código debía ser más complejo de cuanto pensaba, retoma su investigación, elabora un nuevo modelo de comportamiento comunicativo y choca nuevamente con una barrera de incomprensión. Finalmente intuye que ha caído en una civilización que cambia de código todos los días. Los indígenas tienen la capacidad de reubicar en el lapso de una noche sus reglas comunicativas. El agente parte desesperado: el planeta ha permanecido impenetrable.

Esta novela me parece una apología ejemplar de cuanto sucede a los sociólogos, a los politólogos, al pequeño cabotaje académico o de partidos cuando intentan definir el lenguaje y

¹ *L'Espresso*, 1977, núm. 14. Republicado también en Umberto Eco, *Sette anni di desiderio*, Milán, Bompiani, 1983.

el comportamiento de los jóvenes de 1977 (que en otra ocasión he llamado generación del Año Nueve, sustrayendo 1968 a 1977, para subrayar una fractura en la continuidad y la dificultad de hacer paralelismos y deducciones). Y no me refiero sólo a los discursos asambleistas, sino a los comportamientos cotidianos, al uso de la ironía, de un lenguaje aparentemente disociado, al empleo de medios masivos, a los graffiti en las paredes, a los eslóganes, a la música.

Pongamos casualmente la radio y escuchemos una de las canciones que los jóvenes escuchan hoy en día, algo de un cantautor cualquiera. La primera reacción es que habla un lenguaje disociado, hecho de alusiones que se nos escapan: no existen «nexos lógicos» y sin embargo no sólo la canción está diciendo algo, sino que este algo logra ser perfectamente familiar y convincente para un chico de 14 años. Después de un rato somos asaltados por una sospecha: ¿No parecía del mismo modo ilógica y disociada una poesía de Eluard a los ojos de los primeros lectores sorprendidos? ¿O de Apollinaire? ¿O de Majakovskij? ¿O de Lorca? Una de las cosas que más impacta al profesor (de universidad o de instituto) que se enfrenta a una asamblea de estudiantes es que las reclamaciones, los temas, las reivindicaciones del lunes son distintas de las del martes. Donde el grupo parece encontrar una extraña coherencia entre dos paquetes de revistas, la contraparte está perdida. Todo sucede en base a unas pocas e impalpables consignas, como si se hubiera dado una tácita e instantánea reconstitución del código de comportamiento. Me da la misma sensación que probaban los primeros lectores del *Ulises* de Joyce: después de que se hubieran adaptado al estilo visceral de un capítulo a modo de monólogo interior, reaccionaban estupefactos frente al capítulo siguiente construido usando todas las figuras de la retórica clásica. Después de haber entendido algunas páginas en las que muchos acontecimientos eran observados desde un solo punto de vista, se encontraban con otras páginas en las que un solo evento era observado desde distintos puntos de vista.

La «alta» cultura había entendido y explicado rápidamente que nos encontramos frente a modelos de laboratorio de subversión de los lenguajes, donde el arte busca prefigurar un estado de crisis y pone en cuestión al sujeto humano.

El sujeto dividido, la disolución de la conciencia, del yo trascendental, la negación del punto de vista privilegiado como parábola del rechazo del poder, ¿cuántas claves explicativas se elaboraron para explicar un modelo de nuevo lenguaje posible que el arte elaboraba a nivel de laboratorio? En el fondo, la sociedad permanecía con sus códigos habituales, con sus metalenguajes garantizados, con sus lenguajes de libertad. Frente a la objeción de que no reflejaban la realidad social del momento, se nos remitía a las famosas disparidades de desarrollo que se manifiestan entre estructura y superestructura. La práctica subversiva de los diferentes lenguajes tendría que prefigurar estados de disgregación o de recomposición social y psicológica que quizás, a nivel de las relaciones económicas, se harían explícitos solo en una fase posterior.

Quizás ahora llegamos a la cuestión: las nuevas generaciones hablan y viven, en su práctica cotidiana, el lenguaje (o la multiplicidad de lenguajes) de la vanguardia. Todos juntos. La alta cultura se ha esforzado en identificar los trayectos del lenguaje de vanguardia buscándolos donde se perdían en caminos sin salida, mientras que la práctica de la manipulación subversiva de los lenguajes y de los comportamientos había abandonado las ediciones numeradas, las galerías de arte, las filmotecas y se había abierto camino a través de la música de los Beatles, de las imágenes psicodélicas de *Yellow Submarine*, de las canciones de Jannacci, de los diálogos de Cochi y Renato; John Cage y Stockhausen eran filtrados a través de la fusión de rock y de la música indiana, los muros de la ciudad se parecían cada vez más a un cuadro de Cy Twombly [...]. Hay más analogías entre el texto de un cantautor y Céline, entre una discusión en una asamblea de marginados y un drama de Beckett, que entre Beckett y Céline, por un lado, y uno de los eventos artísticos o teatrales que *L'Espresso* registra en su rubrica «Che c'è di nuovo». El dato más interesante es que este nuevo lenguaje del sujeto dividido, esta proliferación de mensajes aparentemente sin código, son entendidos y practicados a la perfección por grupos hasta hoy extraños a la alta cultura, que no han leído ni a Céline ni a Apollinaire, que han llegado a la palabra a través de la música, del dazibao, de la fiesta, del concierto pop. Si la alta cultura entendía muy bien el lenguaje del sujeto dividido cuando era hablado en el laboratorio, ya no lo

entiende cuando lo reencuentra hablado por las masas. En otras palabras, el hombre de cultura se burlaba del burgués que en el museo, frente a una mujer con tres ojos o a un grafiti sin forma, decía «no entiendo que representa».

Ahora bien, ese mismo hombre de cultura está frente a una generación que se expresa elaborando mujeres con tres ojos y grafiti sin forma, y dice «no entiendo que quieren decir». Lo que le parecía aceptable como utopía abstracta, propuesta de laboratorio, le parece inaceptable cuando se presenta en carne y hueso. Entre paréntesis, se podría encontrar aquí una razón de las dificultades que tiene la izquierda tradicional para entender estos nuevos fenómenos, revelando la misma dificultad que siempre ha tenido para entender las vanguardias de laboratorio, oponiéndoles las razones de un sano realismo. Recientemente, en una manifestación callejera los estudiantes gritaban: «Gui y Tanassi son inocentes, los estudiantes son delincuentes». Era una manifestación provocadora cargada de ironía. Inmediatamente después un grupo obreros que se manifestaban en solidaridad tomó el eslogan, pero traducido a los propios modelos de comprensibilidad: «Gui y Tanassi son delincuentes, los estudiantes son inocentes». Los obreros querían decir lo mismo, pero no podían aceptar el juego de la ironía y reelaboraban el eslogan en términos realistas. No porque no estuvieran en condiciones de entender la ironía, sino porque no la reconocían como medio de expresión política.

Ahora bien hay que anclar la hipótesis —acertada como es— a algunas reflexiones correctoras. Antes que nada lo que sugiero no debe significar que la experimentación de los lenguajes haya provocado la nueva conciencia. Sería una hipótesis idealista. Se trata más que nada de ver como un proyecto abstracto y literario de subversión expresiva, de la lengua al comportamiento, se ha encontrado por un lado con un proceso de generalización realizado por los medios y por otro lado con una situación histórica y económica precisa en la que el yo dividido, el sujeto disociado, el síndrome de los sin patria y la pérdida de la identidad han cesado de ser alucinaciones experimentales y prefiguraciones oscuras para transformarse en condición psicológica y social de grandes masas juveniles. En este contexto, nuestra hipótesis debe componerse con otras explicaciones, ya que

por sí sola no es suficiente. Pero se trata de una hipótesis «política», aunque se proponga a nivel de la antropología cultural. El estudio antropológico de las estructuras sociales y de sus transformaciones pasa también a través de la lectura de los mitos y de los ritos.

Segunda corrección: hacer esta hipótesis no significa hacer una justificación optimista. No todo lo que sucede es justo ni está destinado al éxito sólo porque suceda. Hay mutaciones que ponen en crisis a la especie. En el planeta del que se hablaba al principio, la comunidad podía cambiar de código todos los días porque esta aptitud estaba escrita en los circuitos genéticos de los nativos. Ahora bien, más allá de la ciencia ficción, ¿puede existir una comunidad que cambie de código cada día sin referirse al trasfondo de los códigos sociales precedentes? ¿Se puede eliminar la dialéctica entre norma y violación, haciendo de la violación la única norma reconocida? ¿Puede existir una reestructuración permanente que no se refiera a un metalenguaje con el que hacer convención también de las reglas de reestructuración? Quiero decir, ¿es psicológicamente, biológicamente sostenible? A esta pregunta se tendrán que enfrentar los «nuevos bárbaros» del Año Nueve, mientras que el resto deberá ser capaz de entender no solo los términos de la pregunta sino los eventuales mecanismos de la respuesta.

Naturalmente continuó interrogando una metáfora a través de otras metáforas. Quizás es todo lo que se puede hacer en este momento. O quizás en este ejercicio de la metáfora se esconde la última patética astucia de la razón que intenta dar una forma estable a un proceso de transición permanente. Pero ya se sabe, cada uno lleva consigo sus propias obsesiones.

LAS FEMINISTAS

Sebastien Croquet

El movimiento feminista participó del movimiento del '77 y lo influyó fuertemente con sus temáticas y sus reivindicaciones. Es útil describir cuál fue su recorrido político y cómo se insertaron en el debate público las preocupaciones de toda una generación que arrojaron luz sobre las debilidades y el retraso del arcaico marco social, «patriarcal» y católico.

En un primer momento analizaremos los exordios del movimiento feminista, situándolos en la estación de los tumultos sociales. Luego, en una segunda parte, veremos su compromiso con el movimiento del '77, y finalmente, y para concluir, mostraremos cuáles fueron las consecuencias de diez años de luchas, para las feministas y militantes.

En junio del 1971, tuvo lugar en Milán, el primer Congreso Nacional de los grupos feministas, cuyos dos grupos mayores eran entonces el *Demau* y *Rivolta Femine*. Situar el comienzo del movimiento feminista en este acontecimiento, no significa que la cuestión feminista no haya sido abordada antes de esa fecha:

Por supuesto, el movimiento obrero y el Partido comunista italiano habían superado una concepción según la cual la revolución de clase habría solucionado «la cuestión de las mujeres». Y la «cuestión de las mujeres» ya se había convertido en nacional, una de esas cuestiones que cruzaban «la vía

italiana al socialismo». Sin embargo añadir «de las mujeres» en lugar de «meridional», «juvenil» al término «cuestión» era como sostener el concepto de «interés general».¹

Esta voluntad de autonomía conllevó el separatismo de los grupos, con el fin de «escapar de la hegemonía machista» y de la subordinación a la que estaban condenadas las militantes comunistas y/o de la Nueva Izquierda, en sus respectivas formaciones políticas.

En realidad, lo que motivó de forma significativa la constitución de un verdadero movimiento feminista fue la perspectiva de una redefinición completa de algunos conceptos: entre ellos los de «familia» (sobre todo la relación entre hombre y mujer), «el cuerpo» (la demanda de una emancipación mayor y el derecho a la anticoncepción), la puesta en tela de juicio del modo de hacer política...

Desde el 1973, surgieron grupos y colectivos de medicina, centros de salud para la mujer... todos ellos autogestionados y, elemento importante, abiertos a todas las mujeres. Su objetivo declarado era sustraer la gestión de la salud y del cuerpo a los médicos y a los hospitales. Y esto porque Italia todavía estaba muy anclada a la doctrina católica, cerrada a los métodos anticonceptivos. La reivindicación del derecho al aborto (libre, gratuito y asistido), era de hecho una parte de la reivindicación de base, es decir, del derecho a la autodeterminación de la mujer en cualquier ámbito.

Después, desde 1974, estos grupos feministas intentaron imponer políticamente la legalidad de la práctica del aborto, practicándolo de forma clandestina. Un número cada vez más importante de mujeres (en su gran mayoría, jóvenes) participó de estas prácticas.

Esta estación de luchas favoreció, o más bien provocó, la aprobación, en julio de 1975, de la ley sobre los consultorios. Las reivindicaciones de las feministas habían sido «institucionalizadas» y reconocidas, pero insertadas en una lógica y en una perspectiva reformista, dentro incluso del marco familiar.

¹ N. Balestrini y P. Maroni, *L'orda d'oro*, Feltrinelli, Milán 1997, p. 477 [ed. cast.: *La horda de oro*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006].

El derecho al aborto reveló pronto el proyecto aún más complejo de un verdadero y certero reconocimiento de la mujer como sujeto político activo, sin que ello significara que perdiera sus especificidades femeninas.

Desde entonces en adelante se crearon nuevos colectivos políticos, en las fábricas, en las escuelas, en los sindicatos (sobre todo en la CGIL y en la CSIL), en los barrios (que participaron activamente en el desarrollo de los centros sociales), con la voluntad patente de hacer de la diversidad femenina, una especificidad indispensable de la vida política, y no una debilidad.

Durante ese periodo se teorizó y practicó la autogestión, que permitió además una participación más amplia y un mayor nivel de democracia en las asambleas y en las organizaciones políticas.

Fueron precisamente la cuestión de la autogestión y de la autoorganización la que creó tensiones entre el MLD y el PCI. De hecho el partido comunista vio en el feminismo el peligro de un movimiento subversivo, muy difícil de integrar en su estrategia política, que se dirigía completamente hacia el Compromiso Histórico. Sus reacciones frente a las feministas dejaron entrever un sentimiento de desconfianza, cuando no de abierta hostilidad, al menos hasta el debate sobre el aborto, en el que las dos partes se vieron obligadas a participar conjuntamente en la lucha.

Las ideas y las temáticas feministas tuvieron pues algunas dificultades para penetrar en el debate civil y político, y no solamente en la derecha tradicional católica. El bienio de 1975-1976, marcó un replanteamiento del concepto del feminismo, de sus doctrinas, del compromiso con la lucha (social y armada), de la orientación y de las perspectivas de las propias feministas.

Su atención se dirigió mucho más hacia las relaciones entre mujeres, disminuyendo así su compromiso en el plano social.

El fracaso, en las elecciones del 20 de junio de 1976, de la izquierda revolucionaria y de la Nueva Izquierda, junto con el avance del PCI y de la izquierda histórica, permitieron la operación reformista de la institucionalización de los conflictos y de las reivindicaciones. Después de esta victoria, el

movimiento de las mujeres se apartó de esta tarea orientándose más bien hacia las cuestiones y los problemas de interés social de orden general, pero manteniendo siempre un lazo de unión muy fuerte con los intereses de la mujer.

Aunque las mujeres sufrieron la preponderancia masculina y la voluntad de algunos militantes (por ejemplo los de LC) de imponer su punto de vista, esto no significó la renuncia a las reivindicaciones y a las temáticas puramente feministas, en los grupos de la izquierda y en el campo de la contestación y de las luchas sociales.

Las mujeres volvían a cuestionar las grandes líneas de la política y las formas de practicarla, mediante una crítica radical dirigida hacia la organización en su conjunto. Esto provocó grandes tensiones que llegaron incluso a la disolución de *Lotta Continua* y a la salida de las mujeres del grupo de *Il manifesto*. Este aislamiento político se debió esencialmente a puntos de vista ideológicos demasiados enfrentados, entre el movimiento feminista y cualquier otra formación política.

En 1977 el movimiento de los estudiantes habla de necesidades y quiere dar valor al individuo en su irreductibilidad a lo colectivo y al proyecto. Eugenio Finardi canta «lo político es personal». Los *indiani metropolitani* hacen *girotondi* y se pintan la cara. «Reapropiémonos de la vida» es la consigna de masas. Parece posible encontrar las razones de una lucha común. Pero ahí también estalla el conflicto. A menudo de forma violenta.²

Como sintetizan Nanni Balestrini y Primo Moroni, la concordancia de determinados temas feministas con las reivindicaciones estudiantiles y su conspicua influencia en el movimiento universitario y creativo que brotó en el '77, dejaba presagiar el principio de una lucha inédita y con nuevas temáticas.

De hecho, el terreno social (el desempleo juvenil) y los nuevos equilibrios políticos consiguientes a las elecciones de 1976, permitieron un acuerdo y un acercamiento entre los

² *Ibidem.*

dos movimientos. Ambos, desde su propia realidad social y subjetiva (precariedad y desempleo), reivindicaron y favorecieron una mayor radicalidad y autonomía del movimiento frente al sistema político clásico, y exaltaron la insubordinación en un rechazo total.

La contraposición se hizo más evidente desde el momento en que el PCI decidió sostener abiertamente el gobierno de la DC, lo que imposibilitó toda mediación política «tradicional». Antes y durante el '77 una gran parte de las feministas practicaron la «doble militancia», es decir, una participación y un compromiso político activo en el PCI y en el movimiento, lo que permitió el único ejemplo de permeabilidad entre las dos formaciones que sin embargo hay que relativizar ya que se limitó al ámbito feminista.

Con el movimiento estudiantil, las mujeres compartieron la oposición a la ley Malfatti, el deseo de cambiar y renovar radicalmente la sociedad, la política, el ciclo productivo, el rechazo y/o la redefinición del concepto del trabajo, la afirmación de un sujeto social y político libre de la centralización de las organizaciones partidistas de la izquierda, la autogestión del propio cuerpo y la demanda de una mayor liberación sexual y la legalización de las drogas...

Con la parte creativa, las feministas compartieron una atención extrema hacia las «nuevas necesidades» relativas a la esfera de la creatividad, de la afectividad y de la comunicación, de la compleja relación entre el individuo, la sociedad y el arte. [...]

La oposición entre los grupos feministas y los masculinos que se intensificó durante el '77 no fue consecuencia del movimiento de contestación homónimo, sino de la actitud hegemónica y aislacionista de las organizaciones de la Autonomía que rechazaron y se opusieron a cualquier forma de participación de las mujeres. De hecho, en el ambiente autónomo, la confiscación de la palabra y a veces la prohibición, las propias autónomas, de participar en los meetings, en las manifestaciones, en las mesas redondas fue una práctica muy difundida. Lo que provocó una acentuación de la separación y el disentimiento del MLD, pero también de otras formaciones feministas frente al resto de la izquierda, haciendo aumentar las tensiones internas y el aislamiento en el que se habían confinado.

El mundo político (sin distinción partidista o ideológica) todavía no estaba preparado para cambiar o modular su organización social y jerárquica, y el replanteamiento tan esperado sólo se produjo después del '77, fundamentalmente en el PCI.

Actualmente existe una línea interpretativa según la cual una parte importante de las mujeres que eligieron quedarse en la autonomía organizada pasó luego a la lucha armada. Esta tesis puede ser aceptada sólo en la medida en que una parte del movimiento feminista, fue receptiva al discurso militarista y revolucionario de los grupos clandestinos y de sus ideologías. Sin embargo, hay que relativizar estos análisis, porque el porcentaje de las mujeres en las organizaciones armadas fue muy débil.

En realidad la mayoría de las mujeres comprometidas políticamente o en la organización no sostuvo la deriva armada, más aún se opuso a la radicalización de la lucha, que fue una de las razones de la salida masiva de las militantes feministas.

El movimiento feminista fue duramente golpeado por la represión que se abatió sobre el movimiento contestatario y subversivo del '77 y del reflujo que marcó el fin de la mayor temporada de luchas sociales y políticas desde la postguerra.

Para algunos, el movimiento del '77 simbolizó la última ocasión de que las mujeres se asociasen con otro movimiento. Para otros la teoría feminista basada sobre el papel central del individuo en el mecanismo político-social favoreció el desarrollo de determinadas temáticas que se retomaron en los años ochenta, y que exaltaban el individualismo y la superioridad del interés personal sobre el interés colectivo.

En el plano político la doble militancia funcionó «hasta que el movimiento se organizó en colectivos y grupos. Entonces era relativamente fácil: por un lado, el partido; por otro, estar entre mujeres. Pero entre 1978 y 1979, los colectivos se disuelven y aquellas mujeres se hallan en la situación de enfrentarse así, sin red, con la necesidad de una mediación *in locus* entre las dos militancias. El camino elegido (por los hombres y por las mujeres) es el de una lucha común para la renovación de la política. El PCI se abrió a

las cuestiones relativas al individuo, organizó congresos sobre los sentimientos. Las mujeres se convirtieron en «portadoras de valores de salvación» lo que sintetizó muy bien la alocución de Enrico Berlinguer cuando afirmó que «la política tenía que ampliar sus propios confines y por ello pedía la aportación de las mujeres» que se convirtieron así en «nuevos sujetos de una vieja revolución».

El movimiento del '77 fue en varios aspectos un año clave para el feminismo, su fragmentación en mil direcciones, no significó su desaparición, sino más bien una redefinición de sus temas y de los vehículos de la lucha.

Como escribió Pina Sardella en 1997, hay que concebir el «después del '77» como «el principio de una nueva fase del movimiento (feminista): hecha pedazos la idea de un proyecto total y totalizador, se vuelve a empezar a partir de aquella identidad colectiva, reconocida socialmente, que había producido años de movimiento. El significado de esa identidad es fuerte y constituye el patrimonio común, más allá de los ámbitos y de las modalidades en las que las mujeres actúan. Las elecciones específicas se diversifican, según los intereses y las capacidades profesionales».

Esto marcó una nueva orientación política y una visión a la vez personal y plural del compromiso social, pero que permaneció condicionada por el legado de dos decenios de luchas feministas.

EL MOVIMIENTO DEL '77 Y LA VIOLENCIA¹

Diego Giachetti

UTILIZANDO UNA SIMPLIFICACIÓN INICIAL, que consideramos bastante eficaz, podemos afirmar que el recurso a la violencia en el '68 fue una respuesta a la represión estatal. Se pasó del «no huiremos nunca más», según un verso de la canción dedicada a los disturbios de Valle Giulia en Roma, en marzo del '68, al lema «la violencia, la violencia, la violencia, la rebelión / quien hoy está dudando luchará con nosotros mañana», que invitaba a los manifestantes a responder con la fuerza a los ataques policiales. En el '77 se dio una búsqueda deliberada de confrontación violenta, por parte de algunos sectores del movimiento. Simplificando aún más podría decirse que el movimiento del '68 fue originariamente «bueno», no tanto en sus intenciones y propósitos que eran anti-sistémicos, subversivos y revolucionarios, como en los instrumentos utilizados para perseguirlos: okupaciones, protestas pacíficas, no-violencia, resistencia pasiva a los desalojos.

Fue el contexto en el que se encontró (represiones policiales, campañas difamatorias de los periódicos, la matanza de Milán del 12 de diciembre de 1969) el que lo hizo «malo», imponiéndole buscar respuestas adecuadas a la puesta en marcha de los aparatos represivos, legales y no, del Estado y a la amenaza de los ataques fascistas. Se trató más que nada de encontrar herramientas y formas que garantizaran, de alguna manera, la defensa y el mantenimiento de lo que se

¹ Extraído del «Sul '77» - Per il sessantotto núm.11-12/97, año VII.

había conseguido, conquistado, construido en términos de estructuras organizativas, de espacios para la acción colectiva (sedes, periódicos, plazas y lugares de reunión y de encuentro) acompañados por la conciencia de que, superado el entusiasmo por la explosión espontánea de la rebelión estudiantil y obrera, el recorrido de lucha contra el Estado y el capitalismo prevería inevitablemente momentos de lucha cruentos. Se empezó practicando un uso defensivo de la violencia. Es la época de los *servizi d'ordine*, estructuras organizadas para practicar la fuerza, ya sea para la defensa de espacios de movimiento en las calles, como para el control de territorios en el tejido urbano.²

El clima en el que nació y se desarrolló el movimiento del '77 fue completamente distinto, estaba enrarecido en su origen. Toda supuesta imparcialidad de las instituciones estatales en la lucha de clases fue barrida por las intrigas y el descubrimiento de servicios secretos desviados. La represión oculta, subterránea y disgregante, llevada a cabo por los servicios secretos, fue acompañada por la introducción de nuevas y más duras leyes de policía, dirigidas principalmente a golpear las manifestaciones callejeras y las protestas. La promulgación de la ley Reale, acerca del orden público, fue un claro ejemplo. Dicha ley otorgaba a la policía un poder de intervención y de represión hacia los movimientos, las manifestaciones y los compañeros, sin precedentes en la breve historia de la Italia republicana. La propia Corte Constitucional en la sentencia núm. 16 de 1978 encontró en la ley Reale «un particular complejo de medidas legislativas excepcionales, para encarar la presente situación de crisis del orden público especialmente referida a la criminalidad política y para-política».³

² M. Revelli, «Movimenti sociali e spazio politico», en *Storia dell'Italia repubblicana*, vol. 2, tomo 2, Turín, Einaudi, 1995, pp. 472-473.

³ Cita de G. Galli, *Storia del partito armato 1968-1982*, Rizzoli, Milán, 1986, p. 144.

Un evento recurrente

La matanza de Piazza Fontana, el 12 de diciembre de 1969 en Milán, aparece hoy como una fecha recurrente, como un corte en la historia de Italia, ya que una parte considerable «del aparato estatal pasó conscientemente a la ilegalidad, se constituyó como poder criminal, sin dejar de ocupar instituciones vitales»; Piazza Fontana «siembra y agiganta el miedo al golpe, representa la transición de la represión estatal de los movimientos y de las luchas desde las técnicas frontales, firmadas, a las indirectas y ocultas de los poderes de represión, seguridad y provocación».⁴

Desde entonces, por decirlo con Bertolt Brecht, ya no se podía ser tan solo amables, una generación entera «se vio impresionada por dos experiencias vitales, fuertes y opuestas: el '68 (y el '69 obrero) por un lado, y Piazza Fontana, Pinelli, Valpreda, por otro. La alegría y la muerte, la luminosidad y la sombra, la confianza y el miedo, la cordialidad y el sentido de persecución».⁵ A la matanza de Piazza Fontana de 1975 le siguieron otras cinco en Italia.⁶ Matanzas que revelaron la existencia de complots de los aparatos del Estado desviados, comprometidos plenamente en la obra de encubrimiento, contaminación de pruebas, de verdadero sabotaje de las investigaciones con el fin de evitar el descubrimiento de la verdad. De 1969 a 1974 los muertos por hechos políticos en Italia fueron 92, de los cuales 63 por violencia y actos terroristas de derecha, 10 cayeron en altercados con las fuerzas del orden, 8 en otras circunstancias, 9 achacables a acciones de izquierda.⁷ Hubo 1.706 atentados, de los cuales el 71,6% eran atribuibles a la extrema derecha y 5,8% a la extrema izquierda.

⁴ Las citas son respetivamente de M. Revelli, *Le due destre*, Turín, Bollati Boringhieri, 1996, pp. 22-23; y E. Santarelli, *Storia critica della repubblica*, Milán, Feltrinelli, 1996, p. 188. También llegan a las mismas conclusiones: G. Boatti, *Piazza Fontana. 12 dicembre 1969: il giorno dell'innocenza perduta*, Milán, Feltrinelli, 1993; y G. De Paolo e A. Giannuli en la introducción a *La strage di Stato. Vent'anni dopo*, Roma, Associate, Roma, 1989.

⁵ M. Revelli, «Movimenti sociali e spazio politico», *cit.*, p. 467.

⁶ A. Sofri, *Memoria*, Palermo, Sellerio, 1990, p. 181.

⁷ Para estos datos y los siguientes véase M. Galleni, (acuradi) *Rapporto sul terrorismo. Le stragi, gli agguati i sequestri, le sigle 1969-1980*, Milán, 1981, pp. 51-84-89.

De 2.359 actos de violencia censados, 2.304 fueron atribuidos a organizaciones neofascistas y 152 a las de izquierda. Según Marco Revelli, en Italia se estaba estableciendo una situación «de verdadera guerra civil encubierta»,⁸ que preparaba el paso a la fase siguiente, la del terrorismo, inaugurada por el secuestro del juez Sossi y el asesinato de dos militantes del MSI en Padua por parte de las Brigadas Rojas. De 1974 a 1980 hubo 362 muertos y 171 heridos, de los que 104 y 106, respectivamente, eran atribuibles al terrorismo de izquierdas. Organizaciones de izquierda realizaron 1.787 atentados, las de la derecha 1.281. En cualquier caso, la profunda diferencia permanecía entre el así llamado movimiento y los grupos que habían elegido el camino de la clandestinidad y de la lucha armada. El movimiento y los propios partidos de la nueva izquierda continuaban considerando que para cambiar la sociedad italiana había que intervenir en profundidad, dentro de la propia sociedad civil, intentando construir un movimiento de masas y cambiando la conciencia. Los terroristas, en cambio, eligieron la clandestinidad y la acción violenta, colocándose fuera de la realidad y aislándose.

Hasta que ya era demasiado tarde, fueron incapaces de medir los probables efectos de sus acciones, de evaluar el trágico balance: no solo mataron a sangre fría, sino que contribuyeron a la destrucción de l conjunto del movimiento que quería modificar la sociedad italiana.⁹

La insurgencia de la violencia difusa

La crisis de los partidos de la nueva izquierda, después de las elecciones del 20 de junio de 1976, liberó fuerzas militantes y *servizi d'ordine* en vías de disolución que se volcaron en las nuevas formas de compromiso político y social procedentes del desarrollo de los *Circoli del Proletariato Giovanile* y,

⁸ M. Revelli, «Movimenti...», *cit.*, p. 473.

⁹ P. Ginsborg, *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi*, Turín, Einaudi, 1989, p. 488.

poco después, en el estallido del movimiento del '77. Una profunda re-mezcla social puso en contacto —en una situación de crisis económica, de crecimiento del paro y de crisis de la propia idea de revolución anti-capitalista— grupos de jóvenes parados, infra-ocupados, marginados en las periferias degradadas de las ciudades, con estudiantes medios y universitarios, precarios, *outsiders*, obreros en paro o despedidos, *freaks*, militantes en crisis de las organizaciones de la nueva izquierda, feministas, pertenecientes a la variada área de la autonomía operaia.

Los *Circoli del Proletariato Giovanile* defendían su «territorio» con las «rondas proletarias», ocupaban edificios y casas sin alquilar para crear lugares de socialización, islas liberadas en las que reunirse, de forma parecida a lo que había acontecido los años anteriores en las escuelas superiores más politizadas y en las Universidades. Se movían hacia el centro de la ciudad para reapropiarse del valor de uso de las mercancías, según el sofisticado lenguaje de entonces, practicando las «compras proletarias», la auto reducción de los tickets de cine y de teatro, peleándose con la policía para entrar gratis a los conciertos. Toni Negri describió este nuevo fenómeno social, tal y como se había manifestado en el festival organizado por la revista *Re Nudo* en el Parco Lambro de Milán: «El primer día fue tranquilo, a lo largo del segundo se dio la expropiación proletaria de los camiones de comida de los organizadores, el tercer día algunos grupos salieron del parque para buscar supermercados por desvalijar. Resonaron golpes de arma de fuego, había llegado la policía».¹⁰ Movimientos espontáneos y subjetivos, necesidades y deseos se encarrilaban en parte en la gestualidad de una violencia difusa. El nuevo lema «retomemos la vida», surgido dentro de los grupos de autoconciencia feministas, devenía patrimonio común de estos jóvenes conjugándose con el de «tomemos la ciudad», con el comunismo y la libertad, tal y como reclamaba la canción de *Lotta Continua*, escrita para sostener su iniciativa política en los primeros años setenta. De manera distinta al '68, esta vez «no se contesta ideológicamente la riqueza, ésta es en cambio un bien negado»,¹¹ del

¹⁰ T. Negri, *Pipe line*, Turín, Einaudi, 1983, p. 166.

¹¹ F. Ottaviano, *La rivoluzione nel labirinto*, Sovaria Mannelli (CZ), Rubbettino, 1993, p. 817.

que hay que apropiarse. La inmediata incomprensión y rechazo que el movimiento del '77 provocó en el PCI, en aras de entrar en una mayoría de solidaridad nacional, la condena sin matices y con palabras fuertes de todo el movimiento por parte de aquellos que hasta hacía pocos meses habían sido el mayor partido de oposición, crearon una situación de incomprensión e incomunicabilidad profunda entre los jóvenes del '77, los partidos y las instituciones. Sintiendo marginados echaron el guante a quien los quería marginar. Muchos de estos sujetos reaccionaron con una postura muy agresiva en sus expresiones políticas. «La democracia fue considerada incapaz y al mismo tiempo marcada por tentaciones represivas y totalitarias. La hipótesis armada se empezó a aceptar dentro de los movimientos más amplios y pareció asumir una capacidad neutralizadora (la teoría de los compañeros que se equivocan) incluso en fuerzas y posiciones muy lejanas.¹² El recurso sistemático a la violencia fue teorizado por algunas componentes significativas del movimiento. El choque con la policía se convirtió, para algunas componentes, en una manera de estar en la calle y de manifestarse. Ya no se trataba de defenderse de las cargas y de las agresiones, sino de atacar a las fuerzas del orden, de alcanzar determinados objetivos, sedes, edificios. Dicha experiencia acabó atornillándose sobre sí misma en un torbellino de acciones que casi siempre reducían el debate a la evaluación de si había sido más o menos oportuno lanzar cócteles molotov, asaltar esta o aquella cueva fascista, si había empezado antes la policía o grupos de autónomos escapados del servicio de orden del movimiento. Con frecuencia, acabaron prevaleciendo posiciones enroscadas en afirmaciones de principio entre quien estaban a favor de la violencia y quien decía que siempre había que rechazarla como método de lucha política. Casi nunca se consiguió analizar el problema de la violencia en los términos de un debate histórico-político que tomara en consideración categorías como su inutilidad, negatividad o necesidad según contextos y circunstancias.

¹² A. Bolaffi, P. Franchi, «La grande metafora del terrorismo», *Rinascita*, núm. 4, 1981.

La violencia dentro del movimiento

Las discusiones de naturaleza política y de perspectiva dentro del movimiento eran muy vivaces, desembocaban en fuertes polémicas verbales, que a veces degeneraban en verdaderos actos de violencia en contra de la presidencia o de quien intervenía en la asamblea. El movimiento demostró, más de una vez, no estar en condiciones de garantizar la democracia interna, el respeto de la pluralidad de las posiciones y la unidad de acción en las manifestaciones públicas. Las divergencias de análisis y de intenciones fueron muchas veces inconciliables, produciendo tensiones internas que acabaron por desmoralizar la parte menos politizada de los participantes. Una primera cita nacional resaltó la diferenciación interna y la incapacidad de convivir pacíficamente entre sí. El 26 y 27 de febrero de 1977 tuvo lugar en Roma la reunión de la coordinación nacional de los estudiantes universitarios. Los participantes fueron numerosos, el aula con 2.000 asientos estaba atestadísima y otros, fuera, presionaban para entrar. En algunos momentos, la asamblea tomó la forma de una cueva infernal, cientos de personas se habían inscrito para hablar, las intervenciones se sucedían entre voces, imprecaciones, coros de estadio, mientras que quien tenía el micrófono gritaba para sobreponerse a los silbidos, los lemas, los aplausos. No estaba clara la diferencia entre quien era delegado y representaba oficialmente las variadas realidades locales del movimiento y quien participaba a título personal con igual derecho de voto. En este contexto que por momentos rozaba la verdadera pelea, las feministas y los indios metropolitanos abandonaron la asamblea rechazando «el alucinante clima de violencia y prevaricación que se había creado», que no permitía «expresar los contenidos del propio movimiento». ¹³ Cuando intentaron volver al aula de la asamblea, un sólido servicio de orden se lo impidió. A los indios metropolitanos no les quedó más que chillar «fuera, fuera la falsa autonomía». Al final se aprobó una moción

¹³ Cf. respetivamente «Dichiarazione di guerra degli indiani metropolitani» y «Le femministe si dissociano dall'assemblea nazionale», los dos en *I non garantiti*, Savelli, Roma, 1977, pp. 189 y 194.

presentada por aquellos que se habían quedado en la asamblea oficial, cerca de quinientos, que no todas las delegaciones reconocieron como representativa del movimiento. En la moción se afirmaba¹⁴ el carácter proletario del movimiento y se reivindicaba, entre otras cosas, «el antifascismo militante», se pedía la liberación de los compañeros presos y de todos los militantes comunistas, de todos los combatientes revolucionarios encarcelados por el enemigo de clase, se rechazaba todo intento de dividir el movimiento entre una parte violenta y una parte dispuesta al debate y a la mediación.

En un clima más sombrío, a causa de la represión en curso, se celebró en Bolonia, del 29 de abril al 1 de mayo, la segunda coordinadora nacional. Se mantuvo después de los incidentes que se habían verificado en Bolonia en reacción al asesinato de Francesco Lorusso el 11 de marzo de 1977 y los de Roma del día siguiente. Aquí, con ocasión de la manifestación nacional de movimiento, tuvieron lugar a lo largo de toda la tarde episodios difusos de guerrilla urbana. Grupos de manifestantes se despegaban de repente del grupo principal y golpeaban con molotov, barras de hierro y armas de fuego sobre distintos objetivos: tiendas, escaparates, coches aparcados, la comisaría de los «carabinieri» en la Plaza del Popolo, la sede del diario de la DC *Il Popolo* en la Plaza Navona, el asalto a una armería en el Puente Sisto. Una vez llevadas a cabo las acciones, los grupos de guerrilleros urbanos volvían a confundirse con el grupo principal provocando de esta forma, la reacción de la policía contra todos los participantes.

«La manifestación — comentaba el periódico del movimiento *Rosso* — estaba determinada a invadir y ocupar con una cierta presencia militar el centro ciudadano. Ha acabado su recorrido alcanzando sus objetivos».¹⁵ En Bolonia, al final de un largo y atormentado debate, se votaron dos mociones contrapuestas.¹⁶

¹⁴ Cf. «Mozione “di maggioranza”», en *I non garantiti*, cit., pp. 195-196.

¹⁵ *Rosso*, núm. 17, 18 de marzo de 1977.

¹⁶ Nos referimos a los textos íntegros publicados en el *Quotidiano dei Lavoratori* del 3 mayo de 1977. Una síntesis de los dos se encuentra en la apéndice del libro *I non garantiti*, cit.

La primera, la de la mayoría (60 por ciento de los votos), desde las primeras palabras, proponía que había que evitar el dilema entre dos alternativas presentes en el movimiento, las dos destinadas al fracaso: la de quienes proponían una radicalización vertical de la confrontación con el aparato militar del Estado y la de quienes querían hallar un espacio político dentro de las instituciones del movimiento obrero. El movimiento, poniendo en crisis los proyectos de normalización política y social, transformando las prácticas de vida, podía producir «comportamientos individuales y colectivos subversivos, era un componente de la oposición de clase al Compromiso Histórico. Defenderse de la represión, mediante la autodefensa de masas no era un hecho marginal, ni algo que pedir a los especialistas de los distintos servicios de orden. Conscientes que iban a darse otros momentos de confrontación con el aparato militar estatal, en el documento se afirmaba que el problema «no es disparar mejor o más a la policía, pero que tampoco se puede obviar el problema, detrás de llamamientos genéricos y oportunistas. [...] Debemos ser nosotros quienes decidamos los tiempos del ataque en territorio enemigo. [...] El movimiento no lanza anatemas y no acepta la criminalización de ninguno de sus componentes [...] pero nadie debe permitirse ir en contra de las decisiones y de la voluntad colectiva de las asambleas». La segunda moción, la de minoría con el 40 por ciento de los votos, ponía de relieve las potencialidades del movimiento y también su debilidad programática y organizativa. «Hoy la DC agudiza el ataque reaccionario contra el movimiento y las propias izquierdas abstencionistas, precisamente cuando el PCI está dispuesto a sacrificar incluso algunas libertades democráticas fundamentales con tal de eliminar los movimientos de oposición [...] Por otro lado, mientras el movimiento reivindica el derecho de manifestarse [...] y reitera la legitimidad de la autodefensa de masas, afirma que no acepta de ninguna de las maneras la lógica de las acciones armadas minoritarias, que, además de prevaricar la democracia y la autonomía del movimiento, lo debilitan, facilitando las maniobras de la DC, aceptadas por el PCI, dirigidas a erradicarlo en la represión más violenta».

Con el propósito de castigarlos —puesto que en sus folletos y en sus periódicos PdUP, *Avanguardia Operaia* y Movimiento de Trabajadores para el Socialismo habían

criticado con dureza el comportamiento y las acciones de los autónomos— los autónomos romanos, después del encuentro de Bolonia, se reunieron en asamblea y los expulsaron del movimiento. Así de irónico comentaba el episodio *Il manifesto*: «La autonomía se ha reunido sola, echando a todos aquellos que no están de acuerdo y combaten su practica irresponsable, expulsando a los periodistas, debatiendo solos, ellos solos votando».¹⁷ La foto tomada en Milán el 14 de mayo de 1977 causó mucho impresión, ya que para los media fue el modo simbólico y más eficaz de representar el aspecto trágico del '77 relacionándolo con la filosofía de la muerte y de la P-38. Ese día en Milán se convocó una manifestación de estudiantes. Un grupo se alejó del grueso y, armas en mano, disparó contra la policía, un agente, Antonio Custrá cayó herido de muerte. La foto ilustraba la figura de un manifestante con gorro, solo, en medio de la calle, con las piernas abiertas y los brazos tendidos empuñando con las dos manos una P38 apuntando a la policía. El comentario de Umberto Eco, identificaba una diferencia sustancial entre el imaginario que atribuimos a los movimientos colectivos, de masas, revolucionarios, y esa acción: «Esa foto no se parece a ninguna de las imágenes en las cuales se había emblematizado [...] la idea de revolución. Faltaba el elemento colectivo, volvía de forma traumática la figura del héroe individual. [...] Evocaba otros mundos, otras tradiciones narrativas y figurativas».

Después del verano la situación se empezó a precipitar: el congreso de septiembre boloñés sobre la represión representaba el último canto del cisne de una tumultuosa primavera y la llamarada del «creativismo». El movimiento estaba ya en vía de disolución. El congreso había demostrado definitivamente la imposibilidad de conciliar prácticas, necesidades, deseos, aspiraciones y sentimientos diferentes. Lo que sobrevivía era tan solo lo que *Rosso* llamaba el «Movimiento Proletario de la Autonomía». Lógica conclusión, de su parte, de un recorrido que al final también había conllevado la expulsión del alma de *Lotta Continua*, definida como una «especie de parásitos» que «están en el

¹⁷ Citado en de F. Ottaviano, *op.cit.*, p. 853.

movimiento porqué no sabrían en que otro lugar estar».¹⁸ El secuestro de Aldo Moro, de la mano de las Brigadas Rojas, el 16 de marzo de 1978 en Roma, marcó el final de un periodo y abrió otro»: el movimiento era como un fantasma, ausente, volcado sobre sí mismo, escondido en sus guetos; la escena estaba ahora ocupada por la estilicidio de las acciones armadas clandestinas que se hacían competencia. La vida del movimiento se había acabado, pero no para los compañeros, no podían apartarse y decir “esperemos, esperemos a ver”, por que para la represión todos estaban implicados, no se hacían distinciones».¹⁹ El fin del movimiento coincidió con la aparición masiva de la heroína en el mercado de la droga (de los 10.000 adictos de 1976, se pasó a los 60-70.000 de 1978²⁰) y con el paso de algunos compañeros del movimiento a las formaciones armadas clandestinas, que conocieron entonces una fase de relativa expansión. Elecciones opuestas pero dictadas por la misma desesperación. Después de haber vivido un periodo de gran exaltación, después de haber probado a cambiar el mundo y la vida, fue difícil aceptar volver a vivir en una sociedad rechazable por mediocre, hipócrita, falsa y violenta.

¹⁸ *Ibidem*, p. 871.

¹⁹ N. Balestrini, *Gli invisibili*, Milán, Bompiani, 1987, pp. 26-27 [ed. cast.: *Los invisibles*, Barcelona, Anagrama, 1989].

²⁰ Cfr. N. Balestrini, P. Moroni, *L'orda d'oro*, Milán, Sugarco, 1988, p. 385 [ed. cast.: *La horda de oro*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006].